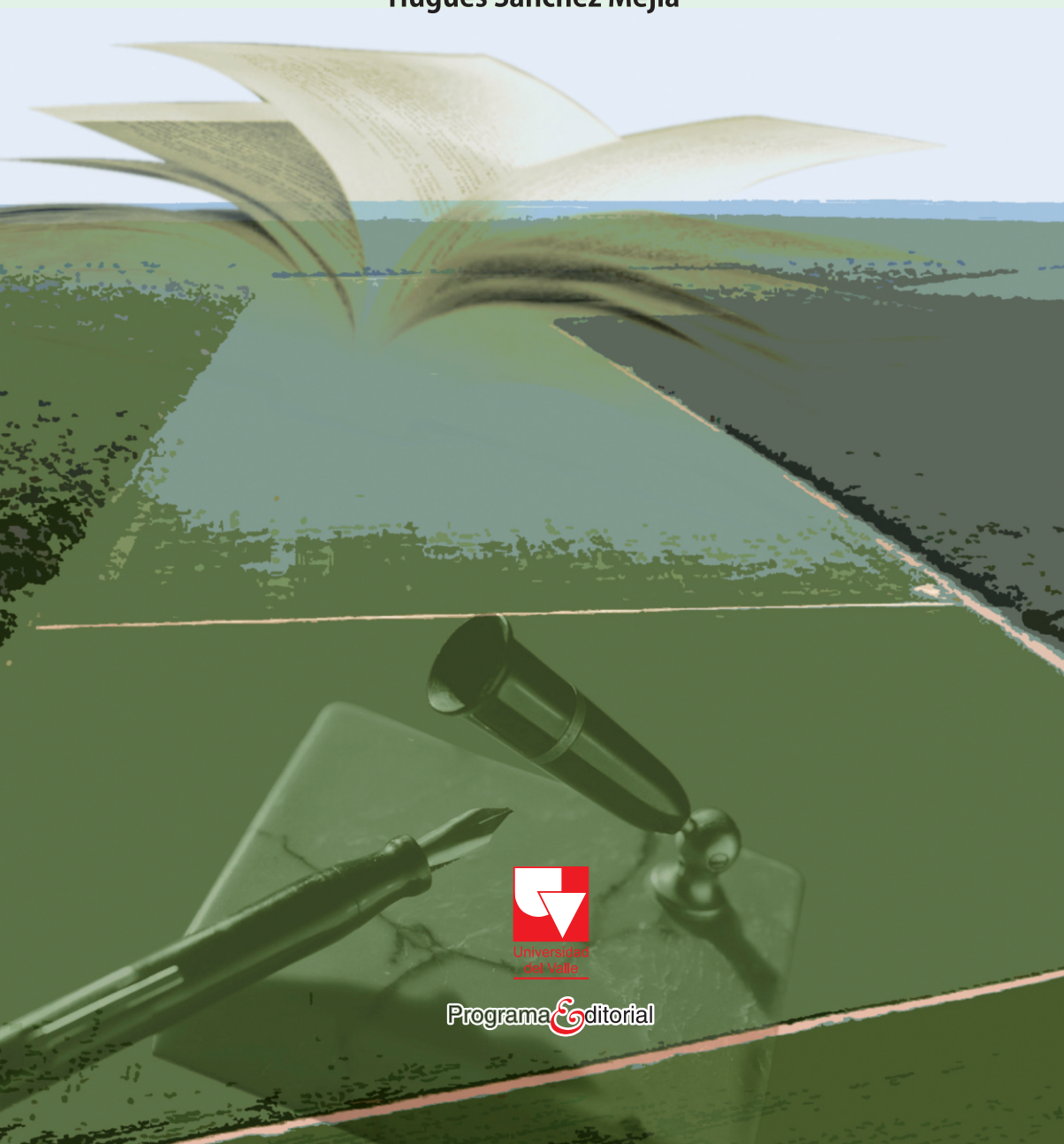


Construir la nación, buscar la región:

Paisaje, relaciones sociales e historia en la
literatura del Valle del Cauca, 1880 - 1940

Julián Malatesta
Hugues Sánchez Mejía



Programa  Editorial



Universidad
del Valle

Programa  Editorial

Construir la nación, buscar la región:

Paisaje, relaciones sociales e historia
en la literatura del Valle del Cauca, 1880-1940



Colección Humanidades
Literatura e Historia

JULIÁN MALATESTA

Licenciado en Literatura de la Universidad del Valle. Maestría en Comunicación y Diseño Cultural de la Universidad del Valle. Se desempeña como profesor titular de la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle. Actualmente ejerce como Director de la Escuela de Estudios Literarios y dirige, desde el 2005, el Taller de Poesía El Palabreo. Parte de su obra poética y de sus ensayos sobre crítica literaria y cultura han sido divulgados a través de libros y revistas de circulación nacional e internacional.

HUGUES SÁNCHEZ MEJÍA

Historiador con Doctorado en Historia de América Latina por la Universidad Pablo de Olavide - España. Actualmente se desempeña como catedrático de la Universidad del Valle. Su experiencia investigativa se ha concentrado en la historia de la Costa norte colombiana, específicamente en el estudio de los procesos de poblamiento y las dinámicas económicas relacionadas con el establecimiento de unidades productivas, economías campesinas, mercados regionales y formas de trabajo predominantes en el ámbito regional. También se ha ocupado de las dinámicas culturales que dieron lugar al sincretismo y al surgimiento de nuevas culturas. Dentro de sus publicaciones cabe mencionar los libros *Historia, identidades, cultura popular y música tradicional en el caribe colombiano*, Universidad Popular del Cesar, 2004 e *Indígenas, poblamiento, política y cultura en el departamento del Cesar*, Universidad Popular del Cesar, 2004. Recientemente ha publicado artículos como “El surgimiento de una economía campesina: poblamiento y mercados locales en el bajo Magdalena”, “Esclavitud, zambaje, ‘rochelas’ y otros excesos en la población libre de las gobernaciones de Santa Marta y Cartagena, 1600-1800” y “De bundes, cumbiambas y merengues vallenatos: fusiones, cambios y permanencias en la música y danzas en el Magdalena Grande, 1750 - 1970”.

Construir la nación, buscar la región:

Paisaje, relaciones sociales e historia
en la literatura del Valle del Cauca, 1880-1940

Julián Malatesta Jiménez
Hugues Sánchez Mejía

Auxiliar de investigación:
Nórida Fernanda Muñoz Ortiz



Colección Humanidades
Literatura e Historia

Universidad del Valle
Programa Editorial

Título: *Construir la nación, buscar la región: Paisaje, relaciones sociales e historia en la literatura del Valle del Cauca, 1880-1940.*

Autor: Julián Malatesta y Hugues Sánchez Mejía

ISBN: 978-958-670-802-9

ISBN PDF: 978-958-765-575-9

DOI: <https://doi.org/10.25100/peu.71>

Colección: Humanidades - Literatura e Historia

Primera Edición Impresa Junio 2010

Edición Digital Septiembre 2017

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Javier Medina Vásquez

Director del Programa Editorial: Francisco Ramírez Potes

© Universidad del Valle

© Julián Malatesta y Hugues Sánchez Mejía

Diagramación: G&G Editores

Corrección de estilo: Juan Carlos García M. - G&G Editores

Universidad del Valle

Ciudad Universitaria, Meléndez

A.A. 025360

Cali, Colombia

Teléfonos: (57) (2) 321 2227 - 339 2470

E-mail: programa.editorial@correounivalle.edu.co

Este libro, salvo las excepciones previstas por la Ley, no puede ser reproducido por ningún medio sin previa autorización escrita por la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros.

El autor es responsable del respeto a los derechos de autor del material contenido en la publicación (fotografías, ilustraciones, tablas, etc.), razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia - Septiembre de 2017

ÍNDICE

Tabla de contenidos.

INTRODUCCIÓN	9
MODERNIZACIÓN Y MODERNIDAD LITERARIA EN EL VALLE DEL CAUCA, 1880-1940	17
Modernización y modernidad literaria	17
La modernidad en otros campos de la cultura	49
“IMPRESIONES Y RECUERDOS” O LA GÉNESIS DE LA ESENCIALIZACIÓN DEL PAISAJE DEL VALLE GEOGRÁFICO DEL RÍO CAUCA	53
ESENCIALIZANDO EL PAISAJE: LA OBRA DE CORNELIO HISPANO Y ALBERTO CARVAJAL BORRERO	71
El retrato del paisaje geográfico y social en los poemas de Cornelio Hispano	71
Entre esencialismo y modernidad. La obra de Alberto Carvajal Borrero	95
ANEXOS	107
BIBLIOGRAFÍA	119

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

INTRODUCCIÓN

Entre 1880 y 1940 se publicaron novelas, cuadros de costumbres, compilaciones histórico-literarias, cuentos cortos, opúsculos, crónicas, diarios de viajeros y opiniones pseudoliterarias en toda América Latina. Estos textos, independientemente de su calidad literaria, evidencian las transformaciones que vivían las nuevas naciones y Estados en el ámbito político, dicen mucho de las relaciones sociales y económicas de una época así como también dan cuenta de la idea de historia que se tenía por parte de los autores. Este proceso se vivió de manera particular en Colombia, ya que la construcción de una nacionalidad en lo político pasó por definir las particularidades regionales. La identidad nacional se construyó de manera paralela a la regionalidad. Como lo señala Doris Sommer,¹ el proceso de avance de los regionalismos, que vendrían a ser las particularidades dentro de la nación, también se vivió, con diferencias de tiempo, en otros lugares de la América Hispana. Así, cada subregión o región definió su acceso a la nacionalidad, mientras construía una identidad regional. Este fue el caso del Valle del Cauca. Esta es la experiencia que se pretende estudiar en esta investigación.

Se trata de explorar el papel jugado por la literatura en la definición de identidades locales y de la nacionalidad. En este sentido, se plantea el análisis de las obras literarias –poesía narrada, crónicas, cuadros de costumbre y novelas– producidas en el espacio geográfico que a partir de 1910 se convirtió en el departamento del Valle del Cauca; con la intención de indagar sobre la construcción de identidades –nacional, regional y local–, la visión de las clases sociales, la economía regional y/o local, las transformaciones y

¹ SOMMER, Doris. *The places of History. Regionalism revisited in Latin America*. Duke University Press, North Carolina, 1999, p. 5.

la oposición –a partir de 1920 con el crecimiento demográfico de la capital departamental Santiago de Cali– entre el campo y la ciudad, lo moderno –Cali– y lo comarcal, lo urbano y lo rural. Igualmente se pretende encontrar en las obras de los escritores de la época referencias al orden social y político regional y las urgencias que traía el cambio entre un mundo rural tradicional –el trapiche– y el sistema agroindustrial –el ingenio–.

El problema que se debe resolver se relaciona con el papel que tuvo la literatura en la aparición de un *ethos* regional en el valle geográfico del río Cauca, antes y después de la creación del departamento del Valle del Cauca. Como señalamos, paralelo al proceso de construcción de la nacionalidad se originó la construcción de particularidades e identidades regionales. Dicho proceso se puede inferir de las obras de los escritores de la región del valle geográfico entre 1880 y 1940. En este sentido se pretende precisar la forma como unos escritores (Rivera y Garrido, Cornelio Hispano y Alberto Carvajal) contribuyeron con sus trabajos –crónicas, cuadros de costumbres, novelas, opúsculos y poesía narrada– a construir y mitificar un espacio geográfico, narrar una historia y crear un sentido de identidad regional: lo valluno asociado al valle geográfico del río Cauca.

Partimos de considerar a las obras literarias como documentos que nos posibilitan indagar sobre los procesos de invención de identidades políticas –esencialización del paisaje–, regionalismos y formas de concebir las relaciones sociales y económicas –transición de modelos agropecuarios campesinos a agroindustriales–. Nuestra pregunta principal apunta a saber de qué manera los escritores del valle geográfico, en las obras publicadas durante 1880 y 1940, contribuyeron en la construcción de identidades regionales y nacionales y, especialmente, en la creación de un *ethos* cultural que coincidía con los límites del departamento del Valle del Cauca, cuyo sustento se encontrará en un pasado común compartido –*comunidad imaginada*–, erigido precisamente a partir de la producción literaria.²

Durante este período, la estructura económica del Valle del Cauca vivió un proceso de modernización agrícola acelerado así como una transformación de las relaciones sociales y la vida “*monótona*” de los pueblos. La pregunta que se debe responder es si esta modernización agroindustrial fue percibida por los escritores regionales y cómo fue valorada, en términos de los cambios de sensibilidad y de representación secular del entorno, de los vínculos comunitarios y ciudadanos, de la relación trabajo y capital, o –en el sentido de Max Weber– qué estructuras de dominación se edifican y si estas coinciden con el proceso modernizador. Nuestra hipótesis es que al lado de las fecundas tareas de la modernización, las elites vallecaucanas

² ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

sostienen un régimen de dominación señorial que permea las costumbres o los hábitos cotidianos. Dice Weber:

Debe entenderse que una dominación es tradicional cuando su legitimidad descansa en la santidad de ordenaciones y poderes de mando heredados de tiempos lejanos, “desde tiempo inmemorial”, creyéndose en ella en méritos de esa santidad. El señor o los señores están determinados en virtud de reglas tradicionalmente recibidas.³

Igualmente se pretende analizar, en las obras literarias, el sentido del cambio social y la percepción política e histórica de la época, especialmente en lo que concierne a las relaciones de clase entre los hacendados y las clases bajas, incluyendo el tema racial. Paralelo a lo anterior se dará cuenta de la forma como los escritores ejercían su oficio, sus diálogos con una tradición literaria tanto nacional como internacional, sus rutinas retóricas, sus recurrencias temáticas y, de cierto modo, sus propuestas formales.

Entraríamos así en un área de estudio que aquí ha sido poco explorada pero que tiene referentes en otras regiones de América Latina: el papel de los escritores regionales como actores pasivos dentro de los procesos arriba mencionados o como capaces de percibir los cambios y realizar, como correspondería a una valiosa producción literaria, una esclarecedora crítica social. Un segundo punto a favor de la investigación propuesta se relaciona con la necesidad de estudiar la forma en que se construyó la nacionalidad en y desde el Valle del Cauca. Como bien lo señaló, hace más de dos décadas, el historiador Germán Colmenares,⁴ el desarrollo de la identidad regional fue paralelo a la construcción de la nacionalidad. Este proceso no ha sido estudiado a nivel regional y no existen trabajos monográficos que permitan dilucidar la forma como los escritores de la región participaron en el proceso de construcción de la nación colombiana y de las identidades regionales.⁵

El tema de una *socio-crítica* de la literatura ha tenido importantes avances en los últimos años en América Latina. Desde esta perspectiva, sociólogos, historiadores y expertos en literatura podían encontrar, en la producción literaria, tropos que explicaran una época, una sociedad e, incluso, procesos sociales en doble vía. Además de abordarse el proceso social que se narraba, también era factible entender las condiciones sociales en que estaba inscrito el escritor o intelectual. Así mismo, era posible analizar la forma y manera como se escribía, ubicando las tradiciones, rupturas, movimientos y trans-

³ WEBER, Max. *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1997. p. 180.

⁴ COLMENARES, Germán. “La nación y la historia regional en los países andinos, 1870-1930”. En: *Varia, Selección de textos*. Colciencias/Univalle/Tercer Mundo, Bogotá, 1998.

⁵ ROWE, William y SCHELLING, Vivian. *Memoria y modernidad: cultura popular en América Latina*. Grijalbo, México, 1993. p. 19.

formaciones. De allí que surgieran las distinciones sobre si un tipo de literatura era moderna o no. En este contexto, el estudio de la literatura como un producto cultural ofrecía la posibilidad de entender una época y el rol de los escritores y/o intelectuales en ésta. Es decir, una novela, un poema o una crónica podía decirnos mucho de una sociedad y, sobre todo, de la percepción que de ella tenían los escritores, quienes no eran precisamente vírgenes vestales que escribían haciendo tábula rasa de su historia, su concepción de esta y sus intereses terrenales.⁶ Dicho en otras palabras, a través de este tipo de estudios se percibe la forma de ver la historia en un período específico –lo cual se infiere por el escritor– y, además, se entiende la manera en que una sociedad es vista en la literatura, de acuerdo con el prisma histórico que la define previamente.

Ahora bien, el siglo XIX en América Latina y su producción literaria ha sido objeto de varios estudios.⁷ Dichos trabajos plantean que durante la segunda mitad del siglo en mención apareció un movimiento que relacionó la literatura, especialmente la novela, con la conformación de los Estados y las nacionalidades. Esta hipótesis propone que, después de la Independencia, la búsqueda de las elites por construir los Estados nacionales, involucró a los intelectuales, quienes a través de sus escritos y novelas contribuyeron a difundir una idea de nación. Aquí merece especial atención Doris Sommer al proponer el romance como el mecanismo más expedito para pensar la nación por parte de los novelistas.⁸ Este romance nacional cumplió el rol de imaginar la nación a partir de metáforas que se relacionaban con las desdichas, penurias y felicidades de los personajes de las novelas. Así, el drama del romance llevaba a la nación y, en especial, a la trilogía *romance, familia y nación*.

Sobre este asunto, cabe reseñar la obra de Raymond Williams,⁹ que si bien fue escrita para otros contextos, resulta bastante esclarecedora para el objeto de estudio aquí planteado. En su opinión, la novela aparece en una coyuntura específica que se relaciona con el surgimiento de los nacionalismos europeos y la expansión capitalista. Para el caso inglés, este autor encuentra que un grupo de novelistas pone a sus actores y ficciones en un mundo donde imperan el discurso del cambio, la historia y la idea de progreso, o, lo que el historiador Eric Hobsbawm denominó la era del capita-

⁶ MÁIZ, Ramón. *Nación y literatura en América Latina*. Prometeo, Buenos Aires, 2007.

⁷ Ver los ensayos compilados por CABRERA LÓPEZ, Patricia (Comp.). *Pensamiento, cultura y literatura en América Latina*. Plaza y Valdés, México, 2004.

⁸ SOMMER, Doris. *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Fondo de Cultura Económica, México, 2006. p. 23.

⁹ WILLIAMS, Raymond. *The English Novel from Dickson to Lawrence*. Chatto & Windus, Londres, 1970. Del mismo autor: *El campo y la ciudad*. Paidós, Buenos Aires, 2001. *Cultura y sociedad: 1780-1950. De Coleridge a Orwell*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2001.

lismo y el nacionalismo.¹⁰ Es así como Williams encuentra que las novelas producidas entre 1820 y 1880 terminan esencializando los escenarios rurales allí presentados. Se ocultan la selva y lo montuoso. En su lugar aparecen expresiones como “*hermosas llanuras*”, “*colinas diáfanas*” o “*prístinos amaneceres*”¹¹ que buscaban asociar el campo con la ciudad a partir de desvirtuar lo selvático y mostrar lo rural como ocupado y civilizado, con la expansión de la ganadería y la agricultura capitalista. Los bosques desaparecen para estos escritores y en vez de ello surgen las llanuras llenas de pastos y flores primaverales. *Tropos* este que llegó intacto a América y fue apropiado por muchos escritores que veían, en el siglo XIX y parte del XX, cómo la selva y lo montuoso eran un obstáculo al progreso y a la productividad. Así, nación y expansión capitalista iban de la mano. Por ello no es rara la dicotomía civilización y barbarie planteada por Sarmiento; ni tampoco debe ser extraño el romance entre María y Efraín, narrado por Jorge Isaacs.¹²

En el caso latinoamericano, además de las novelas, aparecieron poesías descriptivas, cuadros de costumbres, crónicas y opúsculos que mezclaban la historia y la literatura e inundaban el naciente mundo de las letras, siendo distribuidas en los principales centros urbanos, ya sea en compilaciones o en las secciones de cultura de la prensa. Producción literaria ésta que todavía no se ha estudiado. De esta situación da cuenta Fernando Unzueta, quien llama la atención sobre los cuadros de costumbres que, escritos por intelectuales, definieron la personalidad “*nacional*” y “*regional*”.¹³

Desde la historiografía resulta relevante mencionar el texto del inglés Malcom Deas, quien señala que los llamados gramáticos conservadores fueron capaces en Colombia de construir su identidad partidista a partir de los cuadros de costumbre. Este autor plantea que con las compilaciones de “*tradiciones*”,¹⁴ los conservadores buscaban crear un lazo con el mundo hispano, especialmente en un momento en que los liberales se apoyaban en las ideas francesas para construir sus identidades. De este proceso es bueno retener el tema de lo tradicional y la búsqueda de costumbres que debían refrendar el proyecto hispanista en Colombia. Pero también resulta interesante mencionar cómo en su búsqueda de sociedades “*incontaminadas y esencialmente españolas*”, los conservadores en sus cuadros de costumbres terminaban dando cuenta del bajo pueblo y de su forma de vida. Se da lo

¹⁰ HOBBSAWN, Eric. *Historia del siglo XX*. Crítica Grijalbo/Mondadori, Buenos Aires, 1998.

¹¹ WILLIAMS, Raymond. *El campo y la ciudad*. Op. cit.

¹² SOMMER, Doris. “Un círculo de deseo: los romances nacionales en América latina”. En: MÁIZ, Ramón (comp.), *Nación*, Op. cit.

¹³ UNZUETA, Fernando. “Escenas de lectura: naciones imaginadas y el romance de la historia en Hispanoamérica”. En: MÁIZ, Ramón (comp.), *Nación*, Op. cit.

¹⁴ DEAS, Malcolm. *Miguel Antonio Caro y amigos: Gramática y poder en Colombia*. Tercer Mundo, Bogotá, 1996. p. 52.

que Unzueta llama la democratización de la literatura, ya que los escritores “*al retratar a las clases sociales más bajas...*”,¹⁵ ponían a los excluidos al alcance del público lector.

En el desarrollo de la investigación acudimos a sólo algunos de los muchos documentos que reposan en la Biblioteca Departamental Jorge Garcés Borrero, Biblioteca El Centenario, la Biblioteca Nacional y la Biblioteca Luis Ángel Arango. La visita realizada a cada una de dichas instituciones nos mostró un cúmulo de escritos variopinto en donde se encuentran periódicos, revistas, crónicas, novelas, cuadros de opúsculos, entre otros, que merecen una revisión más exhaustiva que la que nosotros realizamos. Aunque en esta oportunidad decidimos concentrarnos en los tres primeros tipos documentales y especialmente en aquel contenido referido a artículos, poesía y crónicas cortas. Por otra parte, en esta ocasión nos concentramos en sólo tres de los escritores que marcan un espacio intergeneracional en la literatura del Valle del Cauca. Para ello escogimos a Luciano Rivera y Garrido, Cornelio Hispano y Alberto Carvajal.

Fue precisamente a partir de lo anterior que logramos una mayor comprensión acerca del papel asumido por los literatos frente a los proyectos de consolidación de los Estados y, en el caso que nos atañe, la geografía regional como vía de construcción de una identidad o comunidad imaginada.¹⁶

Por último, decidimos estructurar los resultados de la investigación a partir de dos grandes apartados, en los cuales esperamos se perciba el diálogo que intentamos establecer como autores pero también desde cada una de nuestras disciplinas. Es un diálogo de doble vía entre la historia y la literatura, que sin llegar a unanimismos, pretende acercarse desde otra mirada a la literatura regional. En cada ensayo –indiferente de sus particularidades– nos acercamos a estudiar un proceso sobre el cual nadie tiene hoy duda en términos históricos: la llegada de la modernidad. No hay un único modo de pensar el cómo acontece la práctica del territorio, cómo se producen las configuraciones simbólicas y las representaciones sociales por parte de quienes lo habitan. En la noción de territorio como lugar de construcción de identidad, o de escenificación de una *otredad relativa*, intervienen vectores que extienden su dominio al ámbito de la política, de la economía, del orden institucional, de la división político-administrativa, del entramado social, de la delimitación geográfica y ambiental y de las disímiles manifestaciones de la cultura. Pese a esta multiplicidad temática de senderos que se cruzan y se bifurcan, que dialogan entre sí y antagonizan, que concurren en situaciones históricas y determinan la naturaleza de los episodios, la intervención analítica se obliga a configurar un ámbito propio, que le permita abstraer

¹⁵ *Ibíd.* p. 93.

¹⁶ Anderson, *Op. cit.*

del material empírico los insumos suficientes y adecuados para su pesquisa. Ese *constructo pensado* que proponemos como derrotero metodológico es la noción de *modernidad*, susceptible de ser situada en una época, pero a su vez esquiva a las camisas de fuerza que le impone el acontecer histórico.

En el campo que nos ocupa: Paisaje, relaciones sociales e historia en el Valle del Cauca 1880 - 1940, intentaremos rastrear el sentido de modernidad que se manifiesta en el ámbito de la cultura en el Valle del Cauca, sus expresiones de resistencia a los cambios que produce la modernización del país, el modo como el territorio se incorpora o se distancia de lo que provisionalmente podríamos llamar la construcción del Estado-Nación y los intereses y visiones de mundo que activan las elites locales en su proyección local, regional y nacional. Sin que nuestra pretensión sea ubicar de un modo determinista el acontecimiento de lo moderno, es decir, situarlo en una fecha específica y a partir de ahí seguirle su huella, sí es un propósito perseguir sus manifestaciones a través de los escritos literarios y de las otras expresiones de la cultura que logran ejemplificar en obra, la entrada de lo moderno y revelar los desacomodos que acaecen en las representaciones de la tradición en el período señalado:

La modernidad es mucho más fácil de ejemplificar que de definir –afirma el historiador Peter Gay–. Esta curiosa situación se debe a la rica diversidad que la caracteriza. Sus ejemplos abarcan un terreno tan amplio y diverso –pintura y escultura, prosa y poesía, música y danza, arquitectura y diseño, teatro y cine– que parece improbable hallar una ascendencia o terreno común.¹⁷

17 GAY, Peter. *Modernidad*. Paidós, Barcelona, España, 2007. p. 23.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

MODERNIZACIÓN Y MODERNIDAD LITERARIA EN EL VALLE DEL CAUCA, 1880-1940¹⁸

MODERNIZACIÓN Y MODERNIDAD LITERARIA

En la historia de la sociedad colombiana, los procesos de modernización que tienen lugar en la segunda mitad del siglo XIX y avanzan con desiguales empujes hasta la primera mitad del siglo XX –propiciando severos cambios en el orden simbólico de la sociedad, alterando físicamente el paisaje y el patrimonio orgánico, dando lugar a un rápido desarrollo urbano y con él al surgimiento de nuevas identidades, con su correspondiente pugna de intereses, objetivos de supervivencia, anhelos de poder y de acceso a los beneficios que ofertan los cambios–, no son coincidentes con un *sentido de modernidad* capaz de erosionar los valores del pasado, cuestionar los dogmáticos preceptos que definen la tradición, producir cambios en la mentalidad y en las costumbres, edificar un nuevo *ethos* acorde con los nuevos tiempos y agenciar, como le corresponde al espíritu moderno, una dinámica de secularización vigorosa que se fíe del hombre como un ser conductor de su propio destino.

La historia no es lineal, ni los procesos sociales que le dan cuerpo y la configuran son unívocos, plenamente mensurables y predecibles. Aquello que denominamos histórico no es un pasado irrevocable, consumado e irredimible, es más bien, si nos permiten la metáfora, una confluencia de fuerzas que se revuelven, pugnan entre sí, se disputan lugares visibles en la escena, proyectan sus alcances a las nociones de lo por-venir, retornan, fla-

¹⁸ Julián Malatesta, (Juan Julián Jiménez Pimentel), Profesor Titular, Director Escuela de Estudios Literarios, Universidad del Valle, Cali - Colombia.

quean, se resisten, y es dentro de esta efervescencia de sucesos fracturados, de señales, marcas y huellas, que los hombres hacen mundo, construyen su entorno, documentan sus voluntades e intereses, testimonian sus congojas y felicidades, interpretan los acontecimientos y abordan el sentido del *modo de ser hoy*, esa especie de presente perpetuo, que según la intuición de Bergson, sería la condensación jerarquizada del pasado. Nuestra contemporaneidad se halla signada por ineludibles anacronismos; asistimos a lo moderno sin perder los viejos trajes de nuestra reciente y aún vigente premodernidad; respiramos jubilosos los nuevos aires de los tiempos y no obstante les hacemos resistencia a los cambios. En este sentido lo moderno es un anhelo y es una fatalidad, reúne el deseo de transformación y de triunfo de lo nuevo sobre lo viejo que a la postre es el mito que lleva en sus entrañas la condición moderna, el ideal mesiánico de las corrientes estéticas de finales del XIX y principios del XX, y es una fatalidad por cuanto la modernidad comprende también las leyes que rigen el modo de producción capitalista que convierte el trabajo humano, sus saberes y sus conocimientos, en mercancía y con ello enajena la acción creadora del Arte.

La modernización ha de ser entendida como la puesta en común de los adelantos tecnológicos, los hallazgos de la ciencia que las sociedades, en su conjunto, apropian y utilizan para su desenvolvimiento económico, político, social y cultural. Para ello crea formas organizativas, instituciones que hacen posible esta apropiación y que contribuyen a adecuar los territorios regionales y locales para el aprovechamiento de la innovación. Sin embargo, se podría afirmar que la cultura entendida como un entramado de representaciones constitutivas del tejido social y determinante de las múltiples formas de relación humana, se ajustaría de forma conveniente a las exigencias modernizadoras; pero no ocurre de ese modo tan pacífico. Aunque las reglas del intercambio capitalista operan por encima de los sujetos y obligan a relaciones instrumentales, utilitaristas, en pos del beneficio o de la ganancia, la tradición cultural emprende sus acciones en forma de resistencia: los rituales religiosos antagonizan con las demostraciones científicas, las relaciones *diales* se oponen a las relaciones entre trabajo y capital. La noción de igualdad y de libertad, los gritos solemnes de la Revolución Francesa son amordazados por el ejercicio de la moral cristiana que ahoga el surgimiento de una ética social liberada de lo sagrado y frustra la construcción plena del sujeto, entendida ésta como la conquista de la autonomía para el ejercicio de su voluntad creadora.

En Colombia el acceso a la modernidad y a los valores que le dan cuerpo, se hace posible a través de la dimensión de lo *culto* que, de alguna manera, ha sido regentado por las elites regionales, cuyos miembros –así lo registran documentos históricos–, fueron educados fuera del país, y de retorno a su suelo patrio lideraron partidos y movimientos políticos que en sus programas promovieron radicales transformaciones de las instituciones públicas.

Los innumerables conflictos bélicos que sacudieron el continente americano a lo largo del siglo XIX y particularmente las guerras civiles que enfrentaron a los caudillos militares y a las élites regionales en Colombia, detuvieron, de alguna manera, el vigoroso desarrollo del pensamiento ilustrado, que con el modelo de la Revolución Francesa y el influjo de la Revolución Norteamericana, había logrado ganar a una gran parte de la intelectualidad desde los albores de la República.¹⁹

Para combatir la influencia de Bentham, la iglesia católica emprendió una dura ofensiva contra las fórmulas del sistema educativo que en los primeros años republicanos se habían impulsado bajo la égida del régimen de Santander y que propugnaban una educación laica, materialista y confiada en la investigación científica. En esta perspectiva la fuerza intelectual y humanística, renovadora de las costumbres culturales y políticas, es repelida por una corriente del pensamiento que encuentra sus más fuertes insumos en instituciones premodernas, legado de la vieja estructura colonial. La lucha entre los hombres de la Ilustración y los católicos a lo largo del siglo XIX se resuelve en los campos de batalla y en una acalorada confrontación ideológica entre los líderes de las facciones. Pero lo que es paradójico, es la constatación en la historia de Colombia, de que los sectores más conservadores son precisamente aquellos que emprendieron con mayor vehemencia las tareas de la modernización. Los tres períodos de ejercicio del poder de Rafael Núñez (1880 a 1886) son el intervalo donde la iglesia católica impone sus postulados y la nación colombiana aprende a andar de la mano del despotismo, al mismo tiempo que dirige sus impulsos al fortalecimiento de un orden político-administrativo que consolide la vida ciudadana y construya una economía orientada hacia el mercado internacional, con un fuerte amparo a los intereses de las elites regionales. Es difícil calcular el impacto del proceso de modernización en la consolidación de un campo intelectual cuya postura creativa y crítica corresponda de forma efectiva a las expectativas de la época, dado que el sentido de modernidad no concurre de modo simultáneo con la dinámica modernizadora de la vida nacional.

En el Gran Cauca, como en el resto del país, se desarrolla una escritura que anhela conseguir los más preciados logros de la *razón*, que en nuestro caso son obtener la bendición del pensamiento europeo, legitimar ante el mundo la contraseña de una conciencia histórica, al mismo tiempo que se quería liquidar por la vía de las tropelías militares un pasado que se obstinaba en permanecer. La división es evidente: un grupo de intelectuales proyectan propuestas indagadoras del contexto social bajo los moldes del pensamiento ilustrado y otros adhieren a la protección acrítica de las instituciones

¹⁹ MALATESTA, Julián. *Poéticas del desastre*. Universidad del Valle, Santiago de Cali - Colombia, 2003. p. 45.

coloniales que cuentan con el respaldo de las *turbas* o del pueblo raso.

El romanticismo ejerce una gran influencia en los escritores de la época, y aunque no alcanza la profundidad de las corrientes románticas europeas, aun con el estímulo de aquellos que estudiaron en el viejo continente, sí logra marcar una escritura que concilia las representaciones aparentemente contradictorias que se hallan en la cultura y que se ocupa de modo pintoresco de los episodios de la vida local y de los pequeños y anecdóticos sucesos de aldea.

En este *sensorium* activado por la efervescencia política y la aguda controversia intelectual, acontece la escritura de Jorge Isaacs, soldado liberal en las guerras civiles, que alcanzó el rango de capitán y dirigió las fuerzas rojas en una de las batallas de más amplia rememoración ocurrida en el valle geográfico del río Cauca: los Chancos. El joven poeta publica en 1867 su novela *María*, novela de *sentimientos*, que narra los pesares del amor. Con esta obra Isaacs, según la crítica, se sitúa a la altura de la mejor expresión romántica y se cataloga como un triunfo de la expresión americana en la naciente aparición del género novela.

Los modelos europeos –Paul et Virginie, Atala y aun Werther– se perciben fácilmente en el fondo. Pero, igual que nos sucedió con los templos barrocos, si la traza es foránea, los elementos y la elaboración son de acá. En *María* se dan las notas idílicas de un puro amor juvenil genuinamente sentido; la descripción del paisaje nuestro visto como reflejo de la sensibilidad romántica del autor; los rasgos costumbristas de una sociedad, más patriarcal que feudal, en los que no faltan el detalle realista y el color criollo; la fina observación psicológica, la emoción tensa y sostenida, la sabia dosificación de lo delicado y lo sensual y el constante clima poético”.²⁰

Las reflexiones sobre el romanticismo tal vez son más extensas que las obras artísticas y literarias producidas por estos movimientos disímiles entre sí y al mismo tiempo pletóricos de lugares afines, lo que ha permitido que con el sólo apelativo de románticos se abarque las escuelas que tuvieron su prolija manifestación a lo largo del siglo XIX. Quizá la importancia de la expresión romántica la constituye el hecho de que se trata de movimientos artísticos y culturales que transformaron la sensibilidad europea y trazaron un nuevo derrotero en la conciencia de Occidente. No obstante, un rasgo distintivo del *espíritu romántico* es su adhesión a un pensamiento que se interroga a sí mismo y proporciona respuestas a las acciones contingentes del hacer poético. El conocimiento no es revelación, es reflexión, sin esta

²⁰ ARROM, José Juan. “Esquema Generacional de las letras Hispanoamericanas. Ensayo de un método. La generación de 1864”, *Thesaurus Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Tomo XVII, (No. 2), Bogotá, Mayo-Agosto de 1962. pp. 441-442.

condición inherente al Arte, la poesía se ahogaría en la anécdota y sólo sería la expresión precaria de una mimesis atrapada en los visajes de la naturaleza o en la pasiva contemplación de lo *real*.

La infancia que en su insaciable curiosidad se asombra de cuanto la naturaleza, divina ensoñadora, ofrece nuevo a sus miradas; la adolescencia, que adivinándolo todo, se deleita involuntariamente con castas visiones de amor... presentimiento de una felicidad tantas veces esperada en vano; sólo ellas saben traer aquellas horas no medidas en que el alma parece esforzarse por volver a las delicias de un Edén –ensueño o realidad– que aún no ha olvidado.

No eran las ramas de los rosales, a los que las linfas del arroyo quitaban leves pétalos para engalanarse fugitivas; no era el vuelo majestuoso de las águilas negras sobre las cimas cercanas, no era lo que veían mis ojos; era lo que yo no veré más; lo que mi espíritu quebrantado por tristes realidades no busca, o admira únicamente en sus sueños: el mundo que extasiado contemplé en los primeros albos de la vida.²¹

Isaac logra con inusitada sencillez cumplir con ese avaro precepto que rige el *qué hacer* del proyecto romántico. En las páginas de *María* abundan los episodios donde el pensamiento, situado en el más trivial de los acontecimientos cotidianos, trasciende las celosías de la anécdota y penetra esas regiones insondables de la pregunta por el Ser y su condición contingente. Un principio que rige la reflexión romántica es aquel según el cual, toda pregunta posee la respuesta; si esta premisa no se cumple es porque la pregunta adolece de una mala formulación. De este principio se desprende una segunda idea: toda respuesta es susceptible de ser sometida a falsación y puede ser repetida, y con instrumentos y técnicas adecuados a su propia naturaleza, enseñada a otros. De modo que el *pensar poético* no depende de la revelación o de una intervención del milagro, el *pensar poético* es una operación del intelecto, un trabajo de orfebre en el inasible campo de la fantasía, mas no un derivado de la fantasía, es una intervención de la razón en los imaginarios de la cultura y no una intervención de esos imaginarios en los asuntos de la razón. Y en este trabajo se le reconoce a la prosa su distinción y dignidad; es ella la portadora de una razón, mientras que al verso se le concibe de modo arcaico, espontáneo y aun se le adjudica un origen en el núnmen. Dicho de otro modo, la prosa representa el espíritu de la modernidad, mientras que el verso representaría el misterioso diálogo con la divinidad y en ese sentido resultaría todavía, para la época del joven

²¹ ISAAC, Jorge. *María*. Biblioteca de la Universidad del Valle, Cali, Colombia, 1967. pp. 175-176.

poeta y ya muy entrado el siglo XX en nuestro país, una expresión premoderna. Aunque *María* no alcanza a penetrar las hondas elucubraciones de la construcción de un proyecto de nación, tal como ocurre en obras contemporáneas y posteriores que se escribieron en el continente americano, y que algunos críticos visualizan como un genuino asunto romántico, la reflexión ontológica que se alcanza en las páginas de la novela le otorga un sitio en la expresión romántica americana. No ocurre del mismo modo en su poesía, donde la versificación, cuando no tiene un carácter heroico y conmemorativo de las justas militares, no trasciende el nivel de la anécdota y permanece atrapada en una evocación del paisaje, llana, sumisamente mimética. Tomo como ejemplo estos versos iniciales del poema *Casa Paterna*:

Desierta la campiña... El sol poniente:
Azuladas las cumbres del Oriente;
la selva umbrosa... el límpido raudal...
al fin bajo tus bosques te diviso,
paterno hogar, hermoso paraíso
que sin culpa perdí; ¡cuán bello estás!
Sobre el azul turquí de la montaña
la techumbre destácase, que baña
con amarilla luz el arrebol,
como en las gayas tardes de verano
en que, del fruto de mi siembra ufano,
vine a buscar aquí sombra y amor
¿A quién le rogaré me dé la entrada
si extraño y pobre vuelvo a la morada
donde la infancia y juventud pasé;
si no querrá su poderoso dueño
que espante sus lebreles con mi leño
ni que le deje el polvo de mis pies?
Muchas veces llamé, mas no responden...
¿Por qué, cual las turbadoras que se esconden
en los sotos, hogar no encuentro yo?
Son los mismos de entonces sus arrullos,
los mismos de la selva sus murmullos,
el mismo de los prados el olor.²²

Pese a la turbadora descripción naturalista –en términos de la plástica, quizá primitivista del paisaje–, no deja de expresarse el motivo romántico del desalajo, la idea de una pérdida que es anterior al mismo origen del

²² ISAAC, Jorge. *Poesías*. Biblioteca de la Universidad del Valle, Cali, Colombia, 1967. p. 114.

poeta, un valor que ya no es recuperable, pero que desde la ausencia le da cuerpo a su identidad, o mejor, lo ilusiona con el presagio de un encuentro consigo mismo. Albert Béguin, en su libro *El alma romántica y el sueño*, nos ofrece un sugerente pasaje que define al sujeto romántico como poblador de este mundo, trivial como sus congéneres y atribulado como los hombres que abrazan una causa así sea la más efímera y que por ella se hundan en el desarraigo:

Igualmente desarraigados de esta tierra, por la cual pasaron como viajeros efímeros, los románticos no fueron, sin embargo, esas creaturas evanescentes, irreales y demasiado angélicas que ha imaginado una vana leyenda. Mientras más nos familiarizamos con ellos, mejor se nos van mostrando como seres muy definidos y muy definibles, que sin duda aspiraron a alcanzar sus orígenes espirituales, pero que también quisieron vivir fielmente, en este mundo, de acuerdo con sus orígenes. Visionarios conscientes de sus dones, exploradores clarividentes de los tesoros ocultos en sí mismos, basta contemplar sus retratos para comprender hasta qué punto cada uno de esos hombres sedientos de infinito llegó a hacer de su propia existencia una aventura particular. Son hermanos y se parecen precisamente como hermanos, a pesar de los contras y de las desemejanzas que siguen existiendo en su naturaleza profunda.²³

Veamos el poema *La corona del bardo*, que data de 1875, período que el crítico Armando Romero Lozano sitúa, en una división analítica de su obra en verso, como el tiempo dedicado a la poesía del político y del explorador:

LA CORONA DEL BARDO

Desata de mi frente esta diadema
de rojos mirtos y lujosas flores;
que ya mis sienes fatigadas quema
y emponzoñan el alma sus olores.

De fugitiva gloria vano emblema,
Valióme de la envidia los furores;
de los del oro vil adoradores,
el rencor y sacrílego anatema.

²³ BÉGUIN, Albert. *El alma romántica y el sueño*. Fondo de Cultura Económica, Santafé de Bogotá, D. C., 1994. p. 194.

Mas, ¿por qué tristes a la tierra inclinas,
 muda ante mí los ojos virginales
 inundados de lágrimas divinas?

El amor inmortal, hace inmortales;
 y al llegar del sepulcro a los umbrales,
 coronas ¡ay!...me sobrarán de espinas.²⁴

El espíritu romántico percibe el paisaje de un modo aurático, lo entiende como escenario de un advenimiento, *f fuente primordial*, la sugestiva piedra *Heraclea* de la cual hablara Platón en ese memorable diálogo del Rapsoda, lugar donde ha de acontecer la realización plena de una promesa; por esa razón, la naturaleza se convierte en la manifestación de las tribulaciones y pequeñas alegrías del poeta, cuando no, en el instrumento para hacer posible el suceso del amor encubierto por preceptos morales y normas de cortesía; o el paisaje como manifestación de la divinidad y ámbito sagrado para la ejecución de la plegaria. Un contemporáneo de Jorge Isaac, cronista de sus justas heroicas, gran ensayista y crítico, es Luciano Rivera y Garrido quien va a producir quizá el libro que mejor narra el paisaje y las costumbres del Valle en la segunda mitad del siglo XIX. Los rituales cotidianos, fiestas y conmemoraciones que tenían lugar en las viejas haciendas, donde amos, siervos y esclavos inician ese sincretismo que habría de marcar el destino cultural de la región vallecaucana; se trata del libro *Impresiones y recuerdos*, elaborado con una minuciosa destreza literaria que capta los sutiles giros de la naturaleza, sus cambios en el tiempo y el modo como los seres humanos ejecutan su dominio. Don Luciano Rivera Garrido es quizá quien en las postrimerías del siglo XIX y en los inicios del XX va a emprender, con mucho ímpetu, una labor modernizadora con un gran componente sensible de lo moderno, a través de difundir el arte de la fotografía y presentar el primer poliorama o el proyector de imágenes fijas.

El sentido cabal del *modo de ser hoy*, es decir, de la condición moderna, lo habría de tematizar Baudelaire con su célebre proposición: *La modernidad es lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte cuya otra mitad es lo eterno y lo inmutable*.²⁵ Ésta habría de ser la máxima estética del proyecto simbolista que vierte su influencia en el continente americano; pero que llega mezclada del influjo parnasiano, que en su forma y en su factura lírica tiene un carácter recesivo y es adulterada, para fortuna de estas latitudes, con la fuerza y vigor del Siglo de Oro Español. Bajo la influencia de Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reizig y José Asunción

²⁴ ISAAC, Jorge. Poesías, Op. cit. p. 202.

²⁵ BAUDELAIRE, Charles. El pintor de la vida moderna, Áncora, Santafé de Bogotá, 1995.

Silva, así como de algunos poetas europeos entre ellos Rainer María Rilke, el poeta Guillermo Valencia contribuye a abrir la puerta del siglo XX, en unas condiciones sociales y políticas muy adversas para la nación colombiana.

No en vano la poesía de Valencia devino en el mejor y máspreciado documento poético de su tiempo, no sólo porque su construcción alcanza una altura importante en la poesía del modernismo latinoamericano, sino porque en ella se expresan las agitadas contradicciones del poeta, que envuelto en los preceptos del clericalismo más ortodoxo (el del catecismo del padre Gaspar Astete, de bastante comercio aun a finales del siglo XX), se revela a favor de la anarquía y declina en beneficio de declaraciones iconoclastas. Lo que Valencia no podía decir en la elocuencia de sus intervenciones políticas, en las que solía defender con desnudo las retardatarias posturas ideológicas de su partido, lo pone de manifiesto contradictoriamente en su poesía. El tránsito imprevisible del nihilismo a la devoción religiosa, del escepticismo filosófico a la fe, que en últimas es una recuperación de la certeza en la incertidumbre, así como los giros temáticos que en ocasiones celebran los placeres de la carne y luego se refugian en el resignado acato a las normas que rigen el amor cortés, constituyen, de alguna manera, los motivos centrales de su poesía.²⁶

Veamos un fragmento de uno de los poemas más apreciado por la crítica y donde el poeta exhibe toda la utilería del modernismo:

CIGÜEÑAS BLANCAS

Ciconia pietatis cultrix
Petronio

De cigüeñas la tímida bandada
recogiendo las alas blandamente
paró sobre la torre abandonada
a la luz del crepúsculo muriente;

hora en que el Mago de feliz paleta
vierte bajo la cúpula radiante
pálidos tintes de fugaz violeta
que riza con su soplo el aura errante.

²⁶ MALATESTA. Op. cit. p. 57.

Esas aves me inquietan: en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Afrenta la negrura de sus ojos
al abenuz de tonos encendidos,
y van los picos de matices rojos
a sus gargantas de alabastro unidos.

Vago signo de mística tristeza
es el perfil de su sedoso flanco
que evoca, cuando al sol se despereza,
las lentas agonías de lo Blanco.²⁷

Este modo fugaz de acercarse al paisaje, describirlo con finos pinceles, sin nombrarlo, de hacerlo etéreo hurtándole su contingencia, de tal modo que podría ocurrir en cualquier lugar del hemisferio y quizá nunca en su propia tierra, es una característica de la tradición modernista que tiene como propósito evadir la anécdota y huir de las rudimentarias cadenas que impone la vida coloquial. En este poema el paisaje no señala un territorio, no ilustra una geografía pero sí le abre espacio al sujeto lírico para describir su modo de estar en el mundo. Baldomero Sanín Cano, contemporáneo del poeta, nos dice:

La nota característica de la poesía de Valencia es su predilección por los tonos suaves y por las sensaciones vagas, casi inexpresables... (...) Su color favorito es el blanco o el gris; cuando sube en la gama de los tonos vivos, se complace en las suavidades del azul. Cuando echa mano de colores más intensos, es en frases que le son adversas, como él mismo dice, o para evocar con el contraste matices más delicados.

Los camellos y las cigüeñas son una orgía de blanco y no sólo en los colores, sino en las sensaciones de tacto, en los sonidos y perfumes, su sensibilidad parece limitada a lo exquisitamente atenuado. El silencio, la sombra, el recuerdo, los ecos mudos, frecuentan su poesía como una antigua mansión abandonada.²⁸

La República conservadora se inicia en 1885 y se extiende hasta 1930;

²⁷ VALENCIA, Guillermo. *Ritos*. Carvajal S. A., Colombia, 1979.

²⁸ Prólogo a la edición facsímil del libro *Ritos*, publicada en Londres en 1914. VALENCIA, Op. cit. pp. XIX-XX.

se trata de un régimen político controlado por la hegemonía de un partido único y apoyado servilmente por los fragmentados reductos liberales. En este período la iglesia católica ejerce el control de la educación, mantiene de modo dogmático los viejos valores de la hispanidad que son confrontados en España, y se opone a las formulaciones del pensamiento ilustrado y a las vigorosas ideas del socialismo expresadas en la Revolución Rusa. Después de la Guerra de los Mil Días se consolida el paradigma cultural del tradicionalismo patrimonialista que acoge de modo subalterno al mecenazgo liberal. Esta concepción entiende a la cultura en su organización como la consolidación de espacios neutrales, hedonistas, ajenos al conflicto social, lugares éstos, encubridores de las diferencias sociales y de las agudas contradicciones en la construcción del Estado-Nación. Aun cuando el país entra vertiginosamente en la modernización, la clase dirigente colombiana luce ante el mundo su destreza para hacer posible la combinación del atraso cultural con el enorme empuje de proyección tecnológica. El escritor Fernando Cruz Kronfly, en su ensayo *Ser contemporáneo: ese modo actual de no ser moderno*, afirma:

La modernidad, tal como ya se ha dicho, implica mentalidad científica, desarrollo de relaciones capitalistas, institucionalidad política y jurídica democrática, ideologías igualitarias y libertarias, formas estéticas y desarrollos artísticos específicos de la modernidad, desarrollo de tecnología y de ciencia aplicada y, sobre todo, una mentalidad secular derivada del desencantamiento del mundo... la contemporaneidad no es una característica o una calidad a la que se llega necesariamente por el camino de la modernidad. Se puede ser contemporáneo, en consecuencia, sin haberse asomado siquiera a la modernidad...²⁹

La intelectualidad colombiana, en gran parte auspiciada y estimulada por el erario público, desatiende las campañas de renovación cultural y estética que convulsionan el continente europeo, les da la espalda a los movimientos modernos que acaecen en tierra americana, como el movimiento cultural de Sao Paulo, los *ultraistas* argentinos, los *estridentistas* y muralistas mexicanos, y tantos proyectos en el orden social y cultural que se opusieron a la guerra, que señalaron el carácter no neutral de la invención tecnológica. Esta indolencia histórica tiene características funestas en el Valle del Cauca. Entre los años 1870 y 1910 se proyecta con grandes desaciertos y tropiezos la subregión del Gran Cauca, como región autónoma en el campo político y económico, proceso que habría de expresarse con mayor énfasis en las

²⁹ CRUZ KRONFLY, Fernando. *La Tierra que atardece, ensayos sobre la modernidad y la contemporaneidad*. Planeta, Santafé de Bogotá, 1998. p. 18.

dos primeras décadas del siglo XX. El Valle es una región que mantiene una relación no muy fluida con el centro del país, y que en cierta forma permanece aislada de otras regiones, dada su precaria infraestructura vial, aun considerando los esfuerzos que sobre esta materia se vienen haciendo desde finales del siglo XIX. En este período es fácil constatar que los caminos del Valle del Cauca son los mismos de la época colonial, su condición geográfica permanece inalterada como un lienzo que alguien dejara colgado en un museo al que ya no visita nadie.

Con la fundación del Departamento en 1910, la apertura del Canal, que habría de ocurrir en 1914, y el desarrollo de la economía cafetera en el Viejo Caldas, en medio de las violentas disputas partidistas, las elites regionales logran unir esfuerzos para adelantar la construcción del puerto de Buenaventura y continuar, en medio de los escandalosos sobornos y peculados, la construcción del ferrocarril del Pacífico, que uniría a Cali y Buenaventura. También se inicia con empuje empresarial la apertura de vías de comunicación hacia el norte, interconectando municipios que permanecían aislados y que son prósperos epicentros del comercio regional. Cali se transforma en centro de las dinámicas de modernización que modifican la geografía social y política del Valle del Cauca y que fortalece el creciente sistema urbano de los municipios. La ciudad de Cali y las pequeñas cabeceras urbanas que conforman el Departamento sufren cambios drásticos en el uso del suelo y en las representaciones culturales propias de ese nuevo modo de *practicar lugar*, de producir un nuevo orden simbólico y un renovado sistema de relaciones e intercambios entre individuos y grupos sociales de reciente conformación.

En diciembre de 1919 se funda en Palmira “Carvajal Hermanos” por iniciativa de Alberto y Mario Carvajal. En ese mismo año se instala en Cali el imperio de gaseosas Posada y Tobón y se inicia un crecimiento industrial con la fundación de empresas que utilizan plantas generadoras de energía eléctrica para uso exclusivo de sus instalaciones: Tenería La Magdalena –Curtiembre– 1921; La Victoria, 1922; A. Aristizábal –Trilladora–, 1923; Alfredo Rich –Taller–, 1924; Compañía Colombiana de Tabaco –Cigarrillera–, 1924; Lavandería América –Lavado en seco–, 1927; Tejares Santa Mónica –Ladrillera–, 1928; Cine Colombia –Sala de cine–, 1928; Tejares San Fernando –Ladrillera–, 1929; Consorcio de Cervecería Bavaria –Cervecería–, 1930; Industrias Textiles de Colombia –Textilera–, 1930; Consonni Hermanos –Sombrerera–, 1931; Laboratorios Jorge Garcés –Farmacéutica–, 1933; y Fábrica Gloria –Taconera–, 1934.³⁰

³⁰ DESPERTAR VALLECAUCANO, Revista, Santiago de Cali, Colombia, Octubre-Noviembre de 1992, p. 20.

Este listado, indicio de la dinámica modernizadora en el Valle del Cauca en los primeros treinta años del siglo XX, es suficiente para mostrar cómo el entorno social y natural es modificado de forma decisiva en un proceso que se agudizaría en las décadas siguientes y cuya expresión más importante se iría a producir a mediados de la centuria. No son sólo las vías de acceso a los municipios, ni las redes de interconexión regional y nacional, es la aparición de los primeros consorcios industriales, el complejo crecimiento de un mercado de bienes manufacturados y de productos de importación, así como el fortalecimiento de una vida política con escenarios de confrontación pública no siempre pacífica, pero las más de las veces definitiva del rumbo ideológico de la región. Los periódicos de la época, ya sea por medio de la publicidad o por las gacetillas informativas, registran con interés esta dinámica de progreso: *Lirio*, periódico de literatura y variedades producido en Tuluá en 1919; *Alma Joven*, Tuluá, 1919; *La Opinión*, Cartago, 1898; *El Caduceo*, de literatura y variedades, Cartago, 1914; *El Corruscante*, Palmira, 1913; *La Reivindicación*, Palmira, 1914; *La Espiga*, Palmira, 1904-1906; *El Comercio*, Palmira, 1904-1910; *El Timbre*, Palmira, 1906-1908; *El Rocío*, Cerrito, 1913; *El Cisne*, crítica, literatura y variedades, Cerrito, 1915; *El Ferrocarril*, Cali, 1878-1899; *El Correo del Cauca*, que extiende su circulación desde 1903 a 1939; *El Día*, Cali, 1908; *El Fénix*, semanario de intereses generales, Cali, 1914; *El Azote*, periódico liberal, jocoso y de interés general, Cali, 1914; *El Verbo Rojo*, labrador de la palabra libre, Cali, 1913; *El Relator*, que va, con diversos modos de circulación desde el año 1915 a 1959; y tantos otros –la lista sería ardua–, que muestran en sus páginas un interés por intervenir en la dinámica modernizadora, con disímiles puntos de vista ideológicos, con intereses de partido o intereses comerciales. Veamos una curiosa nota editorial aparecida en el primer número del semanario *El Fénix*:

Su única tendencia es servir los intereses nacionales primero y luego los de la patria chica. Se ocupará de la política como de una cosa adjetiva, sin prestar a ella mayor atención que la que demanda lo efímero, vale esto decir que no será órgano de partido ni de comité alguno.

No obstante, esta agitada manifestación periodística en la región, el modo de comprender las nuevas relaciones sociales, de visualizar el territorio y de apropiarse del paisaje, pertenecen a un pasado sensible que se niega a irse de la mentalidad de nuestros hombres de letras. En *El Lirio*, que circulaba en Tuluá en 1919, el poeta Alfonso Mejía Robledo hacía la siguiente descripción:

La casuchita gris, agazapada
sobre la silenciosa serranía,
es un hondo sopor que se diría

la vida duerme allí, la ensangrentada
luz de la moribunda lejanía
pone tintes de rubia llamarada
sobre la florestal policromía,
la cabellera al viento desplegada.

La intelectualidad vallecaucana y particularmente los hombres de letras, conforman un campo intelectual adocenado en las relaciones con el poder político, tanto nacional como local. Ocupan cargos en la administración pública, ejercen labores diplomáticas y desde allí controlan, promueven y publicitan sus obras. Esta enajenación del campo intelectual a las elites locales y al poder político, trae consigo la ausencia de un pensamiento crítico de rigor, propicia que proliferen el panegírico o la página laudatoria orientada al cómodo aplauso y a hacerle concesiones fáciles al gusto de las elites y de las pequeñas cortes de aldea.

Los temas recurrentes en la poesía son tres: el paisaje, la religión y el amor, este último concebido en los parámetros estéticos del amor cortés. Hay que comprender que el paisaje es en cuanto práctica simbólica, es el hombre, en su habitar, quien le otorga sentido, es la morada del poeta que realiza su itinerario entre *cielo* y *tierra*, esta noción metafísica que en la tradición filosófica quiere realzar esa doble condición de la *poiesis*, su índole contingente, es decir, histórica, simbolizada por la *tierra*, y su naturaleza eterna, permanente, fundadora de una verdad substancial, ajena a los cambios, imperturbable ante las transformaciones, simbolizada por el *cielo*. Se halla en esta doble condición del poema un deseo de serenidad, el anhelo nostálgico de un paisaje que ha de permanecer para el gozo de las generaciones y que es concebido como una *ofrenda* y un *tesoro* puesto a resguardo del inexorable paso del tiempo. En la vida aldeana que la modernización pone en desuso, vuelve obsoleta en muchas de sus manifestaciones, los procesos de apropiación, consumo y recepción del entorno natural se hallan sujetos a un tiempo extensivo, a una memoria larga que opera como una evasión del presente, o que convierte la inmediatez del acontecimiento en una simple manifestación de lo ya advertido, de lo premonitoriamente esperado como una revelación ineludible del pasado. La vida urbana, producto de los procesos modernizadores, hace público un cambio en los ritmos del habitar, en los modos de apropiación y consumo de los bienes que la naturaleza ofrenda y arruina la serenidad. En el entorno ciudadano, nada es fiable como permanencia, todo se halla visiblemente expuesto a los cambios, las representaciones del hombre urbano delatan esta inseguridad, esta inestable recepción del presente que es fugaz y efímero. De este modo nuestros poetas:

Se quedaron ciegos, parados en la estación de los trenes, escuchando el estruendo de las locomotoras cargadas de operarios, maquinarias y materias

primas, pero embelesados añorando el paisaje perdido, cantándole al dolor de sus recuerdos y musitando penas de amor ahítas de sotas, bendiciones y permisos eclesiásticos.³¹

Habíamos dicho que el siglo XX irrumpe, en lo que a la cultura hace referencia, bajo el patrimonialismo tradicional y el mecenazgo liberal, como paradigmas de la acción cultural, y esto conduce a que en el Valle del Cauca, quizá una de las regiones más retardatarias del país, se atrase hasta la década de los años 60 la construcción de un campo intelectual autónomo, abierto al diálogo, crítico con las expresiones culturales más renovadoras del siglo, que acaecen en el continente americano y en el mundo. Don Alberto Carvajal Borrero, en un sensible prólogo a su libro de poemas *Ritmos breves*, que data de 1922, advierte de una manera expresa su punto de vista estético; veamos un fragmento:

Yo que ví irse transformando en ciudad moderna esta vieja villa de Santiago de Cali donde escribo; que vagué de niño por sus calles solitarias; que he visto convertirse en jardines multicolores sus plazas desoladas, en lujosas fábricas sus edificios coloniales; que viví su vida cuasi aldeana de antaño; corrí, muchacho, por sus cármenes floridos... evoco mis impresiones de ayer para ofrecerlas, en forma rítmica, a mis compañeros de aquellos tiempos idos... Estas poesías fueron producto de su hora. Quizás en algunas de ellas aliente una vaga influencia de parnasianismo o del simbolismo entonces imperante. ¿Quién puede libertarse del todo de las influencias del ambiente? En todo caso, surgieron libres de encasillamientos y preocupaciones de escuela, y sólo atentas a las eternas normas de la medida, del ritmo y la armonía...³²

En general, este parece ser el esquema intelectual que rige a los poetas vallecaucanos de la primera mitad del siglo XX. Una abreviada prueba de ello la dan estos fragmentos de sus poetas más destacados:

³¹ MALATESTA, Julián. "Visión y ceguera de la poesía del Valle del Cauca en el siglo XX". En: *Historia de la cultura del Valle del Cauca en el siglo XX*, Proartes, Santiago de Cali, Colombia, 1999. p. 75.

³² CARVAJAL, Alberto. Obra poética, Carvajal & Cía. Ltda., Cali, Colombia, 1954, pp. 14-15.

ISAÍAS GAMBOA

Cali, Valle del Cauca, 1872.

Callao, Perú, 1904.

ANTE EL MAR

(fragmento)

A mis ojos vacilantes, vagos, húmedos y tristes
que reflejan tus destellos áureos, lívidos y rojos,
a mis ojos, bajo el cielo, contra el cual furioso insistes
con tu rabia de Satán,
otra vez en mi camino, cual te he visto tantas veces,
apareces, en mi ruta de cansado peregrino,
iturbio mar!

Sobre el muelle tembloroso de tus olas incesantes
se retuercen, gimen, gritan,
y se agitan anhelantes de catástrofe fatal,
te contemplo, mar brumoso,
mar rugiente y espantoso, mar hirviente,
ironco mar!

No has cambiado: siempre el mismo!
siempre el móvil y profundo, vago abismo,
que en sus vórtices quisiera lo existente sepultar:
no has cambiado, no has cambiado, mas mi vida sí, la mía,
que es distinta, muy distinta de cual era en aquel día
que te vi por vez primera;
muy distinta de cual era,
ifúlgeo mar!

MANUEL ANTONIO BONILLA

La Victoria, Valle del Cauca, 1872.

Bogotá, Cundinamarca, 1949.

CARTAGO

No fue vano tu símbolo, oh ciudad blasonada
por el rey Don Felipe con escudo flamante,
donde un sol quiebra lampos sobre el oro radiante
de imperiales diademas. ¡Que bien condecorada

por el Monarca fuiste, nodriza afortunada
de cien claros varones! Por tu valor sonante
de gesta, por tu credo, por tu saber, delante
del sol pasar mereces, de triunfos coronada!

Tu arrogante pasado, bien vale una corona;
otra, que envidia Palas, tu presente esclarece;
y a tu futuro espléndido coronara tu brío.

Y, heraldo poderoso que tus dones pregona
con sus yambos de fuego, sumiso el sol te ofrece
su regio manto de oro, que orla de plata el río.

GILBERTO GARRIDO

Supía, Caldas, 1887.

Cali, Valle del Cauca, 1978.

SABIDURÍA

Entierra tu sangre en flor;
hazte ceniza en la Mano
de la Cruz,
y aprenderás que el dolor
es el idioma arcano
de la Luz!

INTEGRACIÓN

Tanto el dolor de tu cruel partida
es ya substancia de mi vida entera,
que si de mí se fuera
no hubiese forma de quedar con vida.

RICARDO NIETO

Palmira, Valle del Cauca, 1878.

Cali, Valle del Cauca, 1952.

LAS VENTANAS

(Tema de Gabriel Murey)

Hay ventanas que ríen entre rosas.
Delante de sus marcos de madera
están ellas felices, como niños
escondidos detrás de las vidrieras,
aspirando el aroma de los nardos
y el perfume nupcial de las violetas.

Hay ventanas que lloran solitarias
en la orfandad de las paredes muertas.
¿Lloran tal vez sus desventuras hondas
o años lejanos con piedad recuerdan
al mirarse oprimir entre los brazos
descarnados y mustios de la yedra?

Hay ventanas de amor: arrulladoras
de caricias, ternuras y promesas;
a su redor bandadas de ilusiones,
como palomas, sin cesar, se besan.

Hay ventanas de orgullo: enmohecidas
entre el mármol destácanse altaneras
y al pasar os refieren una historia
de cosas grandes y de cosas viejas.

y hay ventanas de ensueño. . . A donde asoma,
al morirse la tarde lastimera,
a contemplar los negros campanarios,
como una flor de palidez, la enferma. . .

Mas a vosotras es a quien yo amo,
ventanas melancólicas de aldea,
pobres ventanas que os abris humildes
a divisar los pinos de la selva.

Es también a vosotras, moribundas
ventanas tristes de las casas viejas
que a través de los árboles desnudos
me habláis en un idioma de tristeza
de un ensueño lejano, ¡muy lejano!,
de una historia tan suave cual la seda. . .

Y es también a vosotras, oh ventanas!
que abris las naves silenciosas, buenas,
al jardín solitario y escondido
de la casa cural; dulces ventanas
que lejos del bullicio de la tierra,
miráis pasar indiferentemente
(oh corazón, si fueses tú como ellas!)
por encima del viejo camposanto
la vida con sus risas y sus penas.

ANTONIO LLANOS

Cali, Valle del Cauca, 1905 - 1978.

SONETO PROFÉTICO

Alcé mi canto a orillas del camino
y al explicar el pávido mensaje
fueron sordos los hombres y el paisaje
y nadie pudo descifrar el trino.

Enturbiado en la ánforas del vino
mitigué el estertor con un brebaje.
Sobre mi pecho se apagó el celaje.
¡Terrible herida la de ser divino!

Atardeció en mis ojos la fatiga
profunda de la muerte. En los collados
velóse el rostro de la estrella amiga.

Y al cimbrarse la cruz de mi desvelo
de los pies a su leño remachados
subió hasta el grito la ansiedad del vuelo.

CORNELIO HISPANO

Ismael López, Buga, Valle del Cauca, 1880 - 1962.

EL SOL DE LOS VENADOS

Reposa el monte y la campiña, y corre
El río, bajo el puente, balbuciendo;
Tiñe de rosa el sol lejana torre,
Y por el paso el buey pasa mugiendo.

Tardos y silenciosos campesinos
Descienden de la sierra, duerme el viento,
Y los añosos bosques vespertinos
Parecen exhalar como un lamento.

Las muchachas del pueblo que en la fuente
Hunden sus rojos cántaros, medrosas,
Miran, bajo los árboles del puente,
Temblar la onda en floración de rosas.

Suena en el aire místico tañido...
Y el poeta, en la playa solitaria,
De cara al sol, escucha enternecido,
Como un sueño de amor, esta plegaria.

Es la hora en que dejan la espesura
Y vienen a pacer a los collados
Y a triscar, como en tibia onda pura,
En el sol de la tarde, los venados.

ALBERTO CARVAJAL
Cali, Valle del Cauca, 1882 - 1967.

AL SOL DEL VALLE DEL CAUCA

(Fragmento)

*¡Oh sol! ¡Oh tú sin quien las cosas
no fueran más que lo que son!*

E. Rostand

Sol ardiente y magnífico, tus dones
ofrendas a una tierra agradecida,
que te retorna en flores y canciones
la vida que le das: ¡vida por vida!

¡Bravo sol de mi Valle! ¡Deslumbrante
sol de destellos áureos que caldea
y enardece la sangre! Sol galante
que ya cuando la tarde parpadea,
enciendes una rosa fulgurante
en la cruz de la torre de la aldea!
Del más alto escalón de su serrallo
anuncia tu venir todos los días,
con su clarín madrugador, el gallo
que alegra las cercanas alquerías.

A tu cálido beso las semillas
revientan, y florecen los botones,
suben alegres cantos de las trillas
y se embriagan de amor los corazones.

En un como amoroso rendimiento
desfallece la tierra, y palpitante
recibe, con tu beso fecundante,
el polen luminoso de tu aliento.

Por ti crecen lozanos y se doran
los frutos del naranjo y de las parras
que el viejo patio familiar decoran,
donde prenden idílicas cigarras
que tu abolido culto rememoran.

Das un tinte lumínico a las cosas,
y animas con tus vivos resplandores,
las calles de las villas silenciosas,
donde discurren núbiles morenas
que llevan, con sus talles cimbradores,
todo el fuego del trópico en las venas!

CARLOS VILLAFañE

Roldanillo, Valle del Cauca, 1882 - 1959.

LA VÍA DOLOROSA

Yo mismo la enterré, yo mismo un día
cerré sus ojos a la luz terrena
y enjuagué de su frente de azucena
el lívido sudor de la agonía.

Es un recuerdo blanco: todavía
la nombro en el silencio de mi pena;
descanse en el Señor... si era tan buena!
duerma en mi corazón... si era tan mía!

Ojos y boca y manos ilusorias,
todo bajo las sábanas mortuorias
quedó como una lámpara extinguida;

y yo, de mi locura bajo el peso,
le puse el alma en el dolor de un beso
y a duras penas me quedó la vida!

Ojos como dos claros madrigales
que abrieron en mi ser profundas huellas;
suaves a veces como dos estrellas,
a veces fieros como dos puñales.

Labios en flor; inolvidable acento
que fue para mi pecho peregrino
como el agua de Dios que da al sediento
de beber en las vueltas del camino.

Todo bajo la sombra y el misterio
de un árbol, y en la paz del cementerio,
fúnebre playa del eterno río;

pensad en el desangre de mi herida,
y decid si hay dolor en esta vida
que en algo pueda compararse al mío!

JOSÉ MARÍA VIVAS BALCÁZAR

Tunía, Cauca, 1918.

Valle del Cauca, 1960.

ARPA EN LA YERBA

El parque entre palmeras
mueve un aire color de ola nueva.
Y está Cali
tan hundida en la lumbre que no sabe
donde comienza el límite del parque.
El surtidor entre las rosas abre
su rama cristalina, su red y su cordaje.
Pronto tendrá la fina cintura de la yerba
la túnica ceñida de diamantes.
Una, dos, tres palomas menudas y nerviosas,
tostadas como panes
van picoteando sol bajo los árboles.
Un obrero cercado de rapaces
les pone
nombres de miel,
de sol, de sal, de novias a las aves.
De repente
de la palma más alta
se desprende,
cae
como pluma de oro hacia el estanque de la luz
una hoja gigante.
¿Se asustan las palomas?
¡Llámalas!
Ya se fueron en el hombro violeta de la tarde.
Se quedaron
el obrero sin nombre
y sin tarde
y los niños sin voces y sin aves.
Sobre la yerba yace
entre gorriones de tostada greda,
el arpa fina que pulsaba un ángel.

MARIO CARVAJAL

Cali, Valle del Cauca, 1896 - 1972.

TRENO DE LA ANGUSTIA INTERIOR

Dame, Señor, el sueño del niño entre la cuna;
la lengua de cristal y el alma azul del río;
la claridad joyante del cielo en el estío;
el éxtasis cristiano de las noches de luna.

Haz que en mi ser la gracia de tu virtud reúna
los dones primordiales: la gota de rocío
cifra el cosmos disperso, y el paisaje natío
se congrega en el vaso de luz de la laguna.

Tú diste al hombre fuerzas para llevar tu carga
divina. Mas la lumbre que en el ojo inocente
de la bestia, al copiarse, se enfría y aletarga,

deja en el mío llamas de angustia abrasadoras.
¡Me agobia tu belleza como un canto doliente
y en mi alma abren cauces misteriosos las horas!

MARIELA DEL NILO

Buga, Valle del Cauca, 1923 - 2007.

COMO UN LOTO

Y pasó este diciembre con sus galas azules,
y ya pasará enero cargado de tomillos.

Yo llamo a tu recuerdo con la tristeza inútil
de un campo lacerado, sin fuentes y sin trigos.

Tu te fuiste una tarde, llevándote mis versos
donde vertí mi copa de sueños como vino.

Cuando signé tus manos de ruegos, y en tus ojos
copié un ocaso triste de glaucos desteñido.

Ahora está tu recuerdo anclado en mi nostalgia,
mientras deshojo, en vano, los gajos amarillos.

Por los cauces ilímites de mi amor sube el tedio
de un barco que naufraga en el mar del olvido.

Me duele esta tristeza de saberme olvidada
y sin embargo espero, como cumpliendo un rito,

Aunque sé que mis versos llegarán a tus noches,
como estrellas volcadas en cántaros vacíos.

Yo sé que tú dejaste, como un idioma muerto,
mi nombre en algún vértice de tu claro camino.

Pero fuertes raíces se anudan a tu vida,
cual se prenden las yedras a castillos antiguos.

Me sorprenden las albas de los cielos de enero,
como un loto olvidado en la isla de un río.

Esta pequeña muestra poética evidencia la recurrente temática de nuestros bardos, en torno a un paisaje encubierto por el aura de la nostalgia y el recuerdo. Las transformaciones del entorno natural y cultural no son visibles en sus poemas. Lo que ellos mismos promueven en función del desarrollo, ya sea en calidad de industriales, como los hermanos Carvajal, o de emprendedores de la tecnificación agraria e incluso como funcionarios públicos, no se manifiesta en su percepción estética ni en su producción lírica. La poesía es concebida para indagar las ignotas regiones de un pasado perdido pero que persiste en sus memorias y es el arcano lugar que les otorga identidad, que les ofrece certidumbre, y los pone fuera del peligro que significan los cambios, el paso inexorable de una historia que les arruina su *sereno origen* y les empobrece su avara memoria. En un inquisitivo ensayo titulado: *Las Escuelas y las Reacciones Literarias*, don Alberto Carvajal pone de manifiesto su singular punto de vista:

Las costumbres, las lenguas y hasta los modos de pensar y de sentir evolucionan, pero el alma es eterna, y el arte como su manifestación externa, lo es de igual manera. ¿Por qué la Venus de Milo o la Victoria de Samotracia, el Moisés o los Esclavos de Miguel Ángel, los cuadros de la Gioconda del Vinci, las Meninas de Velázquez, El Descendimiento de Rubens o la Ronda de la noche de Rembrandt, no son unas venerables antiguallas, sino obras de incomprendible belleza, casi inimitables?

Lo detestable es “la mulatez intelectual, la chatadura estética”, disimulada muchas veces con el uso y abuso caprichoso y deforme de libertades que rompen la armonía interior y exterior del verso y de la prosa, de imágenes rebuscadas y del sutil enlace de las ideas, la rebeldía, sin fundamento, contra los moldes clásicos, productos lógicos de la sabiduría de los siglos. Y en cuanto a las innovaciones de audaz atolondramiento, es, cuando menos, una locura pretender, como el niño del poema de Julio Flórez, romper con una pedrada el cielo. “El verdadero artista, ha dicho Darío, comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas”.³³

La opinión del poeta Alberto Carvajal es bastante incisiva, deja ver en uno de sus resquicios reflexivos, la manera como la elite vallecaucana visualiza la complejidad étnica cultural que ha ido conformando la región, el mestizaje incontenible que vulnera los valores “patricios” de una casta criolla, obstinada en mantener sus blasones a costa de endilgarle el mal gusto, la chabacanería y lo grotesco a capas sociales, que pese a sus prejuicios, acceden a los beneficios que ofrece la vida moderna y escalan los estrados de la vida cultural e intelectual. ¿De qué otro modo podríamos entender la

³³ *Ibíd.*, p. 249.

pequeña ironía de “*mulatez intelectual, la chatadura estética*” arrojada de soslayo para defender *la eternidad del alma*? Eternidad que sólo es conservable cerrando los ojos al efecto transformador que la modernización ejerce sobre el paisaje, colocándole velos, túnicas y toda clase de aderezos al cuerpo amado, encubriendo el vínculo de amor con la plegaria del devoto y escindiendo sus vidas de hombres de la vida pública, industriales y comerciantes, con recogimientos de confesionario y disciplina de parroquia. Un retraerse de la vida social regida por la relación trabajo y capital, sometida a los ritmos de la producción, a la velocidad de los intercambios, a la igualdad contractual entre patrones y operarios, para permanecer bajo la férula religiosa a la espera del milagro de la redención, tras el anhelo de una promesa que no se les cumple y que la modernidad amenaza con el olvido.

Efectivamente, de esa *mulatez intelectual* que tanto teme el poeta Carvajal, nacen dos poetas que en medio de la lírica nostalgia de sus contemporáneos, renuevan la poesía facturada en esta región y ofrecen al país una poesía de hondas repercusiones modernas. Estos poetas desnudan a sus amadas, las hacen bailar los ritmos ancestrales y en contra de los preceptos clericales le cantan al deseo y al goce de los cuerpos. El paisaje en ellos no tiene un carácter pasivo, se integra a la ceremonia del amor o de la faena de la jornada cotidiana. Son ellos los poetas Helcías Martán Góngora y Hugo Salazar Valdez:

HELCÍAS MARTÁN GÓNGORA

Guapi, Cauca, 1920.

Cali, Valle del Cauca, 1984.

LA PIEL

(fragmento)

Toda tu piel triunfante en el combate del viento y de las águilas;
la felina estrategia en el asedio, la fiebre, dientes, zarpas.

Toda tu piel en asunción de rito y unánimes montañas
y los labios abiertos en la entrega de las llaves del reino de tu
casa.

Y clamar que la piel es cuanto acerca al hombre al pétalo, al
estambre

Que las yemas furtivas de los dedos son extraviados alcatraces
que desnudan jardines sumergidos en las desnudas zonas
corporales.

Y decir que tu piel de cada día oculta en la floresta de tu traje,
en cada poro, en sus corolas súbitas y consteladas claves
congrega paraísos destinados a mi lengua de fuego, desde antes.

Yo lo supe también desde el olvido,
en el largo prefacio de la sangre
y ahora que soy en ti una sola carne

HUGO SALAZAR VALDEZ

Condoto, Chocó, 1928.

Buenaventura, Valle del Cauca, 1997.

HISTORIA DE MARY BANN

Fue en un amanecer de libaciones
con marineros y guitarras,
marimbas y tambores.
Era una fruta de solar extraño.
Mary Bann se llamaba.
La rumba florecía el embrujo
de sus caderas libertinas,
que en bárbaras cadencias
en llamas de huracán se convertían.
La pulpa de su boca
maduraba el almíbar de los besos
y el sitio del naufragio
la marea bicorne de su pecho.
La maravilla de sus manos era
abecedario de gaviotas,
bajo la cabellera alborotada,
en los hombros eléctricos
que hacían pensar en la princesa ebria
de algún imperio negro;
su demencia floral enardecía
gritando los excesos.
Fiel al demonio de los tripulantes
en la febril bahía de sus brazos
anclé la joven proa de mi nave,
y, en espiral de buzo loco,
la tropical herencia de mi sangre
tocó fondo en su abismo
y acalló los impulsos ancestrales.
Fue en un amanecer de libaciones
con marineros y guitarras,
marimbas y tambores.

Realizada la pesquisa en el ámbito de la literatura, revelada la inconsistencia y el voluntario desalojo que nuestros escritores asumieron para evadir de modo consciente, y bajo preceptos estéticos y religiosos su agitado presente; es útil observar de un modo somero el comportamiento de otras disciplinas del arte y la cultura articuladas a las dinámicas de modernización.

LA MODERNIDAD EN OTROS CAMPOS DE LA CULTURA

En la última década del siglo XIX se funda en la ciudad de Cali el teatro El Lalinde, propiedad de don Fidel Lalinde; se registra también para la misma época un teatro fundado por don Claudio Borrero; el teatro Olimpia, de don Nicolás Olano; y el teatro Santa Librada, ubicado en las instalaciones del colegio. Aun siendo escenarios muy precarios y rudimentariamente adecuados para el desarrollo del teatro, se presenta en ellos dramas y comedias, y son los lugares que acogen a las compañías españolas que van de paso por la ciudad y la región. Para 1918 se empieza a construir el Teatro Municipal que, según narran los cronistas o se documenta en los archivos, se inauguró con la ópera “El Trovador”, de Verdi, repertorio de la compañía de Bracale, en 1927. En los inicios de la tercera década del siglo XX fue construido el Teatro Jorge Isaacs, obra que dirigió el ingeniero Gaetano Lignarolo, cuya obra fue emprendida sobre las ruinas del antiguo *Salón moderno*, que era una rudimentaria carpa enclavada en el solar de la Casa Municipal. Ya en 1920 se había construido el verdadero *salón moderno* apropiado para el cine; se trataba de una obra que gozaba de tres instalaciones: el escenario, la luneta y el palco. Desde la perspectiva teatral las edificaciones que se realizan en la ciudad de Cali modifican la arquitectura tradicional y crean escenarios especiales para el uso del tiempo libre, propio de una ciudad que transforma sus relaciones sociales, y que construye un potencial público para la recepción de obras dramáticas y de películas en teatro de sala. Los teatros suelen ser lugares de encuentro distintos a los habituales de la vida coloquial, como los cafés, los mercados, los negocios, etc.; resultan ser espacios adecuados que propician la inclusión en los temas de la cultura, que generan hábitos participativos y hacen del ciudadano un ser deliberante. Alrededor de las representaciones teatrales se debaten los temas de la moral, de la religión, de la política, asuntos que la prensa de la época registra en sus editoriales y activa con sus particulares puntos de vista y con sus filiaciones ideológicas.

Un instrumento tecnológico que renueva las costumbres y transforma radicalmente el ambiente cultural, es la máquina de fotografía. Hace su aparición con los primeros *daguerrotipistas* oriundos de la región, quienes se aplicaron a este arte desde los años 50 del siglo XIX. El perfeccionamiento del instrumento técnico, la reducción del tiempo de exposición y el mejoramiento de las técnicas de revelado, va a permitir que la fotografía se

convierta en el mejor mecanismo para registrar los cambios culturales en la vida regional, dejar testimonio de sus costumbres y conmemoraciones, y permitir que la comunidad apropie como suyos documentos imágenes sobre su historia familiar. No hay una casa donde no se confeccione o se encapsule en el álbum la memoria de sus ancestros. El fotógrafo Fernell Franco nos dice:

Realmente la fotografía en el Valle cobra importancia a partir de la figura de Luciano Rivera y Garrido (1846-1898) nacido en Guadalajara de Buga, población que en ese momento no llegaba a los diez mil habitantes. De adolescente fue enviado a Bogotá, donde estudió en los colegios privados de los jesuitas, cultivando allí su vocación por la literatura. En 1874 realizó con su padre un viaje por Italia, Inglaterra y Francia; países que despertaron su afición por la fotografía. De regreso a su ciudad natal, abre su taller fotográfico, actividad que combina con la literatura y el teatro, permitiéndole desarrollar toda su sensibilidad por la imagen, nueva técnica que supo apreciar y que le dio las herramientas idóneas para documentar la evolución de su departamento, recogiendo imágenes de la vida cotidiana que hoy nos dan una visión exacta de las silenciosas urbes de hace un siglo... En sus siguientes viajes a Europa, en 1878 y 1883, trae consigo el Poliorama (proyector de imágenes fijas). Muchas personas en París, incluyendo a Augusto y a Louise Lumiere, utilizaron este principio para conseguir imágenes en movimiento. Luciano Rivera en el Valle lo utiliza en sus exhibiciones de diapositivas traídas desde Europa y proyectadas con lámparas de aceite que iluminaban las diapositivas de vidrio... Este espectáculo público lo realizó en diferentes poblaciones, con temas sobre el arte, ciencia e historia, dando inicio en nuestro medio a las conferencias ilustradas...³⁴

La fotografía se convierte en pasatiempo de empresarios nacionales y extranjeros establecidos en la ciudad de Cali y que con su actividad contribuyeron a evolucionar la prensa local y regional, pues periódicos como el *Correo del Cauca* incorporan imágenes fotográficas para sus anuncios publicitarios y sociales, e inician de un modo todavía rudimentario el reportaje gráfico. Figuras reconocidas de las elites locales, y de la actividad industrial y comercial, articuladas a los medios de expresión que son los periódicos, contribuyen a gestar un sentido de modernidad en la medida en que el mundo exterior es objeto de apropiación estética y de valoración simbólica. De un modo alegórico, podemos afirmar que la fotografía funda una escritura que altera las formas de representación tradicionales, propicia una nueva

³⁴ FRANCO, Fernell. "Una mirada a la fotografía en el Valle del Cauca". En: *Historia de la cultura en el Valle del Cauca en el siglo XX*. Proartes, Santiago de Cali, 1999. pp. 2-4.

lectura del presente histórico, un nuevo modo de visualizar el territorio y quizá, facilita una apropiación estética, no instrumental del paisaje. En ese privilegiado instante visual que se captura con la cámara fotográfica, hay una síntesis extraordinaria de lo que acaece, y que la fotografía congela, para hacer notar lo transitorio, lo efímero, lo fugaz, como elementos constitutivos de lo real, portadores de sentido y definitorios de una identidad, que es proceso, que se halla en ejecución y que no culmina en el acontecer personal ni social. “La fotografía es el reconocimiento simultáneo en una fracción de segundo, por una parte, del significado de un hecho y, por otra, de la organización rigurosa de las formas percibidas visualmente que expresan este hecho”, escribía el fotógrafo francés Henri Cartier-Bresson.³⁵

Otro tanto ocurre con el cine, que se conoce en la ciudad de Cali para los años de 1899 en una velada realizada en el Teatro Borrero, donde se proyectaron imágenes de algunas destacadas edificaciones de la ciudad como el Puente Ortiz y la iglesia de San Francisco.

Ramiro Arbeláez Ramos comenta:

Cali era, a comienzos del siglo XX, una tranquila población de alrededor de veinte mil habitantes y no había luz eléctrica, de manera que los magos y feriantes que se atrevían a traernos el cine, tenían que traer también el aparato para generar la electricidad con la que movían el mecanismo para proyectar las imágenes (electrógenos, dinamos, etc.)... Los lugares que se usaron para dar los primeros espectáculos eran teatros donde los había, salones amplios, solares, terrenos baldíos, patios de casas grandes que se acondicionaban temporalmente mientras se agotaban las vistas que el viajero traía.³⁶

En torno a las proyecciones de las primeras imágenes en movimiento que tuvieron un carácter documental, y posteriormente la evolución técnica, hasta alcanzar, en términos precisos, el cinematógrafo, se organiza un importante negocio del espectáculo que se extiende por todo el Valle entre los años 1906 a 1910 y que conformaría un empresariado, atento al desarrollo tecnológico y en intercambio permanente con los centros de producción internacional. Así empiezan a llegar a Cali y a otros centros urbanos, películas norteamericanas y francesas, que difunden las costumbres y hábitos culturales de esos países y que de alguna manera someten a crítica los valores morales, normas de cortesía, habituales en nuestros ciudadanos. Muchas de las películas proyectadas en las tres primeras décadas del siglo XX eran adaptaciones de importantes obras de la literatura universal, tales como: *Don Qui-*

³⁵ FOTOGRAFÍA, Cursos profesionales, Planeta Agostini, Volumen III, Fascículo 24, Barcelona, España, 1992, p. 576.

³⁶ ARBELÁEZ RAMOS, Ramiro. “El cine en el Valle del Cauca”. En: *Historia de la cultura en el Valle del Cauca en el siglo XX*. Proartes, Santiago de Cali, 1999. p. 15.

jote de la Mancha, El Conde de Montecristo, Los Tres Mosqueteros, entre otras. Los lugares para su proyección fueron las primeras salas de teatro, improvisados lotes para proyectar al aire libre y de un modo más habitual, el Teatro Municipal. Luego se inician las inversiones locativas y la ciudad, así como otros pueblos del Valle, van a contar con salas especializadas para el cine. En los periódicos locales se registran editoriales y reflexiones de columnistas, en torno a las bondades educativas y formadoras del cine; del mismo modo, gacetillas de contradictores, quienes la emprenden contra este producto de los *nuevos tiempos* argumentando que pone en riesgo la moral pública y los valores cristianos, cimientos fiables de la nación colombiana.

Con estas tres expresiones de la cultura y del arte hemos querido señalar, o por lo menos hacer visible, la manera como la modernización le abre espacio a una nueva sensibilidad, que aun con las contradicciones propias de una región señorial, logra permear a sectores importantes de la cultura y en cierta forma propiciar que –en medio de la recesiva acción cultural que se agencia desde el Estado: el patrimonialismo tradicional y el mecenazgo liberal– se genere un incipiente espíritu moderno, dialogante con el mundo y al tanto de los procedimientos y proyectos estéticos de la cultura universal.

“IMPRESIONES Y RECUERDOS” O LA GÉNESIS DE LA ESENCIALIZACIÓN DEL PAISAJE DEL VALLE GEOGRÁFICO DEL RÍO CAUCA³⁷

Luciano Rivera y Garrido nació en Buga en diciembre de 1846 y murió en marzo de 1889. Estudió en Bogotá en el colegio privado de don Santiago y don Felipe Pérez. En Bogotá se educó y acercó a las letras y a las tertulias de El Mosaico y escribió en periódicos. Una vez volvió a Buga, trabajó en el tribunal superior de esa ciudad, se casó con Asunción Becerra, rica hija de un comerciante; realizó varios viajes a Europa y a Quito.³⁸ Después de su viaje a Francia, Italia e Inglaterra, en 1874, viajó nuevamente en 1878 y 1883. Le gustaba el teatro y llevó a su ciudad natal el primer proyector de cine. Fundó varios periódicos y publicó en ellos artículos y crónicas.

Información biográfica de un autor, del cual podemos afirmar jugó un rol de transición en las letras vallecaucanas entre la generación de finales del siglo XIX y la del XX, y a partir de la cual podemos explicar algunos de sus intereses y motivaciones. Rivera y Garrido –de familia conservadora– se movió en la crónica histórica y dejó una obra llamada *Impresiones y recuerdos* que se convirtió en texto de cabecera de una generación de literatos. Consideramos que en esta obra se aborda una temática sobre la que se van a mover, más tarde, otros escritores como Cornelio Hispano y los hermanos Carvajal –Alberto y Mario–, la esencialización del paisaje del valle del río Cauca. Si bien en las crónicas de Rivera se encuentran otros elementos de

³⁷ Hugues Sánchez Mejía, Profesor, Departamento de Historia, Universidad del Valle, Cali - Colombia.

³⁸ Para el análisis de la obra de Luciano Rivera se utilizó RIVERA Y GARRIDO, Luciano. *Impresiones y recuerdos*. Colección de Autores Bugueños, Alcaldía Municipal de Buga, Buga, 1992. p. 4.

análisis –sobre los cuales nos detendremos más adelante– debemos, por ahora, mencionar que el paisaje estaba ligado a las particularidades señaladas en sus historias.

En *Impresiones y recuerdos* tenemos los primeros pasos hacia la ya mencionada esencialización del paisaje; empezando por la crónica “*Aventuras y desventuras*” donde se deleita con el panorama de la región a la altura de Sonso:

Visto así, en conjunto, como grandiosa y armónica decoración de la naturaleza, en la cual dos cordilleras majestuosas se empinan audaces hasta las nubes y dejan en su base el pedestal amplio y firmísimo de llanuras magníficas, el Valle del Cauca produce intensa impresión en quien arrobado lo contempla con ojos de soñador, de artista o de poeta, que todo viene a ser lo mismo; pues esos horizontes espléndidos que ilumina una luz de oro y corona un cielo terso y límpido como si fuera una techumbre de zafiro...³⁹

Allí, en esa comarca “*espléndida y bendita*” –relataba– “*bajo la luz azul de este cielo primoroso*”, arrullado “*por las auras de esos bosques y por los rumores de esas corrientes*” pasaron los mejores años de su vida, esos “*años inolvidables, sin sombras ni amarguras, tejidos de flores y de perlas que llamaremos la infancia*”.⁴⁰ En esa tierra de “*Grandes dehesas para el ganado vacuno*”, de sabanas aptas “*para la cría de potros y muleros; extensas sementeras de caña para el abasto del trapiche...*”⁴¹ se desarrollan las historias de Rivera y Garrido. En éstas detalla la economía regional, las jerarquías sociales, las guerras civiles, la educación y, como todo trabajo de literatura histórica del siglo XIX, adoba sus crónicas con el romance. En esta ocasión bajo el sol del Valle del Cauca.

La mitad de sus relatos se desarrollan en Guadalajara de Buga y en la hacienda La Isla, de propiedad de su padre. Descripciones que se alejan y matizan los tópicos, contruidos por cierta historiografía, sobre los estancieros locales, los roles económicos y la supuesta existencia de un mundo patriarcal, altamente jerarquizado. Una elite que tiene –gracias al comercio– contacto con las novedades del mundo moderno y viaja fácilmente –para la época– al Caribe –Jamaica–, Veracruz, Lima y Santiago.⁴² Es aquí donde

³⁹ *Ibíd.*, p. 8.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 9.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 10.

⁴² El padre de Rivera se dedicó al comercio y tuvo pérdidas que lo llevaron a redactar una crónica de estas actividades en el Valle del Cauca. Vida azarosa la de estos comerciantes que veían cómo una lluvia o un mal empaque de las mercancías los podía llevar fácilmente a la quiebra. Un mundo donde los comerciantes de Jamaica dejaban salir mercancías al “fiado” y se hacían valer letras de cambio a miles de kilómetros, como le sucedió al padre de Rivera. Un mal entendido –había mandado el dinero

aparecen situaciones como la de un tío comerciante que muere en un accidente tomando champaña en las playas de Buenaventura, una letra de pago que no llega a Jamaica y un reclamo sobre una cuenta de cobro ya pagada por su padre que, incluso, alcanzó a poner en duda “*el honor de su firma de comerciante*”.⁴³ Muchas veces se ha dicho que el valle geográfico estaba incomunicado con el resto del mundo. Posiblemente se ha exagerado con esta hipótesis y, más bien, se podría decir que la comunicación era complicada, mas no inexistente. Las mercancías fluían, aunque difícilmente, desde Buenaventura, por el río Dagua; siendo transportadas por negros “*bogas*”, quienes las hacían llegar al valle geográfico. Una vez allí, se repartían en las ciudades de Palmira, Cali y Buga.

Otros elementos que se encuentran en *Impresiones y recuerdos* son las relaciones del mundo rural, especialmente en el asunto del trabajo. “*Mozos de la hacienda*”, “*peones*”, trapiches, formas de ordeño, origen de “*concertados*”, vaqueros, descendientes de esclavos expertos en el manejo de los molinos, diálogos con ordeñadores, paternalismo social⁴⁴ y una horizontalidad en las relaciones sociales en contextos conservadores son también protagonistas en las citadas narraciones. Sus amigos eran los empleados de la hacienda, los sirvientes, los peones, los vecinos más pobres. La representación social provenía de elementos tenues más cercanos a la notabilidad que a una jerarquización vertical de la vida social.

La llegada de cinco huérfanos traídos por su padre de la ciudad de Bogotá, “*de la última clase del pueblo de la capital*”, mestizos “*de blanco e india... chinos*”⁴⁵, a trabajar como concertados, evidencia por lo menos dos situaciones claves dentro del contexto regional para el siglo XIX. Por un lado, la necesidad de mano de obra en las haciendas y las dificultades para controlarla y volverla objeto de coerción. Por otro, las relaciones paternalistas en ámbitos de caridad conservadora. Unas y otras dan cuenta de una cierta horizontalidad en las relaciones sociales, que a veces pretendemos no ver. Frente a lo primero, unos huyen de la hacienda, otros mueren en accidentes y, en general, otros agradecen que sus patrones les permitan vivir y trabajar en sus propiedades. Así, conflicto y negociación forman parte del mundo del trabajo. Con respecto a lo segundo, cabe apuntar que a partir de su existencia se explica que muchos dieran la vida por sus patrones y, de paso, se enrolaran en los ejércitos para defender sus posesiones y su ideología, como veremos más adelante.

Precisamente, este contexto permite el surgimiento de figuras como el “*ajustero*”, referenciado por Rivera y clave en las relaciones de trabajo y

con el tío difunto— hizo que se desarrollara un drama familiar del cual el escritor hizo una crónica.

⁴³ Rivera y Garrido, *Ibíd.*, p. 18.

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 12.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 29.

los avances que se hacían sobre las zonas de vertiente, donde se tumbaba la “montaña”.⁴⁶

Ahora bien, la horizontalidad también se hace palpable en otras situaciones presentadas por el cronista en cuestión. En el aparte “*Figuras de Segundo Término*” dedicado, dicho sea de paso, a la relación de los libros leídos desde su infancia; se encuentran equiparadas las referencias a un regalo recibido de su padre a la edad de 8 años –el texto *El Buffon de los niños*, en “edición lujosamente encuadernada y enriquecida con bellos grabados”⁴⁷–, el proceso de aprendizaje de la lectura a los 5 años –de manos de una maestra de escuela que lo castigaba con zurrónes y lo premiaba con bizcochos⁴⁸– y el hecho que el acercamiento a los primeros versos que escuchó fueron cantados por los mulatos trabajadores en los trapiches de La Isla:

Piensen los enamorados,
Piensan y no piensan bien
Piensan que los que los ven
Tienen los ojos vendados.
¡Ay, ay, ay, ayay!
¡Tienen los ojos vendados!⁴⁹

Cantos escuchados desde niño en la voz de los peones de la hacienda, cantos de “*los molenderos, gritos de los acarreadores de caña, voces del melero, juramentos y maldiciones del atizador, pisadas de las caballerías*” y “*rechinamiento del mayal...*”,⁵⁰ según sus propias palabras. Así entró en contacto con la tradición oral. Él mismo relata haber tenido contacto a través de un tío anciano que le contaba, de noche, las historias de Pedro Urde Males, El Patojito, la Niña Encantada, entre otros.⁵¹ Por último, en esta crónica en particular, Rivera y Garrido se adentra en un drama frecuente en las haciendas: un accidente ocurre en el trapiche, una muela del trapiche toma la mano de un “*mulatico*” y se la destroza. Llantos, gritos, desesperos y, al final, la atención que a los peones siempre ofrecía su madre y la posterior atención de un médico local. Nuevamente, he aquí el paternalismo, el asistencialismo y la caridad.

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 128. El ajustero era un trabajador rural de ascendencia local que se encargaba de contratar peones para realizar trabajos en las haciendas. Su papel era importante ya que era este personaje –por el prestigio ganado– al que se encomendaban tareas de enganche de trabajadores en el área rural.

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 30.

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 51.

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 64.

⁵⁰ *Ibíd.*

⁵¹ *Ibíd.*, p. 128.

Siguiendo con los contenidos de los escritos, encontramos cómo de las relaciones sociales horizontales y los sucesos de la hacienda, Rivera pasa al elemento de la amistad, del teatro y su apoyo a las compañías que llegaban “*Porque no soy un autor dramático*”.⁵² Gusto extraño en la supuestamente pueblerina sociedad caucana. Las lecturas acompañaban su vida diaria y al lado de ella, escampaba la estrecha relación con sus amigos. Así, le dedica el texto “*Un noble amigo*” a Carlos Concha; junto con quien leía a Michelet y su *Historia de Francia*; a Zola, a Tácito⁵³, a José María de Pereda y su libro *Pedro Sánchez*; a Juan Valera y su texto *Pepita Jiménez*; a Pedro Antonio Alarcón y sus *Juicios Críticos* y con quien esperaban leer a Pérez Galdós, de quien tenían buenas referencias. Estamos, entonces, ante un asiduo lector.

En sus crónicas también tenían cabida “*Historias de bandidos*”, al mejor estilo del *western* norteamericano. Por tanto, escribiría una historia que se teje a partir de la muerte del encargado de llevar el correo en los pueblos y que proporciona imágenes frecuentes en la región: los caminos polvorientos –en verano ocurren los hechos narrados– donde merodean los esclavos fugitivos, los maleantes y asesinos, la captura de los mismos y su fusilamiento como castigo por la muerte de un hombre bueno.

Por otra parte, en *El pasado* se deleita contando el origen de los cuadros de las iglesias de Guadalajara, del pueblo y de un fenómeno que está lejos de la imagen del hacendado ausentista. Allí aparecen las casas de las haciendas mejor dotadas que las de las áreas urbanas y llenas de actividades que ocupaban la mayor parte del tiempo. Sólo se iba a la ciudad en eventos especiales como la visita de jerarcas eclesiásticos, bodas, muertes y, por supuesto, como escondite en tiempos de guerras.⁵⁴ Sus recuerdos aquí pasean por el “*Charco del burro*”, los bailes en las casas amenizados con grupos de guitarras, los cultivos –rozas– de los campesinos en tiempo de cosechas y la expansión del pasto artificial llamado Pará.

Hasta aquí no habría nada de novedoso en las crónicas de Rivera y Garrido. Ahora bien, el siglo XIX en América Latina y su producción literaria ha sido objeto de varios estudios.⁵⁵ Dichos trabajos plantean que durante la segunda mitad del siglo en mención apareció un movimiento que relacionó la literatura, especialmente la novela, con la conformación de los Estados y las nacionalidades. Esta hipótesis propone que, después de la Independencia, la búsqueda de las elites por construir los Estados nacionales, involucró a los intelectuales, quienes a través de sus escritos y novelas contribuyeron a difundir una idea de nación determinada. Aquí merece especial atención

⁵² *Ibíd.*, p. 90.

⁵³ *Ibíd.*, pp. 32, 78.

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 117.

⁵⁵ Ver los ensayos compilados por CABRERA LÓPEZ Patricia, (Comp.). *Pensamiento, cultura y literatura en América Latina*. Plaza y Valdés, México, 2004.

la propuesta de Doris Sommer, quien señala al romance como el mecanismo más expedito para pensar la nación por parte de los novelistas.⁵⁶ Este romance nacional/regional cumplió el rol de imaginar la nación a partir de metáforas relacionadas con las desdichas, penurias y felicidades de los personajes de las novelas y/o crónicas.

De esta manera, el drama del romance llevaba a la nación y, en especial, a la trilogía *romance, familia y nación*; estructura ésta que sirvió de marco para los temas narrados hasta la mitad del siglo xx, cuando aparecieron componentes modernos que cambiaron el espacio de acción de los esencialismos locales y/o nacionales del paisaje. Se inició, entonces y especialmente a partir de la revolución mexicana, el giro hacia las definiciones sobre el tema racial: “*la raza cósmica*”, “*la nación mestiza*”, “*el pueblo enfermo*”, entre otros. Es en la primera de las escenas en donde entra la crónica “*Soleidad*”. Una historia transcurrida en medio de la guerra civil de 1860 y atravesada por un drama. Un amor frustrado por la intolerancia de la guerra. Se trata de un texto que se enmarca en la creación del romance.

La historia empieza con una relación bastante particular, un señor “*ajusterero*” –tío Lemos– que se casó con la mulata María Josefa y de cuya unión se produjo el nacimiento de su hija Soledad. Aquí empiezan las “*odas*” al mestizaje:

Es la mulata el producto feliz, el fruto de selección que resulta de la acertada mezcla de dos razas opuestas que se solicitan recíprocamente, se unen y, al confundirse, se complementan, dando el blanco a la negra su hermosura, su delicadeza y su gracia; comunicando la negra a la blanca su vigor, su elegancia, su seducción y su ardentía.⁵⁷

Luego entra en acción Félix Molina, un mulato empleado de La Isla, quien es descrito como “...*un gallardo y honrado negro que acompañaba en la hacienda a mi padre hacía algunos años, en calidad de jefe de peones. Hijo de padres esclavos y esclavo él mismo...*”.⁵⁸ Sin embargo, lo interesante es la particularidad de su historia. Ante los maltratos que sufría de parte del dueño de una hacienda ubicada en cercanías de Palmira, Molina huyó y se escondió en los bosques cercanos al río Amaime, para luego recobrar la libertad a partir de la ley de libertad de esclavos expedida en el año 1851 y posteriormente, junto con su madre, llegó a emplearse en la hacienda del padre de Rivera.⁵⁹ Resumiendo, Félix Molina se enamora de Soledad, utiliza al padre de Rivera para que pida la mano de ésta y lo nombra su padrino. La

⁵⁶ SOMMER. *Ficciones*, Op. cit., p. 23.

⁵⁷ RIVERA Y GARRIDO, Op. cit., p. 135.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 137.

⁵⁹ *Ibíd.*

aceptación del tío Lemos fue inmediata y se pacta la fecha de matrimonio. No deja de llamar la atención que cierto particular humor aflore en el relato. Ante la evidencia de que Félix y Soledad habían “*hablado*” a escondidas de sus padres, Rivera sazonó la escena con un poema popular:

Cuando dos se quieren bien
Y no se pueden hablar,
Todos es entrar y salir
Salir y volver a entrar.⁶⁰

Pero veamos cómo era y cómo vestía Soledad, a partir de una descripción de lo que hacía un día domingo:

(...) al amanecer, se engalanaba Soledad con el más vistoso de sus faldones de muselina y la mejor de sus camisas bordadas; recogía en dos gruesas crenchas sus ensortijados y negros cabellos, que formaban corona a linda cabeza y, abrigada airosamente con un pañolón de merino oscuro, de luengo fleco, ya estaba lista para emprender viajes a la vecina parroquia, con la mira piadosa de oír misa.⁶¹

Ese era, según Rivera, el “*gusto sencillo y primitivo de las hijas del pueblo vallecaucano*”. Mientras que Félix Molina vestía “*pantalones blancos de género de lino, aplanchados; camisa de zaraza de pinta menuda*”, con “*botoncito de oro en el cuello; ruana de paño negro, aforrada en tartán rojo*” y “*sombrero de Suaza, con ancha cinta negra en la copa*”.

Retomando la historia del romance, éste siguió y sólo sería perturbado por los nubarrones de guerra civil que aparecen en el año 1860. Aquí entran en escena los caudillos, los nefastos sucesos de las confrontaciones armadas y, sobre todo, los prejuicios de la guerra, a la cual Rivera y Garrido critica con severidad, independientemente de su origen conservador.

Esa guerra donde unas veces,

se invocan los intereses de la religión, la moral, la propiedad y la familia; otras, los de la libertad, el progreso, la soberanía popular y el derecho de sufragio; y cuarenta y ocho horas después, en nombre y con pretexto de todas esas bellas cosas, empiezan el reclutamiento, las expropiaciones, los empréstitos forzosos, las visitas domiciliarias, la persecución y las prisiones, es decir, la violación de toda garantía, el atropello de todo derecho, el olvido de todo deber y el ultraje de las más caras libertades.⁶²

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 142.

⁶¹ *Ibíd.*, p. 144.

⁶² *Ibíd.*, p. 157.

Detrás de lo anterior se encontraban las “*manifestaciones odiosas, en las cuales se revelan rencores mal reprimidos, codicias insaciables, represalias cobardes y prevenciones temibles*” propios de la naturaleza humana.⁶³

Esa naturaleza humana –bastante primaria– fue el actor principal en el año 1860. El desarrollo de la guerra civil va a ser recreado por Rivera y Garrido de una manera bastante peculiar. Entrelaza la historia de Soledad y los acontecimientos de las campañas militares en la ciudad de Guadalajara. Aquí entonces aparecen de una manera convincente los “*señores*” de la guerra: Obando, el líder conservador Pedro José Carrillo, el general Tomás Cipriano de Mosquera, la derrota del general Murgueitio en Cartago y la derrota de los conservadores en una verdadera matanza en la ciudad de Guadalajara de Buga.⁶⁴ Masacre que se alimentaba de viejos rencores y heridas no olvidadas. El tío Lemos –quien aconsejaba que se fueran todos a Guadalajara de Buga– recordaba que en el año 1851 “*los rojos hicieron diabluras con todos los que nos quedamos en el campo. ¡Sí, señor: mucho cuero dieron!*”.⁶⁵

El horizonte desde un inicio no se mostró halagador. La decisión del padre de Rivera de no refugiarse en la ciudad fue a todas luces precipitada –según el relato–. Esto daba al relato elementos de tensión que para un narrador del siglo XIX podían mostrarse como innovadores. La llegada de las fuerzas liberales a la casa de la hacienda La Isla, es narrada a partir de los rostros de los hombres adscritos al partido liberal. Las descripciones de sus rasgos y caras, debían sustentar –tenuemente– su adscripción política. El siguiente párrafo da una idea de las cosas:

El jefe era un indio antipático, cuya torva mirada revelaba perversidad y una embriaguez avanzada. Todos estaban armados con lanza, carabina y machete, y montaban caballos magníficos, escogidos, sin duda, entre los mejores de las haciendas de la comarca.⁶⁶

En la guerra se “*usaba*” que bandas armadas iban a las haciendas a recoger y enrolar los peones de éstas a los ejércitos, sin importar el bando y/o la adscripción de sus dueños. Ante la exigencia del jefe liberal a que se le entregaran los peones, el padre de Rivera y Garrido señaló que estos no podían ir a la guerra a la fuerza ya que eran “*hombres libres*”. La respuesta de este “*godo orgulloso*”, infló de rabia al jefe de la cuadrilla que se tranzó en un forcejeo con su padre y, ante el ataque que éste iba a recibir de un hombre armado, intervino Félix Molina –quien se encontraba escondido– y

⁶³ *Ibíd.*

⁶⁴ *Ibíd.*, p. 147.

⁶⁵ *Ibíd.*

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 151.

desvió el disparo que iba hacia el cuerpo de su patrón. Fue así como Molina, “*nuestro querido Molina*”, fue “*amarrado en compañía de los demás peones y conducido con ellos al campamento de Sonso...*”.⁶⁷

Su padre fue a dialogar con el coronel llamado el “*negro*” Manuel María Victoria que “*no era sino mulato de tez oscura...*” para que perdonara y devolviera a la hacienda a Félix Molina. Éste se negó y les dijo que mejor cuidaran sus cosas porque se veía venir un enfrentamiento mayor que podía traer consecuencias funestas a su familia. Así, la paz que había visto en su niñez Rivera y Garrido era rota por los torbellinos de la guerra civil que alinderaba a los hombres sin importar su condición social y/o *status*:

(...) las poblaciones, tranquilas y adormecidas en el letargo secular de su crónico atraso, despiertan de improviso al sonido del tambor que acompaña al pregonero de desgracia, a quien anhelosa y sobresaltada sigue la multitud. “*Declárese turbado el orden público*”.⁶⁸

El mencionado militar conservador Pedro José Carrillo se repliega de Cartago sobre la zona de Guadalajara. No nos detendremos a narrar la forma como este fue acorralado y –según Rivera– cometió errores tácticos que significaron la derrota del ejército en la mencionada ciudad. Este enfrentó con 400 hombres a 1.400 que dirigía el general Obando:

Desde una gran distancia veíanse blanquear en la llanura, bajo el azul purísimo del cielo, los numerosos toldos del ejército del General Mosquera; y entre ellos, movibles y brillantes como grandes mariposas rojas que agitaran las alas a la luz de un sol esplendoroso, se distinguían las banderolas escarlatas de los soldados de caballería...⁶⁹

Al igual que el paisaje local, la guerra fue esencializada: mariposas, “*sol esplendoroso*”, etc. La masacre fue grande. Muchos hombres fueron lanzados –entre ellos uno de sus tíos– y masacrados por las tropas liberales. Conventos, colegios y cuarteles fueron copados y saqueados.⁷⁰ La derrota se selló con la llegada del general Mosquera al valle de Sonso, entre el 18 y 19 de febrero, “*para establecer su campamento*”. Pero la historia debía volver al drama, al romance como símbolo de comunión social que mostrara las vejaciones de la guerra. Aparece Félix Molina, que había desertado de los ejércitos liberales, para seguir la “*causa de su patrón*” y no la de los liberales. Así, Molina cambia de bando y se enrola en las tropas conservadoras,

⁶⁷ *Ibíd.*

⁶⁸ *Ibíd.*

⁶⁹ *Ibíd.*, p. 172.

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 168.

cuestión que –consideraba Rivera– sólo le depararía momentos de desasosiego y dolor: “Acogido con alegría por los conservadores, ya no pensó en otra cosa sino en luchar con ellos o correr la suerte que a ellos les tocara. ¡Ah, la suerte le tenía reservados momentos bien crueles!”⁷¹

El grupo de liberales, liderados por Olimpo García, Policarpo Martínez, David Peña, Rafael Escobar, Manuel María Victoria y Eliseo Payán (este último era de Guadalajara de Buga y fue ascendido a teniente coronel “*en pleno combate*”). Los conservadores, liderados por el general Pedro Pablo Prías y el mencionado Carrillo, se dieron cuenta, rápidamente, que estaban derrotados y que sólo tenían dos posibilidades frente a la batalla: rendirse o morir en el combate. Varios escogieron la segunda opción y murieron lanceados sin piedad por los hombres adscritos al partido liberal. Según Rivera, estos generales conservadores sabían que estaban derrotados y “*ahogados sus hombres por el sol de fuego del mes de febrero, que derramaba sobre el campo torrentes de llamas...*”⁷²

Aun en medio del drama Rivera tiene tiempo para algo de humor y reivindicar –como buen seguidor de Caro– el buen uso del idioma. Referente a la captura del general Prías –y la ridiculez de la guerra– señala que este,

Era un viejecito de estatura mediana, con piel encendida y ojillos azules, que guiñaba a menudo; sano, candoroso, y tan ajeno a los refinamientos del lenguaje culto, que solía decir infame por infalible; diligencia, circunstancia, recibí, pobreza y relós; pero, en compensación, pocas personas habrá habido de sentido más recto y de mayor probidad y benevolencia.⁷³

En adelante se describe la campaña de El Derrumbado, donde los conservadores se exigieron al máximo para evitar la derrota. Obviamente los esfuerzos fueron vanos. Allí murió un joven “*miembro de una familia honorable de esta ciudad, don Joaquín Castro*”, “*Bizarro oficial del ejército conservador*”. A este, “*una bala enemiga lo hirió en pleno rostro, penetró por el labio superior y, destrozando la dentadura, le atravesó el cráneo y lo tendió en tierra, sin vida...*”⁷⁴ La masacre no respetó a miembros de la notabilidad y del bajo pueblo. La escena era dantesca, Rivera señala que los cadáveres quedaron esparcidos en las calles, conventos y cuarteles: “*Más allá, dos, tres, diez, veinte o más cadáveres, más o menos mutilados, más o menos destrozados por esa violenta y trágica destructora que se llama la muerte...*”⁷⁵

⁷¹ *Ibíd.*, p. 181.

⁷² *Ibíd.*, p. 183.

⁷³ *Ibíd.*, p. 184.

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 184.

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 185.

Después de la cruenta batalla aparecen los llantos de las viudas, los niños y entra en escena el drama. Aquí aparece nuevamente la figura de Félix Molina, quien había sido capturado por los conservadores. A este se le seguía un juicio por desertor y las posibilidades de que fuera fusilado eran altas. A pesar de que la familia Rivera interviniera ante el general Obando –“*el anciano prócer, gallardo y vigoroso aun...*”– para que defendiera “*los intereses de la raza negra*”, poco pudieron hacer para evitar que lo llevaran a juicio. Presagiando su futuro, Molina envió una última carta al padre de Rivera dándole instrucciones sobre qué debía hacer con sus pocas pertenencias –dejaba un dinero, unas cabezas de ganado y recomendaciones para el cuidado de Soledad–.⁷⁶

Los ruegos de la familia al general Obando dieron sus frutos, a Molina se le dio la libertad y la posibilidad de volver a su hogar. La cuestión pasó a mayor dado que Soledad –apesadumbrada por la inminente muerte de su amado– había enloquecido repentinamente. Al volver Molina, ésta –en plenos 18 años– no lo reconoció, lo cual lo sumió en la depresión y lo llevaría a la muerte de fiebre cerebral. Así, esta fiebre y la decepción de ver a Soledad en estado de locura, “*lo condujo al sepulcro en breve término*”. Mal final para el hombre que había defendido a su patrón con una fidelidad a toda prueba.

Así, el drama del romance terminaba en la crónica, no sin antes señalar, de colofón, que años más tarde las personas que transitaban por Sonso se asustarían al ver entre ríos, árboles y arbustos “*una sombra que tenía figura de mujer*” y “*vagaba errante por aquellos escombros solitarios*”. Esa mujer “*era una pobre loca, víctima inocente, sacrificada en el odioso altar de la guerra civil: ¿era Soledad Lemos!*”.⁷⁷ La guerra no sólo dejaba pérdidas económicas –su padre fue expropiado–, muerte y desolación, sino que también atentaba contra el amor de una pareja del bajo pueblo. La guerra –ingrediente de construcción de la nación– era aquí mirada como elemento disgregador de un mundo rural que poco entendía de sus avatares. Hombres que llegaban a ella a la fuerza, impelidos por decisiones que poco o nada entendían, heridas que no sanarían y que, para Rivera, eran más fuertes e irracionales como en el caso de Soledad.

Ahora preguntémosnos sobre la escritura y el rol de Rivera y Garrido en la literatura regional del Valle del Cauca. Primero acerquémosnos a su idea de crónica o historia. Ya señalamos que Luciano Rivera reconocía haber leído a Michelet y Tácito; pero, en general, dejemos que sea él mismo el que nos acerque a su idea de historia:

⁷⁶ *Ibíd.*, p. 188.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 193.

Puede suceder que se hayan deslizado involuntarios errores de detalle y de fondo en la narración de los hechos concernientes a la campaña de El Derumbado, pues no habiendo podido tener a la vista ningún documento oficial, fuente segura de información para esta clase de trabajos, me he visto precisado a ceñirme a mis recuerdos de niño, auxiliados por las minuciosas relaciones de algunas personas contemporáneas de los sucesos, no siempre acordes entre sí, ni en lo principal ni en lo accesorio; incidencia que me llevó a formar algo así como una selección de hechos, cuyo resultado constituye el alma de este relato, que en su esencia es absolutamente histórico.⁷⁸

En cualquier manual de historiografía moderna la definición dada por Luciano Rivera pasaría como de avanzada. Entendía que la historia se hacía con documentos y la capacidad que tenía el narrador para seleccionar hechos y llevarlos a una construcción de un modelo sobre los sucesos. De allí que no tuviera duda que su relato fuera “*absolutamente histórico*”. Lo cierto es que el relato se constituyó en un canon de la historia regional hasta bien entrado el siglo xx.⁷⁹ De la primera edición en 1886 se pasó a otras en 1897, 1898, 1946, 1968 y 1992.⁸⁰ El “*culto*” a la obra de Rivera y Garrido se empezó a construir a partir de 1910 con la creación del departamento del Valle del Cauca.

La intelectualidad que irrumpió a comienzos de siglo comenzó a construir una imagen ideal del paisaje a partir de su obra y la de Jorge Isaacs. Para el año 1886 –cuando se publicó *Sobre el Valle del Cauca. Impresiones y recuerdos de un conferencista*– informaba en un recorrido por todo el valle geográfico del río Cauca, de la producción agrícola. De Buga, comentó que sus alrededores “... *son risueños y pintorescos y se muestran cubiertos a trechos por bosques, praderas y plantíos, que riegan abundantes arroyos y animan numerosas habitaciones*”.⁸¹ Le llamaba la atención que en la banda occidental del río Cauca se “*encuentran grandes plantaciones de cacao, principal riqueza de la comarca*”⁸² y del valle del río Sonso comentó que estaba lleno de “*llanuras, labranzas y dehesas*”.⁸³ De El Cerrito expresó que era una “*bonita población situada en el centro de una feraz y espaciosa*

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 187.

⁷⁹ ROA, Jorge. *Impresiones y recuerdos por Luciano Rivera y Garrido*. El Repertorio Colombiano. Vol. 17, No. 3, Bogotá, enero de 1898. pp. 202-207. RIVERA GARRIDO, Luciano. *Algo sobre el Valle del Cauca. Impresiones y recuerdos de un conferencista*. Imprenta a cargo de R. A. Pastrana, Buga, 1886.

⁸⁰ “Conferencia leída en la sesión solemne de la Sociedad Rivera-Garrido en Buga”, celebrada el 24 de mayo de 1922. Cali: Linotipo de Relator, 1922.

⁸¹ RIVERA GARRIDO, Luciano. *Algo sobre el Valle* (1886), *Op. cit.*, p. 5.

⁸² *Ibíd.*, p. 16.

⁸³ *Ibíd.*, p. 31.

llanura, habitada por gentes laboriosas y hospitalarias”, el cual se hallaba circundado por “*haciendas muy buenas*”, entre las que destacaba “*La Mercedes, perteneciente al respetable caballero Sr. D. José María Cabal H.*”; La Aurora, El Guabito, La Concepción y El Hatico:

(...) esta última, propiedad de los apreciables Sres. Molinas y Valenzuelas. Una ó dos de ellas tiene ingenios de azúcar, con maquinas de hierro, a las cuales sirve de impulsor el agua; y casi todas poseen vastas plantaciones de caña dulce; dehesas de pastos artificiales...⁸⁴

El área de Buga le parecía especial por la existencia de pequeñas propiedades; según su relato las haciendas más importantes del valle geográfico las localizaba entre esta población y Palmira. Allí,

a uno y otro lado del camino se dejan altas portadas de ladrillo, cubiertas con teja, que dan entrada a las diversas propiedades campestres. Algunas de estas muestran desde lejos las casas de habitación, con vastos corredores, amplios patios, empradizados de verde grama, y densas arboledas que las sombrean y embellecen...⁸⁵

Destacaba las haciendas de Pichichí, de propiedad de Manuel A. Sanclemente; El Paraíso, La Manuelita, esta última descrita como “*valioso y bien organizado establecimiento agrícola y ganadero administrado por su inteligente dueño el señor don Santiago Eder...*”.⁸⁶

Sobre el funcionamiento de la economía de los trapiches señalaba que en la hacienda de caña del valle del río Cauca, en cercanías a Palmira, se daba una división social y del trabajo bien clara, los “*blancos*” vivían en las casas de las haciendas en “*amplios espacios*” y los trabajadores en la zona aldeaña al trapiche. Allí el cronista observó que,

Dos negros medio desnudos atienden al horno, el uno á sostener el fuego, cebándolo con troncos, que tiene á un lado, para que haga brasa, ya con bagazo seco de caña, que tiene al otro, para que alce llama. El otro negro espuma los calderos ó pasa el caldo de un fondo a otro. Varios negros acarrean caña desde la plazuela donde descargaron los peones, al pie de las molenderas. Estas, sentadas al pie de la masa mayal, meten caña por un lado y reciben caña exprimida por el otro. Un negrito azota y grita a la perezosa pareja de bestias que llevan el mayal para dar movimiento al trapiche. Varios negros quitan el bagazo fresco y lo arrojan fuera de la enramada, y otros que están

⁸⁴ *Ibíd.*

⁸⁵ *Ibíd.* p. 32.

⁸⁶ *Ibíd.* p. 33.

en remuda para los diversos oficios, duermen bajo los alares mientras les llega su hora de trabajar.⁸⁷

Tenemos entonces que fue la obra de Luciano Rivera y Garrido el primer eslabón de construcción de un sentido de regionalidad en el Valle del Cauca. En su obra *Memorias de un colegial*⁸⁸ se nota el tránsito que da la idea de regionalidad en este autor, paralelo al de nacionalidad. La mencionada guerra de 1860 había dejado a su padre arruinado, a pesar de esto es enviado a estudiar a la ciudad de Bogotá, capital del país. Este primer viaje le permitió observar cambios en la geografía que le afirmaron el sentido de pertenencia al sol del “*valle del Cauca*”.⁸⁹ Los cambios en la geografía los percibe en el camino del Quindío:

(...) aquellas cordilleras altísimas, cubiertas en sus crestas superiores por los albos mansos de las nieves eternas; los inmensos palmares, majestuosos y solitarios como antiguas basílicas; las variadas y magníficas arboledas; los aterradores abismos... las soledades de los páramos...⁹⁰

Así, recalaba, “*una fauna y una flora enteramente nuevas se ofrecían a mi vista...*”.⁹¹ Las memorias de colegial se mezclaban con juicios políticos sobre el rol “*civilizador*” de la capital del país:

Suprimir a Bogotá en Colombia equivaldría a decapitar la nación... el papel preponderante que viene representando desde los tiempos del descubrimiento y de la conquista... la espiritualidad y cultura que distinguen a sus habitantes, justifican esa influencia y explican aquella popularidad...⁹²

¿De dónde salía esa airada defensa de la capital del país, casi en oposición a las peticiones que se daban desde la “*provincia*”? Sobre esto podemos especular que se debía a la enseñanza que obtuvo de su estadía en la “*Atenas*” suramericana. La enseñanza donde los “*señores Pérez hermanos*” lo puso en contacto con Santiago Pérez –su director– poeta y político de relevancia en la ciudad, quien para la época de su llegada tenía 30 años. En ese colegio compartió con otros niños provenientes de Mompox, Barranquilla, Popa-

⁸⁷ RIVERA, *Algo sobre el Valle* (1886), Op. cit., p. 27.

⁸⁸ RIVERA Y GARRIDO, Luciano. *Memorias de un colegial*. Biblioteca Aldeana de Colombia, Ministerio de Educación Nacional, Bogotá, 1936.

⁸⁹ *Ibíd*, p. 16.

⁹⁰ *Ibíd*em.

⁹¹ *Ibíd*em.

⁹² *Ibíd*., p. 23.

yán, Boyacá, Tolima y aprendió que él era “provinciano” y “caucano”.⁹³ Allí sintió “*El recuerdo del país natal... ¡Con qué placer rememoraba las verdes llanuras del valle nativo, sus bosques amenos, sus ríos y su cielo!*”⁹⁴ Allí se dio cuenta que él no era de Guadalajara, él era “caucano” y su “país natal” era ese sitio donde el verde, las aguas y la historia eran una sola.⁹⁵ Así, vemos aquí que se construye la idea de lo local paralelo a lo nacional. Las tesis que han esgrimido varios historiadores y sociólogos en Colombia es que la nación se conformó de la unión de varias regiones. Al respecto, Germán Colmenares avanzó hacia la demostración de que los procesos de nacionalidad y de región transitaron de manera paralela. Se nutrieron de doble vía.

Fue en Bogotá que conoció a Manuel Ancízar, José Manuel Mallorquín, María Vergara y, también, fue asiduo de la casa de don Lino de Pombo.⁹⁶ En esa casa se daban tertulias en las que conoció a Ancízar “*tan circumspecto como culto, y cuya discreta conversación no alcanzaba a velar la solidez y variedad de sus conocimientos...*”⁹⁷ Pero también se extasió con los aportes de Pedro Fernández Madrid, Mariano Ospina Rodríguez, Salvador Camacho Roldán, “*verdadero gentil-hombre, republicano, gallardo, cultísimo*” y Manuel Murillo Toro, Carlos Holguín, Manuel María Mallarino y Aníbal Galindo.⁹⁸ Realmente las tertulias –sin pecar de anacrónicos– eran “*multiculturales*”. Allí llegaban representantes de todos los estados que conformaban la confederación y, por ellos, los “*intelectuales*”.⁹⁹

Dos vías de construcción de la nación. La primera eran las tertulias, la segunda la guerra. Nuevamente, en Bogotá, Luciano Rivera y Garrido la veía llegar: “*La guerra llegaba a las clases, los muchachos buscaban enrolarse en los partidos y ejércitos*”.¹⁰⁰ Muchos puños y discusiones por la guerra, por los partidos y el corte de flujo de dinero por parte de sus padres desde Guadalajara. Pero la guerra mostraba unas imágenes extrañas. Sus días duros, sin ropa qué vestir y casi “*recogido*” por un familiar, parecían llegar a su final el 18 de julio de 1861 cuando Mosquera y sus tropas entraron a Bogotá:

⁹³ *Ibíd.*, p. 35. Enseñaban: castellano, idiomas extranjeros, geografía, aritmética, contabilidad, historia, ciencias políticas, etc. Se dictaba latín, álgebra, física, química, ciencias morales y jurídicas, entre otras.

⁹⁴ *Ibíd.*, p. 43. Se sentía lejos de la “exuberante cuanto variada y alegre naturaleza caucana...”

⁹⁵ *Ibíd.*, p. 47.

⁹⁶ *Ibíd.*, p. 50.

⁹⁷ *Ibíd.*, p. 59.

⁹⁸ *Ibíd.*, p. 60.

⁹⁹ Entre los cuales se encontraba un panameño. *Ibíd.*, p. 63.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, p. 66.

Esa misma tarde se veían las calles de Bogotá cruzadas por millares de negros caucanos, quienes ostentaban en los sombreros coronas de follaje y de flores, muestra evidente del entusiasmo de las damas liberales de la capital, que habían recibido como a libertadores a aquellos valerosos descendientes de africanos.¹⁰¹

Allí reconoció a un “*negro*” de apellido Victoria quien, para la fecha, ya había sido ascendido a general.¹⁰² Una vez terminada la guerra Luciano se matriculó en el colegio de Santo Tomás de Aquino de los señores “*Ortices*”. Allí se encontró con personas que leían a Bentham, Balmes, Macaulay, Prescott, Destutt, Calvo y “*otros literatos, filósofos, historiadores, economistas y jurisconsultos de largo pelo...*”.¹⁰³ Sus pasos hacia la literatura fueron acelerados. Tuvo allí la posibilidad de hacerse amigos cercanos a su tema: Carlos Martínez Silva, Francisco Antonio Gutiérrez, Ignacio Gutiérrez Ponce, con los que crean una sociedad literaria, a la que bautizan Liceo Juvenil.¹⁰⁴ Sus docentes allí fueron don José Leocadio Camacho y don Manuel Pombo.¹⁰⁵ Las aventuras literarias le valieron una invitación por parte de José María Samper¹⁰⁶ para participar en la tertulia de El Mosaico:

Valióme mi gusto por los asuntos literarios la adquisición de otras relaciones no menos importantes que las mencionadas: las de los señores don José María Samper y don Salvador Camacho Roldán. José María Samper me invitó a una charla con “mosaico pleno”.¹⁰⁷

Con este bagaje intelectual volvió a su Valle del Cauca y, siguiendo las tendencias que vio y vivió en Bogotá se apoyó en el costumbrismo y en el paisaje para dar a conocer su región, sus particularidades y su historia. Los cambios eran simples. Él no era “*caucano*”, era del valle del Cauca. Cuestión bien diferente que sirvió, dos décadas después, para alimentar ideológicamente las pretensiones de autonomía de la región. De la forma como

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 73.

¹⁰² *Ibíd.*, p. 19.

¹⁰³ Tenían una especie de sátira que se llamaba *El Loro*. *Ibíd.*, p. 108.

¹⁰⁴ *Ibíd.*, p. 99.

¹⁰⁵ *Ibíd.*, p. 113.

¹⁰⁶ *El Mosaico* es el nombre de una tertulia o asociación de escritores fundada por Eugenio Díaz y José María Vergara y Vergara en el año 1858. Unía a estos escritores el propósito de crear una literatura nacional que describiera en cuadros de costumbres la naturaleza y la vida nacionales. Sus trabajos literarios aparecieron en muy diversas publicaciones, pero especialmente en el periódico que llevaba el mismo nombre de la asociación y que apareció entre el 24 de diciembre de 1858 y el 17 de diciembre de 1872.

¹⁰⁷ *Ibíd.*, p. 119.

este proceso fue generalizado a toda la América Latina da cuenta el escritor Fernando Unzueta, quien además llama la atención sobre los cuadros de costumbres que, escritos por intelectuales, definieron la personalidad “*nacional*” y “*regional*”. Así, estos permiten ver cómo la “*nación*” fue narrada y leída por el naciente público;¹⁰⁸ al tiempo que también se construyen los regionalismos. Nación y región, como procesos identitarios, fueron paralelos en algunas zonas de la América.¹⁰⁹

¹⁰⁸ UNZUETA. Op. cit., p. 73.

¹⁰⁹ *Ibíd.*

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

ESENCIALIZANDO EL PAISAJE: LA OBRA DE CORNELIO HISPANO Y ALBERTO CARVAJAL BORRERO¹¹⁰

EL RETRATO DEL PAISAJE GEOGRÁFICO Y SOCIAL EN LOS POEMAS DE CORNELIO HISPANO

El tema del paisaje estuvo a la orden día en los poetas y cronistas vallecaucanos en la primera mitad del siglo xx. Cantos al sol del valle del Cauca, a los ríos, a las palmeras, a los bosques, la selva y las montañas; descripciones de aldeas, iglesias, campanarios, cabañas y labranzas se plasmaron en los versos de la generación de poetas que irrumpió en el panorama literario en las primeras décadas del siglo xx. Uno de estos más claros personajes fue Cornelio Hispano.

Ismael López (su verdadero nombre) nació en Guadalajara de Buga en el año 1880 y murió en 1962. Se dio a conocer con sus poemas en la primera década del siglo xx, especialmente por sus escritos en revistas y periódicos capitalinos. Esto le ganó un temprano prestigio en el mundo de las letras, el cual logró engrandecer años más tarde. Viajero frecuente (visitó Europa y Francia), no se alejó de unas formas clásicas de hacer poesía. Sus primeras entregas líricas habían visto la luz bajo los títulos de *El Jardín de las Hespérides* (1910) y *Leyenda de oro* (1911). Posteriormente, publicó otros títulos como *San Jerónimo* (1912) y *Elegías caucanas* (1912), en que recuperaba los modelos formales clásicos de la antigua tradición poética española. En prosa puso de manifiesto su gusto por la recreación de episodios históricos notables. Entre ellos, cabe destacar los titulados *Colombia en la Guerra de la Independencia* (1913), *La cuestión venezolana* (1914) y *El libro de oro de Bolívar* (1925).¹¹¹

¹¹⁰ Hugues Sánchez Mejía. Profesor Departamento de Historia, Universidad del Valle.

¹¹¹ Realizó traducciones al español de varias de las obras de Ernest Renán.

Este escritor combinaba la herencia de la poesía clásica española con motivos tomados del mundo, el paisaje local, el costumbrismo y el apego a formas de poesía religiosa, herencia de la poesía española. Veamos uno de sus poemas, que se apoya en la mitología griega:

ALCIÓN¹¹²

Pájaro que adoraron los amantes
Sin ventura, en edades muy remotas;
Pájaro de los tristes navegantes
Que al escuchar tus agoreras notas

Elevan sus clamores hasta el cielo;
Pájaro cuyo canto es una queja,
Nuncio de tempestades y de duelo;
Ave infausta, augural, cual la corneja.

Tú sobre el mar lamentas tu destino
Y haces el nido en la encrespada onda:
Cuán sabio tu vivir, Alción divino!
La playa olvidas y la opaca fronda,

Dejas la fresca linfa de las fuentes
Que brotan entre el líquen de la peñas,
El olor de los campos florecientes,
Las viejas torres que aman las cigüeñas,

Y, alrededor de inaccesibles rocas,
Hoy como ayer, tu grito desolado
Lanzas, y, sobre el agua acerba, evocas
El exánime cuerpo de tu amado.

Yo confundo mi queja con tu queja,
Y mi lamento junto a tu lamento:
Ave infausta, augural, cual la corneja,
Hija del mar azul, hija del viento.

En esta noche efímera tu canto

¹¹² La mayoría de los poemas utilizados en este aparte fueron publicados en el periódico *El Liberal Ilustrado*, el cual circulaba en todo el país y, especialmente, en la ciudad de Bogotá. En adelante, con un pie de página se señalará la fecha de su publicación. *El Liberal Ilustrado*, Vol. 5, No. 1.463, Bogotá, 1915. p. 38.

Llega más melancólico al oído,
Y se siente como un ansia de llanto,
Y se siente como una sed de olvido...

Yo sueño como tú con otros puertos,
Otra edad, otro clima, otro horizonte,
Y mis dioses también están ya muertos
Y bajo escombros yace el sacro monte

Que iluminó tus símbolos un día,
Cuando en las blancas ágoras de Atenas
Saludaba el augur tu epifanía
Y dejaban las márgenes helenas,

En jubilosa banda, los pilotos;
Cuando, rayando el sol, tus raudos vuelos
Seguían por los piélagos ignotos
La sacre nave que bogaba a Delos.

(Tú recogiste el vuelo en la palmera
Que el ciego Homero veneró en su exilio;
Viste ondear, cual épica galera,
La errante Asteria que cantó Virgilio).

Cuando al llegar la tarde con sus rosas
Y su misterio y sus saladas brisas,
Huyendo la tristeza de las cosas,
Posaste en las dóricas cornisas.

Tal vez, en otros días, tu graznido
Cruzó trágicamente las desiertas
Ventanas de un castillo derruido,
Sobre foscas océanos, abiertos;

Y quizá taciturnos aldeanos
Aún te invocan, sus haces recogiendo,
Mientras dora el bermejo sol los llanos
Y por los campos pasa el buey mugiendo.

Alción! Divino Alción! Amo tu vieja
Patria y tu altar caído y tu lamento:
Ave infausta, augural, cual la corneja,
Hija del mar azul, hija del viento.

Aun en un poema estilizado como el anterior, aparecen detrás de “*las dóricas cornisas*” en el vuelo de Alción, una palmera, el sol del valle del Cauca, los llanos, el buey y “*taciturnos aldeanos*”. Pero veamos otros dos poemas:

EDAD DE ORO¹¹³

En aquel tiempo la florida avena
Vertía al viento sus cadencias hondas,
Y aderezaba la tranquila cena
Madura vid de las incultas frondas.

Ceres, la casta diosas, era más buena;
Más propicias las ánforas redondas,
Más espléndido el sol, y Anadiomena
Encarnaba radiante entre las ondas.

Edad feliz! Los dioses inmortales
Besaban a las vírgenes desnudas
Bajo tibias florestas perfumadas,

Y en las amenas márgenes natales,
Por las campiñas rumorosas, mudas,
Vagaban las agrestes Oreadas.

EPICURO

Maestro: como el tierno Metrodoro
Que oía tu doctrina embelesado,
En la austera quietud de tu cercado,
Bajo fértiles lauros, yo te adoro.

Pasan los siglos en tropel sonoro;
Mueren los dioses que ensalzó el pasado;
Más fluye aún tu acento embalsado
Como una fuente límpida, de oro.

¹¹³ *El Liberal Ilustrado*, Vol. 5, No.1.511-9, Bogotá., 1915. p. 144.

Espanto del error, tu pensamiento
 Un día nos libró de adustos Amos,
 Otro encendió triunfal Renacimiento

Y hoy cuando nos consume un amor puro
 De la sabiduría, pronunciamos
 Este nombre dulcísimo: Epicuro!

La obra de Hispano hizo tránsito por recursos que iban desde el parnaso griego, la religiosidad popular, los poemas costumbristas y el paisaje del valle geográfico del río Cauca. Para el Maestro Rafael Maya, en un detenido estudio crítico, la poesía de Hispano constituía un culto “*de la literatura griega*”. Según Maya, la “*frase ática fluye de su pluma con sabia espontaneidad. El símbolo antiguo asoma frecuentemente en su estilo y viste el pensamiento como de una clámide de largos pliegues*”.¹¹⁴ Esos comentarios a los textos griegos le sirvió para que se le reconociera por un estilo particular, aunque su rima fue soslayada por escritores que emergían dentro del precario modernismo que se asomaba en las primeras décadas del siglo xx.

Maya dijo de los poemas que Hispano realizó sobre el valle del Cauca y su región, que este reflejaba allí una “*tranquila visión de la naturaleza*” y terminaba afirmando que este veía “*el paisaje con ojos de primitivo*”.¹¹⁵ Posiblemente a Maya estos cuadros le parecían muy exagerados. Rimas extensas que debían cansarlo y poco le decían de las modas parisinas. Precisamente esta visión del paisaje en Hispano se ve reflejado en el siguiente poema dedicado a Jorge Isaacs, en el cual se nota ya de manera clara esa esencialización del paisaje del Valle del Cauca:

TIERRA DE JORGE ISAACS¹¹⁶

VIAJERO, años después, por las
 montañas del país de José, he visto,
 ya a puestas del sol, llegar labrado-
 res alegres a la cabaña donde se me
 daba hospitalidad; luego que alaba-
 ban a Dios ante el venerable Jefe
 de la familia, esperaban en torno del
 hogar la cena que la anciana y cari-
 ñosa madre repartía; un plato basta-

¹¹⁴ MAYA, Rafael. *Obra crítica*. Ediciones del Banco de la República, Bogotá, 1982. pp. 192 - 193.

¹¹⁵ *Ibidem*.

¹¹⁶ *El Liberal Ilustrado*, Vol. 5, No. 1.565-15, Bogotá, 1915. pp. 238-240.

ba a cada pareja de esposos, y los
pequeñuelos hacían pinicos apoyados
en las rodillas de sus padres. Y he
desviado mis miradas de estas esce-
nas patriarcales, que me recordaban
los últimos días felices de mi juventud.

Jorge Isaacs
María

Valle primaveral, valle sonoro
Que riega el manso Cauca y guarda el Ande
Donde, en la noche, el cielo es un tesoro,
Donde todo es gentil, robusto y grande.

Valle de mis canciones más sentidas,
Y de eglógicos ríos transparentes
Que corren sobre gramas florecidas,
O entre cañaverales, balbucientes.

Valle de melancólicos pastores,
Donde há tiempo yo vi la luz del día
Y me embriagué de aromas y rumores:
Tierra de Jorge Isaacs y de María.

Yo vuelvo a tu candor, a tu verbena,
Bajo tu cielo azul y radiante,
A oír tu antiguo canto de Sirena,
Valle más dulce cuanto más distante.

Hoy todo está lo mismo: entre las breñas
Lúgubres se lamentan las cuncunas;
Azucenas silvestres en las peñas
Y garzas en las límpidas lagunas.

Tú, claro Amaime, aún corres en discreta
Calma para deleite de las frondas,
Y para recordarnos al poeta
Israelita que ensalzó tus ondas,

Aquel dilecto hijo de las Musas
Que, al pie de tus magníficos bucares,

Cantó, como en sentidas cornamusas,
Tus bellos dones y sus patrios lares.

Sentado en las riberas de los ríos,
Más de una vez lo hallaron los pastores,
A la hora en que gimen los bujíos,
Solo, en las aguas, deshojando flores.

Sobre la áspera sierra como un nido
De palomas, se ve brillar la casa
Natal, que fue un edén, y enternecido
La mira y calla el que a su lado pasa.

Allí los pomarrosos y manzanos.
Vertían suave sombra, y los jazmines
Del cabo y de la india, en los veranos,
Perfumaban los patios y jardines.

Corrientes aguas, sobre tersas guijas,
Discurrían, con líricos murmullos,
Adurmiendo a las cuatas sabandijas,
O desgranando nítidos capullos.

Por doquiera cabañas pintorescas,
Fértiles domas y ganados gordos,
Quebradas resonantes de aguas frescas,
Del cuerno pastoral los ecos sordos;

El aroma nativo de las éras
En flor, la greguería, de los loros
Sobre los guayabales, las castruelas
Dolientes y el mugido de los toros;

El baño en los remansos cristalinos
Donde, entre lechos, surcan las canoas,
Bajo las selvas lóbregas, los trinos
Graves de las ariscas chilacoas;

La bruna campesina que regresa
De la misa del pueblo con prolijo
Paso, y cuya mirada se embelesa
Al divisar, de lejos, el cortijo:

La estancia, con su roza y platanales,
Sus gallinas, sus gansos y sus bimpos,
Con sus puercos bozando en los corrales,
Y sus esbeltos hobos y cachimbos;

Las cañadas cubiertas de guabinos,
Arrayanes, tomillos aromados,
Donde duermen la siesta los pollinos
Y braman, por la tarde, los venados;

En la montaña, el eco de las hachas,
El guabo, el tamarindo, el chirimoyo,
El canto de las ágiles muchachas
Que lavaban la ropa en el arroyo,

Y tras la brega, frescas y risueñas,
Tornaban, a los rayos indecisos
Del sol, cogiendo en las musgosas peñas,
Macetas de azahares y narcisos;

El tibio cacahual con su sonora
Puertecita de trancas que da al río,
Sus mazorcas bermejas que el sol dora
Y en su seca hojarasca, en el estío.

La estercolada huerta con sus éras
De parras sarmentosas y tardías
Sus hortalizas y amplias sementeras
De melones de oro y de sandías.

La madre tierra daba opimos frutos
A los dichosos amos, los rebaños.
Encantados por rústicos cañutos.
Triscaban al frescor de los castaños.

Y las lozanas vacas, de altas ubres,
A la cálida siesta, rumiantes,
Venían a tenderse en las salubres
Vegas, bajo las ceibas susurrantes.

Feliz era en su chagra el fiel labriego,
Que aumentaba su haber con sus sudores,

Y, en el austero hogar, el mismo fuego
Calentaba a los siervos y señores.

Allí, en el fondo de ese ameno huerto,
Breves fueron las horas de su infancia.
Y el Valle amado, de horizonte incierto,
La impregnó su tristeza y su fragancia.

Despertábanlo, al alba, el mañanero
Titiribí trinando en el granado,
Alegres guacharacas, o el jilguero,
Que anuncia el nuevo día, alborozado;

Mientras los azulejos, las asomas,
Gemían, revolando en los frutales,
Y su miel destilaban rosas pomas,
Maduradas por brisas estivales;

Y de la erguida copa floreciente
De los umbrosos písamos, el vuelo
Desplegaban las garzas, lentamente,
Cual nivea cinta en el azul del cielo.

La portada es la misma de otros días,
Blanca, bajo naranjos y sauzales,
A lo lejos, en vastas serranías,
Cierran el horizonte los guadales;

La piedra de los férvidos amantes
Cubierta está de líquenes y grama,
Y las ovejas prósperas, como antes,
Pacen, y el buey en la llanura brama;

Aquí juró con llanto amor eterno
Ella, cuyo perfume el aura exhala,
Aquí leyeron, en coloquio tierno,
Los amores de Chactas y de Atala.

Y en una de esas noches de veranos
En que se escuchan flébiles rumores,
Y como el fallecer de ecos lejanos,
En que la luna mengua sus claros.

En que el alma, como una tierna amante,
Poco a poco se aleja sonriente
Para tornar más férvida al instante,
Ávido el labio y la pupila ardiente;

En una noche así, bajo la parra
Que en la terraza extiende sus sarmientos,
Juntas, Emma y María, a la guitarra
Arrancaron dulcísimos acentos.

Acordes melancólicos, cadencias,
Que llevaron las brisas, con sus suaves
Voces inmaculadas, como esencias
Paradisíacas y gemir de aves.

Todo el Cauca revive en este Idilio
Que una Divinidad agreste inspira,
El dulce caramillo de Virgilio
Aquí, como en sus Églogas, suspira;

Es el ambiente de Virginia y Pablo,
Con su sol, su ternura, su armonía,
Y, en medio del suavísimo retablo,
Como una corza cándida: María.

Tú, Zabaletas, muestras tus remansos
Clarísimos, y ofreces linfas puras
Al sediento ganado y a los mansos
Ciervos de tus calladas espesuras.

Pobres pasan tus aguas porque avaro
El hombre las condujo a sus labranzas,
Pero tu fondo permanece claro
Y entre florales márgenes avanzas.

Verdes hiedras, bejucos florecidos,
Se enredan en sus tórridas orillas,
Y guardan tus atajos escondidos
El olor virginal de las novillas.

Así corres tranquilo, como un día
Te contempló la banda aventurera

De los conquistadores, y en tu pía
Floresta habita el dios de tu ribera.

Coronado de pámpanos, las manos
Sobre la urna límpida descansa,
Y pérdida en los ámbitos arcanos,
Absorba sueña, su pupila mansa.

Tú, patrio río, abristes el camino
A las iberas tropas vencedoras
Que del pico más alto y argentino
Contemplaron tus vívidas auroras,

Tu valle exuberante, tu robusto
Clamor, tus rosas y tus áureas viñas,
Cuando, bañado en púrpura, el arbusto
De Arabia decoraba las campiñas.

Tú a los bravos halcones condujiste
De la selva diuturna a la pradera.
Y en su nombre de su Rey, fundar los viste
En las colinas la ciudad austera.

El toro ya no muge en tus orillas,
Ni a tus ondas conduce su rebaño
Joven pastor, ni ladran las traíllas,
Porque en el Valle enmudeció el extraño

Rumor de los marinos caracoles
Que señalaban con trivial vocablo,
Tras el ardor de devorantes soles,
A la grey, el camino del establo.

Segada fue la amarillenta espiga,
Pasto de los corderos, y al, granado
Trébol silvestre, sucedió la ortiga,
Y a la aromosa parva, el arbolado.

Más en tanto, en la rama florecida,
La vuelta del buen tiempo canta el ave,
Y la cigarra, su canción sentida,
Preludia ufana a la estación suave.

Entonces se despojan sus hojas
Doradas los bucares, y sus ramas,
Reflorecidas de macetas rojas,
De un incendio voraz fingen las llamas.

Escombros del antiguo caserío,
Aparecen, al lado del riachuelo,
Muros de piedra, entre el bosque umbrío,
Donde siniestro ocúltase el mochuelo,

Y que recuerdan, simples y rientes
Cuentos que los abuelos nos narraban,
Cuando, Guadalajara, tus corrientes
Sólo árboles frutales sombreaban,

Y, libre y perezosa, la vacada
Pastaba por los campos y colinas;
Cuando sobre la pampa dilatada
Se erguían las decrepitas encinas

Como divinidades protectoras
Y númenes augustos de tu arcana
Virtud, de tus geórgicas sonoras,
De tu dulce heredad, tierra caucana!

Hoy la ciudad ha conquistado el río
Y el Valle floreciente. Los ancianos
Sepulcros que guardaban el gentío
De cien generaciones de aldeanos,

De zarzas y ruinas se cubrieron
Desde que el campanario abandonando
Enmudeció, y la cruz d los que fueron
Dejó la tierra al resonante arado.

Tierra de paz, de amor y de veranos
Fragantes y de tantas bellas cosas,
Lenta la tarde cae, y tus lejanos
Farallones corona el sol de rosas!

Un día, al clarear el alba, triste
Dejó tus playas, bosques y rastros,

Y tú, sereno Véspero, me viste
En la tarde, volver allá los ojos,

Por la postrera vez, inconsolables,
Pues que con esas rosas vespertinas
Para siempre esfumábanse inefables
Visiones, tras las plácidas colinas...¹¹⁷

¿Qué quedó del paisaje del valle geográfico del Cauca fuera del poema de Cornelio Hispano? Al parecer, nada. Podemos contar innumerables descripciones de la geografía, la sociedad y la economía local del mencionado valle que quedaron atrapados en las estrofas del anterior poema; a primera vista vemos al sol como eje central de la narración –son poemas, si se quiere, *luminosos*–, los ríos, las aves, los campesinos, el fiel labriego, las cañadas, los farallones, los bosques, las colinas, las pampas, el cacao, la vacada, el campanario de la iglesia, Guadalajara, las cigarras, las flores, bejucos, naranjos, etc.¹¹⁸ Es este modelo sobre el cual Alberto Carvajal y otros poetas de la región centrarían su lirismo y llevarían al paroxismo la esencialización del paisaje regional.

Veamos ahora unos poemas donde el hilo central es el tema de la religiosidad popular a la que Cornelio Hispano dedicó versos:

CAMPANAS DE LA ALDEA

Those evening bells?

Th. Moore

Campanas religiosas de la aldea
Que despertáis sonoras con el día,
Y, desde la espadaña que blanquea
A lo lejos, alzáis la algarabía.

Campanas que gemís como las aves
En la tarde, al buscar sus enramadas,
Y desgranáis sobre los campos graves.
Lentas y clamorosas campanadas.

Campanas que en el alma nos dejaron
Ecos de amores cándidos, risueños,

¹¹⁷ Escrito en Caracas, julio de 1911.

¹¹⁸ Las referencias al mundo griego y la religiosidad cristiana también aparecen en el poema: Virgilio, rebaños, “divinidad agreste”, Chacta y Atala, etc.

Y que, tras breve júbilo, doblaron
Sobre tantos dulcísimos ensueños.

Campanas que llamaban al rosario
A las tiernas muchachas de la granja,
Mientras sobre el ruinoso campanario
Vertía el sol su resplandor naranja.

Campanas de las fiestas parroquiales,
De claro timbre en las alegres bodas
Y sordas en dolientes funerales:
¡Cantad ahora, alborozadas, todas!

Campanas melancólicas, como antes,
Suaves, dejad oír vuestros acentos,
Más deleitosos hoy y más fragantes,
¡Dad vuestras armonías a los vientos!

Y como en esas épocas lejanas,
Desde la vieja torre que blanquea
En mis sueños, sonad, sonad campanas,
¡Campanas musicales, de mi aldea!

Hispano, al igual que otros intelectuales de la época, combinaba elementos del costumbrismo, de los cuadros de villetas de la poesía española con el fervor de la religiosidad popular de su “*conservadora*” Guadalajara de Buga. En este sentido su poesía daba coherencia al pensamiento conservador que hacía de la trilogía costumbrismo/religión/paisaje el nervio central de la poesía local. Su innovación estaba en el retrato de lo terrígeno y las añoranzas del mundo helénico. En eso era consecuente con el modelo instaurado por Caro, Vergara y Cuervo sobre la construcción de un modelo de literatura que se acercaba al bajo pueblo, no lo negaba, como sí lo hacía la poesía moderna que irrumpe en el escenario a partir de los versos de Silva. Veamos un poema donde despliega una imagen parecida a los cuadros costumbristas que en la literatura construían los intelectuales conservadores:

AL AMOR DE LA LUMBRE¹¹⁹

Pasaron los sencillos moradores
Que en estos valles, en lejano día,

¹¹⁹ *El Liberal Ilustrado*, Vol. 6, No. 1.848-25, Bogotá, 1916. pp. 397-398.

Narraban, con sus rústicos amores,
Dulces consejas cuando el sol moría.

No viene la garrida campesina,
Con su rojo collar de cuentas de oro,
A hundir, entre la onda cristalina,
Tarareando, el cántaro sonoro.

Ni en la tarde del viejo campanario,
Vuela el Ave María hasta los cielos,
Con aquel són sagrado y funerario
Que oyeron en su edad nuestros abuelos.

En nuestras casas nuevas ya no brilla
La tinaja entre piñas y melones,
Ni resuena en las fiestas la vajilla
Que de España nos vino en galeones.

Dejó el hogar también la perfumada
Alacena, de cedro construida,
Que guardaba las tortas, la ensalada,
En las floridas pascuas de mi vida.

Y nunca volveréis, noches caucanas,
Cuando en el tibio patio solitario
Altemaban los cantos de las ranas
con las solemnes voces del rosario.

Tras el santo Rosario se servía
Ligera cena de fragancia grata,
El agua cristalina se bebía
En jarro antiguo de labrada plata.

Luégo, los criados y los niños, juntos,
Alababan a Dios, mientras la abuela
Rezaba una oración por los difuntos
Y los hijos del mar: Maqis Stella.

Cerca corría murmurando el río.
La luna clareaba entre las frondas,
Y con las frescas brisas del estío
Venían los rumores de las ondas.

Las mozas, coronadas de azucenas,
Pasaban, con sus férvidos galanes,
Sus amores, en locas nochebuenas,
Y la lupa de miel, en los sanjuanés.

Los viejos, sentenciosos y joviales,
Lucían los domingos sus casacas,
Lamentaban los tiempos coloniales
O tomaban el fresco en sus hamacas.

Pasaron los sencillos moradores
Que en estos valles, en lejano día,
Narraban, con sus rústicos amores,
Dulces consejas cuando el sol moría.

Los cuadros de la Comisión Corográfica que se levantaron por Manuel Ancízar y José Jerónimo Triana se dotaban aquí de música, de luminosidad y, a la vez, de melancolía. Razón tenía Rafael Maya cuando critica el exceso de paisaje en la obra de estos poetas. En los cantos al paisaje del valle del Cauca y su natal Guadalajara de Buga el poeta nos acerca a los recuerdos de su niñez: las calles, la vida campesina, etc. En el anterior poema hay una reminiscencia del labriego, de la roza, el letargo de la monotonía, sencillos moradores que veían cómo los cambios que se operaban en el sistema agrario colombiano desaparecían costumbres que había que “*conservar*”.

Hispano nos pasea por el valle de su infancia, por Cerrito y Guacarí, por la vejez y los campesinos de su pueblo y, en especial por un terruño perdido que, para la fecha que escribe el poema, había cambiado sustancialmente, o empezaba a cambiar. Pero volvamos al paisaje en uno de los poemas más acabados donde se refiere al valle geográfico con gran nostalgia, luego de volver a Buga en el año 1907:

REGRESO AL VALLE¹²⁰

Vuelvo a ver mi antigua casa
y mi *Valle* y mi ciudad,
y el río que hablando pasa
cerca del huerto natal.
Recuerdo viejos amores -
y alegrías y ternezas;

¹²⁰ *El Liberal Ilustrado*, Vol. 6, No. 1.731-11, Bogotá, 1916. pp. 173-174.

lleno está el huerto de flores,
mi corazón de tristezas.

*Cuán presto se va el placer
cómo después, acordado,
da dolor,
cómo a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.*

De las grietas del ciruelo
mana fragante resina,
sube hacia el diáfano cielo
el humo de la cocina;
en tanto que en el madroño
y entre las tostadas parras,
sin un sarmiento en retoño,
cantan de sed las chicharras;
las chicharras, compañeras
del labrador, precursoras
de las cosechas primeras
y de las rústicas horas;
ellas que en sus toscas gamas
el verano nos predicen,
y, al pasar bajo sus ramas,
con sus aguas nos bendicen;
las chicharras! Yo las quiero
con el más dulce querer,
-ellas, desde el limonero,
me hablan de un rosado ayer:
cuando en noches de San Juan,
allá en la loca niñez,
cantaba yo este cantar:
*Mama luna, dáme pan
que me voy a Santa Fe,*
y entre la rueda infantil
cruzaba el gato ladrón,
o dialogaba sutil
la borriquita mayor.

*Cuán pronto se va el placer.
cómo después, acordado,
da dolor*

Por aquel tiempo, recuerdo,
un pájaro sabio había
huésped de la vecindad,
que sin cesar repetía
esta canción singular:
Dios te dé, te dé, te dé;
y era un pájaro tan cuerdo
que ya fuera pobre o rico
quien pasara cerca de él,
abriendo su largo pico
cortésmente le decía:
Dios te dé, te dé, te dé.
Todos pasaban sin ver
a prójimo tan cabal,
que desde el amanecer
no cesaba en su cantar,
y sólo algún desdichado,
al oír frase tan cruel,
al pajarraco inspirado
alzaba su hosco mirar
y un torvo gesto de hiel
desarrugaba su faz;
o alguna vieja sin sal,
apolillada y trivial,
que al regresar de la misa,
con impertinente risa
y dejó chillón y amargo,
preguntaba al *Diostedé:*
Con ese pico tan largo,
cómo canta su mercé?

*Cuán presto se va el placer,
cómo después, acordado,
da dolor!*

Y nunca podré olvidar,
de esas horas encantadas,
las alegres madrugadas
en que con tanto fervor
mi abuela daba en rezar
las hermosas *Letanías*,
o el *Trisagio* que Isaías
escribió con grande celo

y oyó cantar en el cielo
 a angélicas jerarquías,
 mientras despertando al son,
 y con acentos afines,
 contestábamos al canto:
 Ángeles y serafines
 dicen santo, santo, santo.

*Cuán presto se va el placer,
 cómo después, acordado,
 da dolor!*

Ni las dulces nochebuenas,
 inocentes y verbenas,
 cuando, a la luna de plata,
 así, triste, se dolía
 cadenciosa serenata
 al pie de la celosía
 de alguna adorada ingrata:
*Clavetito colorado
 de la mata te cogí,
 la mata quedó llorando,
 como yo lloro Por ti.*
 Y con los trinos süaves
 de la guitarra y bandolas,
 alternaban voces graves
 como en coloquios a solas:
*Clavelito rosicler.
 perfumado con romero,
 cómo no te he de querer
 si fuiste mi amor primero.*

Vuelvo a ver mi antigua casa
 y mi Valle y mi ciudad,
 y el río que hablando pasa
 cerca del huerto natal.

Es importante retener en este poema una dimensión de la construcción de un paisaje igual para todo el valle geográfico, donde sólo cambiaban las circunstancias de ubicación de los pueblos en él, su historicidad, pero se compartía la misma geografía –un punto de unión–, el mismo sol. La ciudad a la que se refiere en el anterior poema podía ser cualquiera, desde Cali hasta Palmira o Cartago. En este sentido la construcción de un *ethos* del paisaje

servía para dar un sentido de homogeneidad a un territorio. Si por un lado el paisaje igualaba, por el otro compartían la historia y la economía.¹²¹ No podía faltar en sus poemas una oda a la casa, el espacio común a todos los hombres, los paseos, la comida y las doñas del pueblo:

LA CASA NATAL¹²²

En Buga, cerca al río, cuyas brisas
Serenas deshojaban los rosales
En tibias noches de infantiles risas,
Mi casa está, bajo árboles frutales.

¡Cuán viva la recuerdo: El patio, el huerto,
La palmera más alta del poblado;
Todo ahora estará ya mustio o muerto!
El mamey, los, madroños, el granado;

La toma que bajaba de *El Molino*
Entre lobos, tamarindos y ciruelos,
y a nuestra huerta entraba en cristalino
Arroyo, bifurcado en arroyuelos.

Que regaban la rosa y hortalizas,
O, raudos, al correr bajo los limos
E higueras, aporcadas con cenizas,
Mecían, retozantes, los racimos.

Las tapias del jardín, tapias de piedra
Que daban a la calle, florecidas
De bellísimas antes, hoy de hiedra
Cubiertas estarán y derruidas;

Triste el zaguán, donde ágiles corvetas
Hacía, al ensillarlo, el *castañito*,
En días de paseo a *Zabaletas*,
Sonso, *Las Playas*, Guacarí, El Cerrito.

¹²¹ Al respecto ver: GUERRA DE AVELLANEDA, Grisel, “Ifigenia: la casa encerrada de una sociedad pacata. Reconfiguración social de la Venezuela de comienzos del siglo XX en los espacios de la novela de Teresa de la Parra”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, 2009 [En línea], Puesto en línea el 27 mayo 2009. Url: <<http://nuevomundo.revues.org/56138>> Consultado el 07 abril 2010.

¹²² *El Liberal Ilustrado*. Vol. 6, No. 1.683, Bogotá, 1916. p. 76.

Y tú, frondoso cidro, cuyas ramas
De todo el pueblo oyeron las lisonjas:
Di, ¿la casa natal hoy embalsamas?
¿Aún bañas en las aguas las toronjas?

Por recoger las frutas que caían,
Yo madrugaba, a veces, con la aurora,
Un coco, un mango, un caimo, siempre hacía
Ladrar el perro fiel de *ña Isidora*.

En otro predio rústico vecino
Mataban los domingos un carnero
Cebón, o chamuscaban un cochino,
Y de chuparse el dedo era el puchero;

Empanadas, los sábados, y raros
Jueves, con mucho aliño de las éras;
¡Cómo me saboreo al recordaros
Tamales, sin rival, de las *Riveras*!

La Paz. *prima Prudencia*, misiá *Anita*,
Nombres que merecieron tantas loas
Del vecindario, humilde capillita
Do invitaban a orar *las Figueroas*.

Isabel. Margarita, Flora, Elisa,
A todas las recuerda mi cariño,
Con su risueño delantal de frisa,
Y sus faldas de olán, y su corpiño.

Nombres de la niñez que no ha podido
Borrar la ausencia, el tiempo, la distancia:
Nombres que siempre tornan del olvido
¡Con su viejo candor y su fragancia!

Por eso, mientras viva, dulce casa
Que los guardas, a ti irá mi reclamo;
Tu vejez, y hasta el liquen que te arrasa,
Sólo un amo tendrán: itu antiguo amo!

Y cuando ya no exista, tu ruina
Al pasante dirá, con voz secreta:

En otro tiempo aquí se alzó, vecina
De este río, la casa de un poeta.

Dentro del discurso conservador y de la mayoría de la literatura latinoamericana de la época la casa fue un recurso muy usado para retratar las escenas de la vida en el área rural. La casa podía ser cuna de la deshonra, de la familia patriarcal, del incesto, pero, en general podía ser como la *pinta* Cornelio Hispano, morada de sociabilidad, de contacto con la naturaleza y eje central de la vivencia de los hombres y de la melancolía, como lo vemos en el siguiente poema:

LA CASITA ABANDONADA¹²³

Hay a la vera agreste de la senda,
Cuyo césped jamás viajero viola
Sin árbol que su grata sombra extienda,
Una casita derruida y sola.

En otro tiempo allí, a la madrugada,
Ladraban al viandante perros bravos,
Y era albergue, su patio y enramada,
De pintadas gallinas y pavos.

Frescos naranjos, verdes limoneros
Daban a la heredad frutos opimos,
Y entre arroyos corrientes y parleros
Bañábanse, flotantes, los racimos.
Aún cuelga de la puerta ennegrecida,
Con resplandor de oro, sacra rama;
Quedan flores aún, más no convida
A descansar allí la muelle grama.
Sólo un triste aldeano, por la tarde,
Detiene el paso y la casita mira,
Y, al ver que el fuego del hogar no arde,
Vierte una ardiente lágrima, y suspira.

Pero, junto a la casa también se encontraba la escuela, centro de adoctrinamiento, de modernización y de sociabilidad:

¹²³ *El Liberal Ilustrado*, Vol. 6, No. 1.840-24, Bogotá, 1916. p. 383.

LA ESCUELA¹²⁴

Entonces, vecina de guadual sombrero.
 Muy cerca del río, se alzaba *La Ermita*.
 Donde el campesino pueblo al *Milagroso*,
 Ferviente, alumbraba con cera bendita.

La escuela de niños quedaba en la esquina,
 En senda trillada por las aguadoras;
 Eran las maestras dos buenas señoras,
 Regañonas, sordas y muy rezanderas,
 De faldón morado, chaqueta, esclavina,
 Y caja de polvo en las faltriqueras.

Las acompañaba un perro, una gata,
 Un loro parlero que pedía cacao,
 Y una *timaneia*, rolliza mulata,
 Que cantaba coplas de pipiripao.

Todos los domingos recibían visita
 Del cura del pueblo, el *Padre Donato*,
 Viejito encorvado, rubicundo y chato,
 Y, ya por la tarde, se iban a *La Ermita*.

También otro antiguo sacristán de Buga,
 Cuya cara era una sola arruga,
 Y, no obstante, fresca como una lechuga,
 Iba en la semana, una vez o dos.
 Con ruana, chambergo y estudiada tos,
 A pedir limosna para el niño Dios.

Estos contertulios hablaban de santos,
 Cuya vida y obras eran su prurito,
 De la *mula herrada*, de brujas y encantos.
 Y del pavoroso *Farol de San Vito*.

En la sala había, con un calendario,
 Un globo terrestre y un abecedario;
 Un viejo pesebre, con su asno y su buey,
 Sus magos, pastores y cándida grey:

¹²⁴ *El Liberal Ilustrado*, Vol. 6, No. 1.761-15, Bogotá, 1916. pp. 238-239.

Sobre las cornisas, piadosos retablos,
Calvos San Antonios y graves San Pablos,
Y contra los muros, pesadas y cojas,
Tres sillas de Córdoba, dos escaparates
Con loza vidriada, bandejas y matas,
Y en redor del toscó tinajero, entre hojas
De aliso, badeas, piñas y aguacates.

Luego, el claro patio, la huerta, el pensil.
Donde, entre las blancas rosas de Castilla,
Flotaba el perfume de la manzanilla,
Mejorana, orégano, ruda y perejil,
De la yerbabuena, malva y toronjil.

A las seis en punto se servía la cena,
Que estaba guardada bajo la alacena:
Chocolate, queso, dulce y agua clara
Y fresca del río de Guadalajara.

Las guerras civiles obligan a las sociabilidades que, como señalaba Luciano Rivera y Garrido, compartían los pueblos desde Popayán hasta Cartago, hacia el norte. Así, para concluir, Cornelio Hispano desde Bogotá y Europa ayudó a la construcción de un sentido de pertenencia a los pueblos del valle geográfico del río Cauca, sentido que iba acorde con la cimentación de la arquitectura de la comunidad imaginada del Valle del Cauca.¹²⁵ La poesía tuvo un público generalizado en las ciudades del Valle del Cauca en la primera mitad del siglo XX, en Cali, Palmira y Buga nacieron tertulias, periódicos y se publicaron libros de poesía y literatura donde la esencialización del paisaje fue el nervio central de la construcción de la regionalidad, del ser valluno.¹²⁶

¹²⁵ TAMAYO ORTIZ, Dora Helena y BOTERO RESTREPO, Hernán (Comp.) *Inicios de una literatura regional: la narrativa antioqueña de la segunda mitad del siglo XIX (1855-1899)*. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2005.

¹²⁶ Los funcionarios de la gobernación del Valle del Cauca también leían los poemas de Cornelio Hispano. Al respecto ver: MOLINA GARCÉS, Ciro. "Cornelio Hispano". *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, Vol. 81, No. 87, Bogotá, agosto, 1913. pp. 424-434. VALENCIA, Guillermo. "Soneto: Inédito a Cornelio Hispano". *Revista de América*, Vol. 7, No. 20, Bogotá, Agosto de 1946. p. 176.

**ENTRE ESENCIALISMO Y MODERNIDAD.
LA OBRA DE ALBERTO CARVAJAL BORRERO**

Alberto Carvajal nació en la ciudad de Cali en el año 1882 y murió en 1946. Su padre fue el empresario caucano Manuel Carvajal Valencia (había viajado por el Caquetá y el Amazonas explotando quina) que se radicó en 1879 en Cali y allí se casó con la dama de esa ciudad Micaela Borrero. Tuvo cinco hermanos: Hernando, Manuel Antonio, Mario, Ana y Josefina. Heredó de su padre la pasión por las letras y una imprenta (comprada en 1904) desde donde dirigió tempranamente –junto con su padre– el periódico *El Día*. Tras la muerte de su padre en 1912, Alberto Carvajal lideró la imprenta y se movió en el sector educativo de la ciudad de Cali. Fue director de Instrucción Pública del departamento del Valle del Cauca, vicerrector del Colegio de Santa Librada, profesor de literatura e historia de la escuela Normal de Cali y prolífico poeta.¹²⁷

Paralelo a sus actividades comerciales (atención de Carvajal & Cía. a partir de 1906), este personaje fue uno de los actores literarios más importantes en el Valle del Cauca entre 1900 y 1945. Específicamente, Carvajal jugó un papel más que importante en la esencialización del paisaje del Valle del Cauca.

Esta *esencialización* del paisaje se percibe en los títulos de su obra *Día de Sol*.¹²⁸ Por ejemplo, en *Los Viejos*, dice:

He recorrido lentamente, con nostálgico paso, las sendas floridas de la infancia y los indecisos amaneceres de la adolescencia que no vi –como es el común decir– teñidos con el rosa inviolado de los ensueños luminosos.¹²⁹

Aquí vemos que la infancia se vuelve “*florida*”, mientras que la adolescencia está plagada de “*amaneceres*”, los ensueños son “*luminosos*” y color “*rosa*”.

Pero también –dentro de ese ambiente esencializado del paisaje– se palpan los cambios pues la

(...) antigua caserona ha desaparecido con sus grandes ventanas de tejidos arcaicos de una factura maravillosa que en vano han querido resucitar las gentes de hogaño, y a la vida sencilla y cordial de esa época ha sucedido

¹²⁷ CASTRO C., Beatriz. “Familia Carvajal”. En: Biblioteca Virtual del Banco de la República. Url: <<http://www.lablaa.org/blaavirtual/biografias/carvfami.htm>>

¹²⁸ Cuento donde participa Jorge. El sol es el principal actor.

¹²⁹ Recuerda sus primeros zapatos fabricados por un “viejo zapatero”. Recuerdos de la guerra donde participaban los Carvajal. Vio a su abuela y a un viejo que se había vuelto ermitaño. CARVAJAL, Alberto, *Tierra de sol y de ensueño*. Edit. Norma, Cali, 1965 (Edición aumentada), pp. 61-62.

otra vida de la que van apoderándose las complicaciones y refinamientos del moderno vivir.¹³⁰

Por ejemplo en *El Correo del Valle*, tuvo espacio para recordar a su “*Valle floreciente*”, a sus “*selvas y a mis pampas caldeadas por los francos soles del trópico, y, como un poeta muy querido que es uno de los más dulces poetas de mi tierra,*

Vuelvo a ver mi antigua casa
Y mi valle y mi ciudad
Y el río que hablando pasa
Cerca del huerto natal.”¹³¹

En Alberto Carvajal –al igual que en Rivera Garrido– encontramos el mundo de la literatura cercano, merodeando con ellos desde la niñez. Cali, para comienzos del siglo XX, era una ciudad que a pesar de lo pacata se modernizaba también en su vida cultural. Modernización de la cual Carvajal fue actor principal. Así, recuerda el movimiento literario que se originó a sus escasos 25 años en Cali y que trajo vientos de renovación a la poesía y la literatura local y acercó a los jóvenes a la literatura “*hispanoamericana*”.

De entre esos camaradas se destaca un grupo que formó hacia la primera década del siglo, un núcleo rumoroso y ferviente, con el cálido fervor de la alboreante juventud, alrededor de una pequeña revista que dejó honda huella en el alma vallecaucana y que, por su orientación cultural y por la calidad de algunos de sus redactores, tuvo una simpática acogida en la nación y aun más allá de las lindes de la patria.¹³²

Esta revista circulaba semanalmente y en ella aparecían la prosa y los versos “*primigenios de una generación literaria que no ha sido reemplazada por las posteriores generaciones del Valle*” y los llevó a ser “*reconocidos en toda la nación*”.¹³³ Recuerda que en esa revista él leyó el “*Nocturno*” de José Asunción Silva, la “*Sinfonía en gris mayor*”, de Rubén Darío, “*Los Camellos*”, de Valencia. También allí conoció textos de Gutiérrez Nájera, Leopoldo Lugones, José Santos Chocano, Julián del Casal y Amado Nervo.¹³⁴ Publicaron, así mismo, textos de Jorge Isaacs; lograron una “*vulgarización literaria*” y ganaron lectores, entre los que se encontraban “*mu-*

¹³⁰ *Ibíd.*, p. 64.

¹³¹ *Ibíd.*, p. 71.

¹³² *Ibíd.*, pp. 72-73.

¹³³ *Ibíd.*, p. 73.

¹³⁴ *Ibíd.*

chachas” de la ciudad que eran sus “*asiduas lectoras*”.¹³⁵ Esta revista fue, igualmente, una de sus primeras decepciones editoriales: desapareció en la primera década del siglo, a pesar del extraordinario desarrollo material que empezaban a experimentar Cali y el Valle del Cauca.¹³⁶

Alberto Carvajal evocaba su pasado en el mejor estilo costumbrista. En “*El Pueblo*”, deja a un lado la esencialización del paisaje pueblerino y arremete contra esa vida monótona de las villas de su tierra (posiblemente hay una diatriba velada a su Cali de antaño) en clara oposición a la vida en las ciudades. Es aquí donde ofrece una crítica sociológica de ese mundo que empieza a desaparecer con la modernización económica que vive el valle del Cauca:

Vosotros sabéis los que es la vida del pueblo. ¿Quién no ha vivido alguna vez en un pueblo? Una vida monótona, regular, sin alteraciones apreciables; más intensa si queréis que la de las ciudades, más ensoñadora, pero sin estimulantes para la imaginación y el sentimiento. Un mismo despertar todos los días, y un continuo codearse con las mismas gentes que, si es verdad que son más ingenuas y más sencillas, no suscitarán en vosotros, con su conversación invariable, el cosquilleo de una nueva emoción, ni una idea que no sea la trasegada idea de todos los días. Allí todo llega tarde, y a todo se da una importancia inusitada.

A pesar de lo anterior, reconocía que él había vivido

(...) en un pueblo de la montaña sin más horizonte que unos cerros grises y desnudos. Es un pueblo grande que se tiende al pie de un páramo sombrío, donde hasta el sol parece asomar tardíamente. Sin embargo, su vida cordial ha producido en mi espíritu su efecto, y he gozado, en la ausencia del vivir ciudadano, un placer casi desconocido para mí.¹³⁷

De esa vida de los pueblos, “*resignada*”, apática a la civilización, se sentía heredero. Herencia a la que hacía publicidad en sus poemas y relatos. Consciente de las transformaciones que vivía su pueblo –Cali–, intentaba en el relato dejar consignadas las imágenes de un pasado que desaparecía con la modernización de la ciudad. Ese pueblo está habitado por campesinos, “*aldeanos*”, que llevaban “*leña*” a sus hogares y donde las mujeres amasaban el trigo, tejían y sobre los que especulaba vivían “*felices*” por no tener vicios urbanos, modernos:

¹³⁵ *Ibíd.*, p. 75.

¹³⁶ *Ibíd.*, p. 76.

¹³⁷ *Ibídem.*

No saben del amor al oro, el dios de las grandes urbes, que ellos no han visto sino en el rubio ondear de los trigales maduros y, en los días festivos, en el cáliz que eleva el sacerdote y en las molduras y adornos del altar. No saben del amor al lujo, del cosquilleante crujir de la seda y los cambiantes tentadores de las piedras preciosas.¹³⁸

Trazos de una vida simple: del campo a la iglesia. De la chacra a los días de mercado. Un pueblo que duerme en las tardes su modorra y desasosiego:

(...) vuelvo la imaginación a ese pueblo de techos rojizos y vida sosegada y tranquila si las hay. Entro en su ancha plaza soleada por instantes, de ordinaria sombría, donde bate sus alas la pesadez de una somnolencia abrumadora.¹³⁹

Ese pueblo donde trasegó su niñez. Donde vivió los calores del verano y que le traía recuerdos de los “*días tristes, y en las mañanas alegres de verano*”, y en el “*lento transcurso de las horas*” bajo un “*cielo siempre igual, sin más horizonte que unos cerros grises y desnudos*”.¹⁴⁰ Pero ese pueblo también estaba habitado por mujeres. Es decir por “Las Muchachas” tristes que “*guardan fidelidad a su novio*”. Aquellas que leían la *María* y cantaban “cantos tristes” a la luz de los atardeceres, “*acompañadas de una vieja guitarra*” y dejaban “*volar blancos ensueños a la luz amelancolizada del astro de la noche*”.¹⁴¹ “*Blancos ensueños*”, “*luz amelancolizada*”, tropos con los que Carvajal esencializaba el paisaje local a través de una prosa que se decía moderna, pero sólo en el gesto y más bien era una expresión tardía del romanticismo, de una ciudad donde la modernidad llegaba, como todas las cosas, tarde.

Pero esa tristeza no podía ocultar la realidad del pastiche de la obra de Alberto Carvajal. Esas muchachas de pueblo eran también felices. Iban al río todas las tardes y los domingos oían la retreta y llenaban “*los andenes alegres, joviales, bulliciosas*”; socializaban, se contaban “*unas a otras la crónica del pueblo, la comentan, se agitan nerviosamente y ríen con risa franca y sonora*”.¹⁴² El ambiente conventual que quería darle a la ciudad se opacaba con estos cuadros. Cali no era Popayán. Por ello esas tristes muchachas se transformaban en:

¹³⁸ *Ibíd.*, p. 80.

¹³⁹ *Ibíd.*, p. 82.

¹⁴⁰ *Ibíd.*

¹⁴¹ *Ibíd.*, p. 84.

¹⁴² *Ibíd.*, p. 85.

(...) muchachas graves, alegres, vivarachas; las hay también habladoras y discretas; unas visten modestamente y otras aman los elegantes atavíos de las ciudades; pero todas son sencillas, piadosas, buenas. Cuando no las envuelven las místicas visiones de una religiosidad mal entendida, hacen excelentes esposas. Por lo demás se llaman sencillamente como todas: María, Pepita, Lola, Soledad.¹⁴³

En sus "*Meditaciones de Provincia*" Alberto Carvajal parece llevar al máximo del paroxismo el tema del silencio y los recuerdos de la niñez en sus textos, sobre todo el primer beso que recibió de niño. ¿Cursilería?, ¿arrollo?, cualquiera que fuera la razón que lo llevó a escribir "*Hojas Lejanas*", donde recuerda a Loló –la niña que le dio el beso– bajo una figura literaria que lo acerca al romanticismo. Un romanticismo cercano a la *María* y, sobre todo, al poeta conservador que sólo aceptaba elementos de la modernidad que convenían a su visión de ruptura de las relaciones sociales que se operan en la Cali de la primera mitad de siglo. Erotismo de villeta que quedó plasmado en la siguiente frase que recordaba esa noche, junto a unas ancianas, cuando en

(...) un instante contemplé su boca diminuta y divina, los labios de donde emanaba, como un milagro, la armonía de esa sonrisa enigmática y arrebatadora como no he visto otra, e inclinándome todavía más eternicé ese momento con un beso.¹⁴⁴

Pero, igual, antes del beso, Alberto no perdió la oportunidad de esencializar la escena haciendo una pausa y, relatar primero, que recordaba a Loló –le llegó una esquila de invitación a su matrimonio– y esta le traía "*aromas de mi infancia feliz, de mi Valle luminoso y fecundo, de nuestra casita de campo, dormida a la sombra de madroños y palmeras a la orilla del río*".¹⁴⁵ Esta nostalgia tampoco estuvo ausente en las crónicas "*Bajo otros cielos*" y "*Nochebuena*". En la primera el espacio es anodino y pareciera transcurrir la historia en Europa, mientras que en la segunda vuelve a la nostalgia de una noche de navidad en Cali: "*No sé por qué temo tanto al silencio. Me habla de cosas tan tristes en un lenguaje intraducible y únicamente suyo*".¹⁴⁶

Más adelante, en *Ídolos Rotos*, se acerca al drama de una dama –su amiga– que se casa con un hombre al que no ama. Adela es el tipo de crónica que recurre al incomprensido drama de una mujer que debe casarse por las convenciones sociales. Relato frustrado y trillado en la literatura latinoamericana.

¹⁴³ *Ibíd.*, p. 86.

¹⁴⁴ *Ibíd.*, p. 104.

¹⁴⁵ *Ibíd.*, p. 101.

¹⁴⁶ *Ibíd.*, p. 98.

mericana de folletín. Drama frustrado y de poca calidad literaria donde el romanticismo se confunde nuevamente con los chismes de la ciudad de Cali y, sobre todo, con el dilema de la mujer en sociedades cerradas y conservadoras como era la caleña de la primera mitad del siglo xx. Convenciones culturales que denotan el rol de la mujer en una sociedad patriarcal –denuncia de Alberto Carvajal– y, posible crítica a una clase social de la cual se era parte.

Para Alberto Carvajal ese valle –“*tierra de Jorge Isaacs y María*”¹⁴⁷ ya había dado unos pasos hacia la construcción de un *pathos* del paisaje en la obra de Cornelio Hispano,¹⁴⁸ Carlos Villafañe,¹⁴⁹ Isaías Gamboa, Jorge Rivas y, por supuesto, Jorge Isaacs. Veamos algo de la “*herencia poética*” que resalta, por ejemplo, de Carlos Villafañe:

Patio lleno de flores que engalana
 Con su fresco verdor la platanera,
 Tú has visto, al despuntar de la mañana,
 ¡Cómo la hornilla del trapiche ufana
 El campo con el rojo de su hoguera!

Callejón polvoroso; grata senda
 Por donde ya en la paz del sol extinto,
 Retorna el jornalero a su vivienda
 El leño al hombro y el machete al cinto

Playas del Cauca; deleznable orilla
 Que del agua los ímpetus se llevan;
 Playas donde doblando la rodilla,
 Bajo el calor ecuatorial, abreven
 El potro arisco y la gentil novilla.

Iglesita vetusta donde antaño
 Oía los domingos, mi alma pura,
 La palabra piadosa con que el cura
 Del pueblo, apacienta su rebaño¹⁵⁰

¹⁴⁷ *Ibíd.*, p. 122.

¹⁴⁸ De Cornelio Hispano, ese escritor de “Estrofas marmóreas” dijo: “*llevó en el alma el reflejo armonioso de las selvas del Cauca, el aroma vivificante de su Valle ideal, que rimó tan deliciosamente...*”. *Ibíd.*, p. 141.

¹⁴⁹ Vivió en Bogotá y gustaba “*del género descriptivo; la pintura de estos paisajes incomparables, que todos los que nacimos bajo el sol del Valle llevamos, como un tatuaje eterno, sobre el alma*”. *Ibíd.*, p. 148.

¹⁵⁰ “*Poemas emotivos y dulces*”. *Ibíd.*, p. 152

El patio, el sol, las callejuelas, el trapiche, la platanera, los jornaleros, el río Cauca, los potros y el ganado vacuno, la iglesia, el cura y, por último, el pueblo, caben en un poema que da cuenta del paisaje del valle del río Cauca, sus pueblos anclados a orillas de ríos y quebradas. Hoy deberíamos preguntarnos cuánto hay de Villafañe en la obra de, por ejemplo, Aurelio Arturo. Cuando ya el paisaje logra convertirse en un poema como “*Morada al sur*”.

Mientras que de Jorge Rivas, “*uno de los más notables valores líricos que ha producido el valle*”, quien había publicado poemas –cantos al paisaje, los llamaba Alberto Carvajal–: “*Los Toros*”, “*A unas manos*”, “*El Titiribí*”.¹⁵¹

LA TARDE EN LA LABRANZA

El sol tiñe los montes, y de los cafetales
La brisa trae, a veces los aromas perdidos,
Ensayan las cuncunas sus trémulos silbidos
Y un olor a majada viene de los corrales.

Hay rumor de caricias en los secos maizales,
Y, al sacudir el viento los mangos florecidos,
Despiertan asustados los conejos dormidos
Y corren las perdices entre los matorrales

Otro poema es:

PAISAJE BREVE

Observa el sacrificio de la tarde tranquila
Que se inmola en silencio sobre su altar divino;
Bríndale de tus labios unas gotas de vino,
Ofréndale unas lágrimas de tu negra pupila.

Cada cosa es el alma del paisaje que muere,
Cada voz de la flauta parece que refiere
El enigma doliente de un trágico martirio;

Mientras deja la tarde, como mística huella,
En el cielo la frágil sonrisa de una estrella
Y en el alma el desmayo sentimental de un lirio.¹⁵²

¹⁵¹ *Ibíd.*, p. 155.

¹⁵² *Ibíd.*, p. 160.

El sol, el río Cauca, las labranzas de los campesinos, el café, “*la sonrisa de una estrella*”. He ahí la herencia que recibió Carvajal de Jorge Rivas –nacido en Roldanillo–.

Alberto Carvajal –que se decía moderno– tuvo tiempo para defender a los anteriores poetas –y defender su herencia– de un supuesto ataque de Rafael Maya. Este, en un escrito publicado en el diario *El Tiempo* había dicho, refiriéndose a los poemas de Pombo, José Eusebio Caro, Arboleda, Silva y Valencia, que “*La relación que existe entre esos pocos nombres que le he citado –para no citarlos a todos– y su pueblo es, puramente geográfica, pero no intelectual*”.¹⁵³ La respuesta de Alberto Carvajal fue inmediata y nos permite acercarnos a su idea de paisaje, costumbrismo y modernismo. Así, Carvajal defiende la idea de narrar lo local ya que,

Si tenemos en cuenta que nuestro medio es un medio europeo, por haber sido poblada la América meridional en su mayor parte por españoles, nuestra literatura tendría que ser necesariamente europea. Pero el transcurso de los siglos, el contacto con otras razas, los cambios de hábitos y vida impuestos por el clima, la diferencia de zona y de paisaje, trajeron naturalmente modificaciones que han hecho de nuestras costumbres y conceptos del vivir algo distinto, si no en lo sustancial, por lo menos en la forma, de lo que el temperamento y españoles son, merced al ambiente de la cultura europea. De allí que nuestros poetas, si quieren ser los intérpretes del sentir de su pueblo, sin dejar de ser universales, tienen que diferenciarse igualmente de los poetas de otras zonas y otros pueblos...¹⁵⁴

Carvajal sabía de qué hablaba. Defendía lo terrígeno como una forma de mostrar las diferencias que ya, para la época, se habían dado en la América Hispana. Pombo, según él, hacía poesía “*terrigena*” e indagaba

(...) por los asuntos, por los sentimientos y hasta por las imágenes, representa y mucho, como expresión de un modo nacional que puede estar en formación, pero que es un ambiente que ya tiene bastantes diferencias con el ambiente europeo.¹⁵⁵

Diferencia entonces esa poesía de la europea y llama la atención sobre cómo esta es capaz de captar los elementos provincianos y definir la nacionalidad, un “*modo nacional*”. La nación se construía entonces con los diversos “*paisajes*” que los poetas levantaban a nivel regional. La nación se nutría de diferencias y no del unanimismo alrededor de Europa. Aquí hay algo

¹⁵³ “*La nacionalización de nuestra poesía*”, *Ibíd.*, pp. 213-219.

¹⁵⁴ *Ibíd.*, p. 214.

¹⁵⁵ *Ibíd.*, p. 216.

bastante peculiar en lo que señala Carvajal y que podría llevarnos a verlo como anti-moderno: la necesidad de conjugar lo local con lo nacional y resaltar las particularidades del paisaje americano, esa esencia que nutría a los primeros modernos en América. Por ello, reconocía que ellos –allí se incluía él– habían bebido de la obra de un moderno por excelencia: Rubén Darío.

La poesía debía reflejar el ambiente nacional, por ello considera que:

Vivir literariamente en Atenas, en Roma o en París, podrá ser muy sabio, muy elegante, pero es poco americano y poco patriótico. Personalmente puedo decir que mis insignificantes prosas y mis pobres versos siempre han versado sobre asuntos nacionales, se han inspirado en nuestros paisajes, nuestra historia, nuestras costumbres, la intimidad de nuestra vida; se han alimentado con la savia de la tierra propia.¹⁵⁶

Así, Alberto Carvajal se enmarca en esa tendencia latinoamericana que veía en los relatos costumbristas la posibilidad de afianzar la nacionalidad. El rol del poeta y del literato estaba en mostrar que Colombia, ese país conformado por islas geográficas y aparentemente aisladas –no creemos esto–, de unas diferencias étnicas fuertes, sólo podía transitar a la modernidad defendiendo la herencia española, los códigos y la cultura hispana. Debía –por supuesto– amarse la tierra y avanzar hacia la modernidad desde esta propuesta conservadora –recordemos que la izquierda latinoamericana también bebió de estas fuentes–.¹⁵⁷ Esto lo volvía a ratificar en un elogio a la obra *El Alférez Real*, de Eustaquio Rivera, libro que, consideraba, debía ser leído

(...) por todas las gentes a quienes vincule algún interés a esta tierra, para conocer sus tradiciones, para evocar su vida de antaño, para ahondar en el alma de sus gentes lejanas, o para comparar aquella sociedad patriarcal, con sus arrestos de vieja hidalguía española...¹⁵⁸

Por otro lado, defendía el rol de las elites locales en este papel. En su relato sobre “*Popayán*” consideraba que esta ciudad era

(...) invaluable reliquia, urna heroica de intactas tradiciones, ciudad sabia y fecunda, cuyos anales ostentan páginas de un brillo inmarcesible, matrona eximia cuyos pechos amamantaron gigantes, tierra sagrada...¹⁵⁹

¹⁵⁶ *Ibíd.*, p. 218. Escrito en 1944.

¹⁵⁷ SCHELLING, Vivian y ROWE, William. *Memoria y modernidad. Cultura popular en América Latina*, Grijalbo, México, 1994.

¹⁵⁸ CARVAJAL, Op. cit., p. 229.

¹⁵⁹ Este escrito se publicó en 1926. *Ibíd.*, pp. 231-235.

Esta apología a la herencia española daba cuenta del universo donde se movía el pensamiento de esta generación (Cornelio Hispano se apoyaba en estas estructuras líricas), de escritores que emergieron en el proceso de transformación de Cali en una ciudad moderna. Aquí se petrificaba el ambiente de Popayán en aras de dar cuentas de la diferencia que existía con respecto a la ciudad que emergía del proceso de modernización agrícola que se operó en la primera mitad del siglo XX en el valle geográfico. Las selvas y bosques fueron cambiadas por plantaciones de caña de azúcar y el pueblo merecedor de sus burlas transitaba raudo hacia la modernización. La cual, independiente de sus intenciones, traía cambios en la morfología étnica y en los gustos literarios. Lejos quedaban el “*Elogio del árbol*”, esos “*atardeceres vallecaucanos*” llenos de “*melancólica dulzura...*”. Las odas al Cauca, el río “*paternal que riega con sus aguas, fugaces y eternas, una de las regiones más bellas y fértiles de América...*”.¹⁶⁰

En su “*Elogio de la lengua y de la raza*” se dice deudor de Caro, heredero de la religión que trajeron los españoles y del idioma de Castilla.¹⁶¹ Igual que Luciano y Rivera, la modernidad debía pasar por los elementos locales del paisaje de lo terrígeno. Aunque leyera a Guy de Maupassant y a Alfonso Daudet, su literatura no podía moverse en los cuentos de “*Las hadas de Francia*”. Si en las primeras décadas del siglo la poesía terrígena y la esencialización del paisaje servían para construir la nación y la regionalidad, ahora esta tenía un nuevo rol, recordar el pasado para sostener los códigos de la herencia española basada en la religión y la lengua. Aquí, sabiendo su rol en este mundo moderno, Alberto Carvajal opta por la vía conservadora de la que se nutrieron muchos intelectuales latinoamericanos: la crítica a la modernización.¹⁶² Carvajal, al igual que otros, sale tras el tiempo perdido y añora a su Cali de “*los hogares de antaño*”, los que habían cedido “*el lugar a otros hogares*”, que quebraban la estructura de la familia patriarcal. Cali había pasado de ser un villorrio de veinte mil habitantes a comienzos de siglo, para llegar en 1940 a más de cien mil habitantes. La inmigración –desde obreros hasta comerciantes extranjeros– desplazaba el radio de acción de la elite que provenía de finales del siglo XIX y desalojaba de la memoria local los espacios de la memoria de esa pequeña elite:

La vieja casona de los abuelos está ocupada por gentes inferiores, de remotos países. El predio familiar no tiene ya el encanto de otros días. Su aprecio afectivo ya no existe.¹⁶³

¹⁶⁰ *Ibíd.*, pp. 241, 241-245.

¹⁶¹ *Ibíd.*, pp. 259, 247-261.

¹⁶² *Ibíd.*, p. 247.

¹⁶³ *Ibíd.*, p. 270. Escrito en 1934.

Ya era difícil acoplar la prosa al “mundo del ferrocarril, del automóvil y el avión”. Para Alberto Carvajal ese era su “mundo”.¹⁶⁴ A él, que se creía moderno, le tocaba ahora desplazar su prosa radicalmente a temas como la historia y la crónica local, el paisaje que cambiaba y las historias que afianzaran una identidad local a los pobladores de esa ciudad que escapaba de la coerción de escribir sobre el pasado, “*La virgen de Los Remedios*”,¹⁶⁵ La Loma de San Antonio, Sebastián de Belalcázar y los blasones locales, etc.

¹⁶⁴ *Ibíd.*

¹⁶⁵ “*Montañerita cimarrona*”. *Ibíd.*, p. 67.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

ANEXOS

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Anexo I.
No. de establecimientos tipográficos de grabado existentes
en el departamento del Valle del Cauca y que funcionaron
en el mes de mayo de 1923.¹⁶⁶

Nº	NOMBRE DEL ESTABLECIMIENTO	PROPIETARIO, ADMINISTRADOR O ENCARGADO	MUNICIPIOS
1	Tipografía Moderna	Palau Velásquez & Cía.	Cali
2	Imprenta Comercial	Carvajal & Cía	Cali
3	Imprenta Relator	Hernando Zawadsky & Cía	Cali
4	Tipografía Andina	Jorge Julio Cuadros	Cali
5	Imprenta del Pacífico	Venerable Orden Tercera	Cali
6	Imprenta de Ramón Hurtado	Ramón Hurtado	Cali
7	Imprenta de Manuel Sinisterra	Manuel Sinisterra	Cali
8	Tipografía Aurora	Carlos P. Chapman	Cali
9	Tipografía de la Escuela de Artes	Conferencia de San Vicente	Cali
10	Tipografía de la droguería de Jorge Garcés B.	Jorge Garcés B.	Cali
11	Imprenta "Luz del Valle"	Álvaro Lloreda	Cali
12	Tipografía Colombia	Sociedad Anónima	Buga
13	Empresa Tipográfica	Alfonso Figueroa R.	Buga
14	Tipografía Cauca	Enrique Recio	Buga
15	Imprenta El Faro	Manuel S. Caicedo	Buenaventura
16	Imprenta Popular	Luis Duarte L.	Palmira
17	Imprenta El Sol	José María Rivera E.	Palmira
18	Imprenta El Valle	Eduardo Ulloa	Palmira
19	Imprenta La Justicia	C.E. Cifuentes y A. Rosales	Palmira
20	Imprenta Colegio Público	Colegio Público de	Palmira
21	Imprenta Maya	Fernando Maya Nates	Palmira
22	Imprenta Ipiara	Lisímaco Rengifo	Roldanillo
23	Imprenta la Marsellesa	José María Rojas Ruiz	Tuluá
24	Imprenta el Quindío	Gral. José Antonio Pinto	Cartago
25	Tipografía Cauca	Antonio J. Mendoza	Cartago
26	Imprenta Durán Hnos.	Carlos N.D. Gamba Hnos.	Cartago
TALLERES DE FOTOGABADO			
1	Tipografía Moderna	Palau Velásquez & Cía.	Cali
2	Imprenta Durán Hnos.	Hernando <u>Zawadsky</u> & Cía.	Cali
LITOGRAFÍAS			
1	Imprenta Comercial	Carvajal & Cía.	Cali

¹⁶⁶ *Boletín de estadística*, Vol. II, No. 2, Cali, junio 15 de 1923. p. 114.

Anexo 2.
Publicaciones e imprentas en el departamento
del Valle del Cauca en 1925¹⁶⁷

Nº	TÍTULO DE LA PUBLICACIÓN	IMPRENTA	MUNICIPIO
1	Correo del Cauca	Tipografía Moderna	Cali
2	Relator	Imprenta El Relator	Cali
3	Mercurio	Imprenta Comercial	Cali
4	Ciencias y Letras	Imprenta de El Pacífico	Cali
5	Boletín de Estadística	Tipografía Andina	Cali
6	Alma Joven	Tipografía Aurora	Cali
7	El Valle (Gaceta Departamental)	Tipografía Moderna	Cali
8	El Comercio	Tipografía Andina	Cali
9	Gaceta Municipal	Imprenta Relator	Cali
10	La Justicia	Imprenta de El Pacífico	Cali
11	Anales de la Asamblea	Tipografía Moderna	Cali
12	El Cinematógrafo	-----	Cali
13	Boletín de Correos	Tipografía Moderna	Cali
14	El Lábaro	Tipografía Escuela de Artes	Cali
15	Cali Cómic	Imprenta Popular (Palmira)	Cali
16	Gente Alegre	Tipografía Moderna	Cali
17	Boletín Liberal	Tipografía Auroras	Cali
18	Helios	Imprenta Colombia	Buga
19	El Nuevo Diario	Empresa Tipográfica	Buga
20	La Voz del Pueblo	Imprenta Colombia	Buga
21	El Heraldo	Tipografía Cauca	Buga
22	El Grito del Pueblo	Imprenta Maya	Palmira
23	El Progreso	Tipografía Valle	Palmira
24	El Criterio	Imprenta El Águila	Palmira
25	Revista de Literatura y Variedades	Empresa Tipográfica de Buga	Tuluá
26	La Razón	Imprenta La Marsellesa	Tuluá
27	Ambiente Nuevo	Imprenta Nariño-Pereira	Cartago
28	La Voz de Cartago	Tipografía Pereira	Cartago
29	El Avisador	Tipografía Cauca	Cartago

¹⁶⁷ *Boletín estadístico*, Vol. IV. No. 4, Segunda Época, Cali, febrero de 1925. p. 24.

Anexo 3.
Poemas de Tomás Márquez, Eugenio de Castro,
Mario Carvajal y Alberto Carvajal

TOMÁS MÁRQUEZ

Versiones

UN SUEÑO

(GABRIELE D'ANNUNZIO)

Io non odo i mici pasi ...

Mi paso no se escucha en la avenida
muda por donde el sueño me va guiando
Hora de luz y calma. Como fluida
concha de perla vibra el cielo blando.

Inmóviles cipreses sus oscuras
sombras alzan y su callada fronda.
No hay más tristeza ni quietud más honda
en los cipreses de las sepulturas.

El país tiene un vago encantamiento
antiguo, una visión extraña, ruda,
casi informe, donde mi pensamiento
se pierde andando en la avenida muda.

MARIO CARVAJAL

EL MAR, LA NOCHE Y ELLA...

El Mar, la noche y Ella... El Mar distante;
Ella, en el Mar y en mi dolor, la Noche.

En la propicia soledad ausente,
Yo pienso que en el Mar sólo Ella existe
Y que en la Noche sólo
El ritmo fiel de mi dolor alienta....

El mar, la Noche y Ella... Arrodillado
ante el cósmico arcano de la Vida,
inquiero: ¿Ella es el mar o el Mar es Ella?
¿Vive en la noche mi dolor, o ocaso
en mi dolor se consternó la Noche?

Mar: refrena tus vientos y aprisiona
en tus últimos antros la borrasca
mientras surque tus hondas el incierto
bajel a cuyo sino confiaron
los dioses el tesoro de mis sueños...

Noche: aclara tu fondo ennegrecido
por mi dolor y viste
—ante mi ojos y los ojos de Ella—
tus litúrgicos velos estelares....

Y tú, navega en paz.... Por los caminos
del Mar, en el esquife del ensueño,
mi corazón te sigue, como en alas
del éxtasis, un místico
sigue el rumbo ideal de su plegaria....

Trémula, en el regazo de los Horas,
mi alma depone su ansiedad y busca
los senderos que van hacia la vida.

Los senderos se borran en los aguas
del Mar y en las tinieblas de la noche....

¡Mas lo meto en su espíritu perdural!

ALBERTO CARVAJAL

EL FUNDADOR

A Guillermo Valencia

*Beau comme un Qalaor etfler c2
me un Cesar ti marche en tété*

J. M. DE HEREDIA

Moyano, ¡oh gran Moyano! renuevo de leones
de augusta prez y músculos invencibles de acero
para domar la pampa llameante y el fiero
monte que se defiende con sus pétreos bastiones.

Con la mente preñada de mágicas visiones,
un corazón intrépido y el dominio certero
del conductor vidente, hallaste el derrotero
feliz con que decoras tus ínclitos blasones.

De la agresiva cumbre al pérfido océano,
Centroamérica, el Cauca, Perú, Ecuador la huella
sintieron y el desangre de tu incansable planta.

Y, al través de los siglos, el colmenar humano
que fijó como puntos luminosos tu estrella,
en acorde mirífico te glorifica y canta.

CORTÉS, PIZARRO Y BENALCÁZAR

Son los tres reyes magos de la conquista ibera;
dio a los tres su pujanza la recia Extremadura;
no era para sus almas vida inútil y oscura
y al azar se lanzaron de una ignota quimera.

Quemó Cortés sus naves en la azteca ribera;
el insigne porquero con la hoja segura
de su daga luciente probó su contextura
heroica en una raya inmortal. Pregonera

de futuras conquistas, la leyenda ilusoria
de un Dorado magnífico fue el toque de victoria
con que alentó a sus bravos el gran Conquistador

don Sebastián Moyano. Hoy no sabe la historia
si el del Perú, el de México o el del Cauca a la gloria
arreató, triunfante, más épico fulgor.

EL DORADO

Al R. P. Germán Fernández, S. J.

Leyenda milagrosa de la América; vago
fulgor de un sol remoto. ¿Dónde nació? ¿En la mente
caldeada por los rayos del trópico inclemente,
bajo el signo implacable del dolor y el estrago?

¿O en las aguas sagradas de un apacible lago
del altiplano andino, al que la indiana gente,
al ritual consagrado de su credo obediente,
ofrendaba rendida los tesoros de un mago?

Fantástica promesa, deslumbrante espejismo
vencedor del cansancio, del hambre y del abismo;
inquieta mariposa de joyantes colores

que encendió la codicia y avivó la esperanza
de la ilusión que nunca a realizar se alcanza:
tal fue el dorado mito de los conquistadores.

LA GAITANA

Prendió la llama trágica. Atónita, sombría
—¿verdad o sueño?— mira a su hijo la Gaitana
en la siniestra hoguera. Su súplica fue vana:
en canto de granito rompióse su porfía.

Era el terror. Don Pedro de Añasco sonreía,
domeñador y dueño de la comarca indiana...
Solo, cual lumbre insólita, velaba soberana
de la madre salvaje la bélica ardentía.

Soberbia subió al monte, vagó por las llanuras,
venganza clamó al cielo y a las selvas oscuras,
y el eco de su grito sonó como un clarín.

Las tribus perseguidas oyeron su reclamo,
y en ímpetu invencible cerraron contra el amo
que fue el despojo andante de un bárbaro festín.

POPAYÁN

¿Toledo? Sí, Toledo por tu imperial grandeza;
Brujas por tu elocuente quietud y tu decoro.
En tu silencio guardas un mágico tesoro
de valor y de ciencia, de virtud y belleza.

Vagando por tus calles si el ensoñar empieza
porque agotó la tarde sus manantiales de oro,
creyérase en la sombra escuchar un sonoro
encuentro de tizonas o algún coro que reza.

Pequeño es tu Recinto, mas cada muro calla
un episodio digno de heráldica medalla.
Y cuando se recorre tu fulgurante historia

todo el prodigio heroico de Colombia revive,
y apenas si la mente hechizada concibe
que tan estrechos límites encierren tanta gloria!

«LOS FARALLONES»

Solemne, silencioso, en épica postura
erige los picachos de su perfil triunfante,
que se hunden en las nubes, el monte vigilante,
en cuya cima un halo de majestad perdura.

Le tiende, al frente, el valle su plácida verdura;
agita, a sus espaldas, su oleaje el mar sonante,
y a sus pies, como garza soñolienta en sedante
reposo, Cali mira la ilímite llanura.

Lo envuelve en su capucha de nieblas la mañana;
mas cuando el sol sus rayos desde el cenit envía,
su desnudez impone, límpida y soberana.

Y al recoger sus gasas de oro la tarde umbría,
su cofre deslumbrante abre la noche ufana
y vuelca sobre el monte su rica pedrería.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

BIBLIOGRAFÍA

Antologías poéticas

Los poetas del amor divino. Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana. Publicaciones del Ministerio de Educación Nacional – Minerva. Bogotá, S. D.

Selección: Álvaro Bonilla Aragón. La poesía en el Valle del Cauca. Gobernación del Valle. Cali, 1949.

Selección: Rogelio Echavarría. Antología de la poesía colombiana. ¿Quién es quién en la poesía colombiana? Ministerio de Cultura y El Áncora. Bogotá, 1997.

Selección: Octavio Gamboa. La Poesía del Valle del Cauca. Instituto Colombiano de Cultura. Bogotá, 1980.

Selección: Lino Gil Jaramillo. El Valle del cántico. Gobernación del Valle. Cali, 1973.

Selección: Guillermo G. Martínez M. Antología. La Poesía en el Valle del Cauca. Imprenta Departamental. Cali, 1954.

Publicaciones periódicas contemporáneas

Boletín de estadística, Vol. II, No. 2, Cali, junio 15 de 1923. p. 114.

Boletín estadístico, Vol. IV. No. 4, Segunda Época, Cali, febrero de 1925. p. 24.

El Liberal Ilustrado, Bogotá, 1915-1916.

Despertar Vallecaucano, Revista, Santiago de Cali, Colombia, Octubre-Noviembre de 1992.

Revista Sábado.

Libros y artículos

- ANDERSON, Benedict. *Comunidades Imaginadas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- ARANGO FERRER, Javier. “El romanticismo en la América Hispana”. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, Biblioteca Luis Ángel Arango, No. 4, Vol. II. Bogotá. Mayo de 1959, pp. 203-208.
- ARBELÁEZ RAMOS, Ramiro. “El cine en el Valle del Cauca”. En: *Historia de la cultura en el Valle del Cauca en el siglo XX*. Proartes, Santiago de Cali, 1999.
- ARÉVALO, Guillermo Alberto. “La crítica: ¿“El nivel más bajo de la jerarquía literaria”?” *Revista Gaceta de Colcultura*, No. 38. Bogotá. Abril de 1997, pp. 40-43.
- ARRON, José Juan. “Esquema generacional de las letras hispanoamericanas (Ensayo de un Método), La Generación de 1864.” *Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Tomo XVII, No. 2. Bogotá. Mayo - Agosto de 1962, pp. 434 - 445.
- _____. “Esquema generacional de las letras hispanoamericanas (Ensayo de un Método) Continuación, La Generación de 1864 II”. *Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Tomo XVII, No. 3. Bogotá. Septiembre - Octubre de 1962, pp. 652 - 660.
- _____. “Esquema generacional de las letras hispanoamericanas (Ensayo de un Método) Continuación, La Generación de 1924.” *Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Tomo XVIII, No. 2. Bogotá. Mayo - Agosto de 1963, pp. 485 - 504.
- _____. “Esquema generacional de las letras hispanoamericanas (Ensayo de un Método) Continuación, La Generación de 1954”. *Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Tomo XVIII, No. 2. Bogotá. Septiembre - Diciembre de 1963, pp. 666 - 678.
- BAUDELAIRE, Charles. *El pintor de la vida moderna*, Áncora, Santafé de Bogotá, 1995.
- BÉGUIN, Albert. *El alma romántica y el sueño*, Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 1994.
- BONILLA ARAGÓN, Alfonso. “Poetas y prosistas del Valle”. *Revista El Valle en la Nación*, No. 164, Bogotá - Cali, Octubre de 1967, pp. 10-12.
- BUSTAMANTE, José Ignacio. *La poesía en Popayán*. Universidad del Cauca, Popayán, Colombia, 1954.
- CABRERA LÓPEZ, Patricia (Comp.). *Pensamiento, cultura y literatura en América Latina*. Plaza y Valdés, México, 2004.

- CARRANZA, Eduardo. "Carlos Villafañe". *Revista El Valle en la Nación*, No. 163, Bogotá- Cali, Septiembre de 1967, p. 8.
- CARVAJAL, Alberto. *Obra poética*, Carvajal & Cía. Ltda., Cali, Colombia, 1954. Santafé de Bogota D. C., 1994.
- _____. "Poesía de una edad feliz. Dos poetas de ayer: Ricardo Nieto y Cornelio Hispano". *Revista El Valle en la Nación*, No. 131, Bogotá - Cali, Octubre de 1964, pp. 14, 21-22.
- _____. *Tierra de sol y de ensueño*. Editorial Norma, Cali, 1965 (Edición Aumentada).
- CARVAJAL, Mario. "Posición de Carlos Villafañe en la poesía colombiana". *Revista El Valle en la Nación*, No. 189, Bogotá - Cali, Mayo de 1970, pp. 12- 14.
- _____. "Eje del universo. Apología de la voz". *Revista El Valle en la Nación*, No. 130, Bogotá - Cali, Septiembre de 1964, pp. 8 - 10.
- _____. "El Valle y sus poetas. De Jorge Isaacs a Antonio Llanos o el influjo del medio natural en la poesía del Valle del Cauca". *Revista El Valle en la Nación*, No. 112, Bogotá - Cali, marzo de 1963, p. 11.
- _____. "Signo y esquema de la poesía colombiana". *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, Biblioteca Luis Ángel Arango, No. 4, Vol. IX. Bogotá. 1966. pp. 632 - 639.
- CASTILLO MUÑOZ, Juan. "Música e imagen en la poesía de José María Vivas Balcázar". *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, Biblioteca Luis Ángel Arango, No. 3, Vol. XVI. Bogotá. 1979. pp. 181 - 185.
- CASTILLO RADA, Maximiliano. "Cornelio Hispano, intérprete del sentimiento vallecaucano". *Revista el Valle en la Nación*, No. 124, Bogotá - Cali, marzo de 1964, pp. 18 - 21.
- _____. "El paisaje en la obra de Carlos Villafañe". *Revista el Valle en la Nación*, No. 120-121, Bogotá - Cali. Noviembre y diciembre de 1963, pp. 20 - 21.
- CASTRO C., Beatriz. "Familia Carvajal". En: *Biblioteca Virtual del Banco de la República*. Url: <<http://www.lablaa.org/blaavirtual/biografias/carvfami.htm>>
- COLMENARES, Germán. "La nación y la historia regional en los países andinos, 1870-1930". En: *Varia, Selección de textos*. Colciencias/Univalle/Tercer Mundo, Bogotá, 1998.
- CRUZ KRONFLY, Fernando. *La tierra que atardece, ensayos sobre la modernidad y la contemporaneidad*. Planeta, Santafé de Bogotá, 1998.
- DEAS, Malcolm. *Miguel Antonio Caro y amigos: Gramática y poder en Colombia*. Tercer Mundo, Bogotá, 1996.
- Despertar Vallecaucano*, Revista, Cali, Colombia, Octubre-Noviembre de 1992.

- ESPAÑA, Paco. “Cara y sello de Gilberto Garrido”. *Revista El Valle en la Nación*, No. 119, Bogotá - Cali, octubre de 1963, p. 27.
- ESPINOSA, Gregorio. “Los sonetos de Payan Archer”. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, Biblioteca Luis Ángel Arango, Vol. XVII. Bogotá, 1980. pp. 55 - 61.
- FOTOGRAFÍA, *Cursos profesionales*, Planeta Agostini, Volumen III, Fascículo 24, Barcelona, España, 1992, p. 576.
- FRANCO, Fernell. “Una mirada a la fotografía en el Valle del Cauca”. En: *Historia de la cultura en el Valle del Cauca en el siglo XX*. Proartes, Santiago de Cali, 1999.
- GARRIDO, Gilberto. “Garrido y su búsqueda de la luz divina. Discurso pronunciado el 30 de abril de 1962”. Acto de posesión de académico de la Academia Colombiana de la Lengua. *Revista El Valle en la Nación*, No. 102-103. Bogotá - Cali, Mayo - junio de 1962, p. 13.
- GAY, Peter. *Modernidad*, Paidós, Barcelona, España, 2007, p. 23.
- GIL JARAMILLO, Lino. “Itinerario de gloria y dolor de Isaías Gamboa”. *Revista El Valle en la Nación*, No. 170. Bogotá - Cali, junio de 1968, pp. 10-11.
- GUERRA DE AVELLANEDA, Grisel, “*Ifigenia*: la casa encerrada de una sociedad pacata. Reconfiguración social de la Venezuela de comienzos del siglo XX en los espacios de la novela de Teresa de la Parra”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, 2009, [En línea] [Consultado el 27 mayo de 2009]. Url: <<http://nuevomundo.revues.org/56138>>
- HISPANO, Cornelio. “Elogio a Luciano Rivera y Garrido. Bogotá. Mayo de 1911”. *Revista El Valle en la Nación*, No. 128. Bogotá - Cali, julio de 1964, pp. 28-29.
- HOBSBAWN, Eric. *Historia del siglo XX*. Crítica Grijalbo/Mondadori, Buenos Aires, 1998.
- HOLGUÍN, Andrés. *La poesía inconclusa y otros ensayos*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1984.
- ISAAC, Jorge. *María*, Biblioteca de la Universidad del Valle, Cali, Colombia, 1967.
- _____. *Poesías*, Biblioteca de la Universidad del Valle, Cali, Colombia, 1967.
- _____. “A orillas del torrente”. *Correo del Valle*. No. 161. Cali, 10-03-1904. p. 1499.
- JARAMILLO VÉLEZ, Rubén. “Colombia: La modernidad postergada”, *Argumentos*, Gerardo Rivas Moreno, Bogotá. 1998.
- JARAMILLO ZULUAGA, Eduardo. “Reseña: La poesía como idilio. La poesía clásica en Colombia de Óscar Torres Duque, Colcultura. Bogotá. 1992”.

- Revista Gaceta de Colcultura*, No. 38. Bogotá, abril de 1997. pp. 111-114.
- JIMÉNEZ, David. “Los Inicios de la Poesía Moderna en Colombia. Pombo y Silva”. *Revista Gaceta de Colcultura* Nos. 32-33. Bogotá. Abril de 1996. pp. 32-40
- LAVERDE AMAYA, Isidoro. “Ojeada crítico - histórica sobre los orígenes de la literatura colombiana”. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, Biblioteca Luis Ángel Arango, No. 3, Vol. IV. Bogotá, marzo de 1961, pp. 218 -228.
- _____. “Ojeada crítico - histórica sobre los orígenes de la literatura colombiana”. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, Biblioteca Luis Ángel Arango, No. 4, Vol. IV. Bogotá, abril de 1961, pp. 270 -281.
- _____. “Ojeada crítico - histórica sobre los orígenes de la literatura colombiana”. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, Biblioteca Luis Ángel Arango, No. 5, Vol. IV. Bogotá, mayo de 1961, pp. 393-409.
- _____. “Ojeada crítico - Histórica sobre los orígenes de la literatura colombiana”. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, Biblioteca Luis Ángel Arango, No. 6, Vol. IV. Bogotá. Junio de 1961, pp. 478-490.
- _____. “Ojeada crítico - histórica sobre los orígenes de la literatura colombiana”. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, Biblioteca Luis Ángel Arango, No. 7, Vol. IV. Bogotá, julio de 1961, pp. 607-617.
- LLOYD HALLIBURTON, Charles. “La importancia de Colombia en el desarrollo de la poesía hispanoamericana - Guillermo Valencia”. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, Biblioteca Luis Ángel Arango, No. 11, Vol. VI. Bogotá, 1963, pp. 1658 - 1688.
- MÁIZ, Ramón. *Nación y literatura en América Latina*. Prometeo, Buenos Aires, 2007.
- MALATESTA, Julián. *Poéticas del desastre*. Universidad del Valle, Santiago de Cali-Colombia, 2003.
- _____. “Visión y ceguera de la poesía del Valle del Cauca en el siglo XX”. En: *Historia de la Cultura del Valle del Cauca en el siglo XX*, Proartes, Santiago de Cali, Colombia, 1999.
- MARTÁN GÓNGORA, Helcias. “Carlos García Prada. Poetas modernistas hispanoamericanos”. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, Biblioteca Luis Ángel Arango No. 2, Vol. II. Bogotá, marzo de 1959, pp. 74-76.
- _____. “Piedra y Cielo”. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, Biblioteca Luis Ángel Arango, No. 7, Vol. VI. Bogotá, 1963, pp. 1038 - 1042.
- _____. “Diez Sonetos: Retorno, El esclavo, Flor y poema, Odisea, El fruto,

- Tiempo de luz, Ciudad lejana, La casa paterna, La voz, Olvido”. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, Biblioteca Luis Ángel Arango, No. 4, Vol. IV. Bogotá. Abril de 1961, pp. 270 - 281.
- _____. *Obra crítica*. Ediciones del Banco de la República, Bogotá, 1982.
- MOLINA GARCÉS, Ciro. “Cornelio Hispano”. *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, Vol. 81, No. 87, Bogotá, agosto, 1913. pp. 424-434.
- ORDÓÑEZ BURBANO, Luis Aurelio. *Industrias y empresarios pioneros, Cali 1910-1945*, Universidad del Valle, Cali, Colombia. 1995.
- PÉCAUT, Daniel. “Modernidad, modernización y cultura”. *Revista Gaceta de Colcultura*, No. 8. Bogotá. Agosto - Septiembre de 1990, pp. 15-17.
- RAMOS, Óscar Gerardo. “Rectificación de la democracia. Ensayo sociológico”. *Revista El Valle en la Nación*, No. 119, Bogotá - Cali, octubre de 1963.
- RIVERA GARRIDO, Luciano. *Algo sobre el Valle del Cauca: impresiones y recuerdos de un conferencista*. Buga: Imprenta a cargo de R. A. Pastrana, 1886.
- _____. *Impresiones y recuerdos*. Colección de Autores Bugueños, Alcaldía Municipal de Buga, Buga, 1992.
- _____. *Memorias de un colegial*. Biblioteca Aldeana de Colombia, Ministerio de Educación Nacional, Bogotá, 1936.
- ROA, Jorge. “Impresiones y recuerdos por Luciano Rivera y Garrido”. *El Repertorio Colombiano*, Vol. 17, No. 3, Bogotá, enero de 1898. pp. 202-207.
- SÁNCHEZ LOZANO, Carlos, “Rafael Maya y Baldomero Sanín Cano: Tradición y modernidad en la crítica literaria colombiana”. *Revista Gaceta de Colcultura* No. 38. Bogotá, abril de 1997, pp. 7-11.
- SCHELLING, Vivian y ROWE, William. *Memoria y modernidad. Cultura popular en América Latina*, Grijalbo, México, 1994.
- SOMMER, Doris. *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Fondo de Cultura Económica, México, 2006.
- _____. *The places of History. Regionalism revisited in Latin America*. Duke University Press, North Carolina, 1999.
- _____. “Un círculo de deseo: los romances nacionales en América latina”. En: MÁIZ, Ramón (comp.), *Nación y Literatura en América Latina*. Prometeo, Buenos Aires, 2007.
- TAMAYO ORTIZ, Dora Helena y BOTERO RESTREPO, Hernán (Comp.) *Inicios de una literatura regional: la narrativa antioqueña de la segunda mitad del siglo XIX (1855-1899)*. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2005.
- UNZUETA, Fernando. “Escenas de lectura: naciones imaginadas y el romance

- de la historia en Hispanoamérica”. En: MÁIZ, Ramón (Comp.). *Nación y Literatura en América Latina*. Prometeo, Buenos Aires, 2007.
- VALENCIA, Guillermo. *Ritos*. Carvajal S. A., Colombia, 1979.
- _____. “Soneto: Inédito a Cornelio Hispano”. *Revista de América*, Vol. 7, No. 20, Bogotá, agosto de 1946.
- _____. “Esfinge”. *Correo del Valle*, No. 160. Cali, 3-03-1904. p. 1491.
- VARELA, Héctor Fabio. Con motivo del descubrimiento de América. Ideales de la hispanidad. Discurso en el acto conmemorativo del Descubrimiento de América en el Ateneo de Cali. *Revista El Valle en la Nación*, No. 131, Bogotá - Cali, octubre de 1964, pp. 14, 21-22.
- VARELA, Héctor Fabio. “El Poeta Antonio Llanos. Carta al director del Diario Occidente”. *Revista El Valle en la Nación*, No. 108-109, Bogotá - Cali, Noviembre - Diciembre de 1962, pp. 17, 22-23.
- VILLAFANE, Carlos. “La vida en silencio”. *Revista El Valle en la Nación*, No. 126. Mayo de 1964. Bogotá - Cali, pp. 14-15.
- VIVAS BALCÁZAR, José María. “El cristiano ante la realidad colombiana”. *Revista El Valle en la Nación*, No. 169, Bogotá - Cali, mayo de 1968, pp. 11- 17.
- VILLAFANE, Carlos. “De mi libro”. *Correo del Valle*, No. 158. Cali, 18-02-1904. p. 1464.
- _____. “Ingenuidades tristes”. *Correo del Valle*, No. 157. Cali, 11-02-1904. p. 1451.
- _____. “Mi libro”. *Correo del Valle*, No. 157. Cali, 11-02-1904. p. 1453.
- WEBER, Max. *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
- WILLIAMS, Raymond. *De Coleridge a Orwell*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2001.
- _____. *El campo y la ciudad*. Paidós, Buenos Aires, 2001.
- _____. *The English Novel from Dickson to Lawrence*. Chatto & Windus, Londres, 1970.



Universidad
del Valle

Programa  Editorial